Bautista Araiz

Lecturas y reflexiones para el mes de Mayo y fiestas de María

Celebrar y Orar

Editorial CCS

LECTURAS Y REFLEXIONES PARA EL MES DE MAYO Y FIESTAS DE MARÍA

Colección
CELEBRAR Y ORAR

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

42. ***Desde el regazo de María.*** Toño Fernández
43. ***Lecturas marianas.*** José Alegre
44. ***Celebrar la Eucaristía con los niños/1.*** José Ramón Echeverría
45. ***Oraciones de la mañana.*** Ana Prieto López
46. ***Tiempo de vivir en esperanza.*** Nando García
47. ***Meditaciones breves en Cuaresma.*** Roberto Cortés
48. ***… Y prepararon la Pascua/1.*** Isidro Lozano/José L. Rodríguez Pacheco
49. ***Celebraciones del Signo.*** José Miguel Burgui
50. ***… Y prepararon la Pascua/2.*** Isidro Lozano/José L. Rodríguez Pacheco
51. ***Un Rosario para cada día.*** Javier Mañé Vila
52. ***Celebrar la Eucaristía con los niños/2.*** José Ramón Echeverría
53. ***Camino hacia la Pascua.*** Nando García
54. ***… Y prepararon la Pascua/3.*** Isidro Lozano/José L. Rodríguez Pacheco
55. ***Meditar y orar con el Antiguo Testamento.*** Gianfranco Barbieri
56. ***Oraciones para rezar quien no sabe.*** José Mª Rueda Alcántara, S.J.
57. ***Plegarias para iniciar el día.*** Isidro Lozano
58. ***María, Reina de los santos.*** Antonio González
59. ***Preparar la Navidad.*** Almudena Colorado
60. ***Celebraciones de la Eucaristía y de la Palabra.*** Isidro Lozano
61. ***Celebrar los acontecimientos de la vida.*** Emeterio Sorazu
62. ***Oraciones para jóvenes.*** Ana Prieto/Manuela Guzmán
63. ***Este Adviento y esta Navidad.*** Álvaro Ginel
64. ***Recrear la Cuaresma, la Pascua y Pentecostés.*** Adolfo Lucas Maqueda
65. ***Fiestas y plegarias de las grandes religiones.*** Pierre Cuperly
66. ***Mosaico de lecturas sobre la Virgen.*** Bautista Araiz
67. ***Recrear el Adviento, la Navidad y la Epifanía.*** Adolfo Lucas Maqueda
68. ***Venid, adoremos.*** Maximiliano Calvo
69. ***Los domingos de Adviento. Ciclo A.*** Álvaro Ginel
70. ***De domingo a domingo. Ciclo A.*** José Joaquín Gómez Palacios

71. ***Los domingos de Cuaresma. Ciclo A.*** Álvaro Ginel
72. ***Oración cristiana.*** Danilo César dos Santos Lima/Luiz Eduardo P. Baronto
73. ***Los domingos de Adviento y Navidad. Ciclo B.*** Juan Jáuregui
74. ***Celebraciones para los domingos de Cuaresma. Ciclo B.*** Juan Jáuregui
75. ***Semana Santa y domingos de Pascua. Ciclo B.*** Juan Jáuregui
76. ***Lecturas y reflexiones para el mes de mayo y fiestas de María.*** Bautista Araiz

COLECCIÓN «CELEBRAR Y ORAR»

BAUTISTA ARAIZ

LECTURAS Y REFLEXIONES PARA EL MES DE MAYO Y FIESTAS DE MARÍA

EDITORIAL CCS

Página web de EDITORIAL CCS: www.editorialccs.com

© Bautista Araiz
© 2012. EDITORIAL CCS, Alcalá, 166 / 28028 MADRID

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Diagramación editorial: Alberto Díez
Diseño de portada: Olga R. Gambarte
ISBN (pdf): 978-84-9023-605-5

INTRODUCCIÓN

Los libros son de sus autores. Pero, sobre todo, de sus lectores.

Cuando se publica un libro, el autor se queda en la sombra. Él ya no puede hacer más. En el momento en que un lector abre las páginas de ese libro, lo hace suyo, lo interpreta a su manera.

El autor sirve, por tanto, como una luz que abre nuevos horizontes culturales; o como un aguijón que cuestiona algo e invita a reaccionar; o como un bálsamo que anima, consuela.

Pero, cuando se trata de un libro de tipo religioso, entra en escena el Personaje más importante. Ya no hay solo un diálogo entre el autor y el lector, sino que interviene Dios mismo para hablar al lector.

En este caso, el autor queda en tercer plano, como introductor del mensaje que va desde Dios hasta el lector. Estos dos son los verdaderos protagonistas.

Un escritor religioso ha de escribir meditando, rezando, porque con sus balbucientes palabras humanas intenta ofrecer un comentario a la Palabra de Dios.

Este libro ofrece sesenta lecturas breves sobre la Virgen, dirigidas a un público amplio, escritas con un estilo claro y directo. Han sido escritas para ser publicadas en la revista Don Bosco en España, órgano oficial de los Antiguos Alumnos de Don Bosco.

Agentes de pastoral, educadores, catequistas y padres pueden hallar en estas lecturas una sugerente ayuda en su apostolado mariano; no solo para leerlas a otros, sino también para encontrar en ellas sugerencias, comparaciones, detalles aprovechables para preparar sus propias catequesis.

El libro presenta seis grandes temas, desarrollados, cada uno, en diez lecturas.

1. María y la Iglesia. Este título es correcto, pero hay que poner por delante a Jesús, que es el que da sentido a María y a la Iglesia. Ellos

forman el tres en uno: Jesús, María y la Iglesia. Son como un trípode que necesita tres patas.

2. El Espíritu Santo y María. El Espíritu Santo es invisible. Por eso, busca a personas humanas que colaboren con Él para hacer llegar a todos la Salvación que Jesús nos ha ganado. La mejor colaboradora del Espíritu Santo es precisamente María. En Ella y por medio de Ella, el Espíritu ha hecho maravillas.
3. La Virgen María, hoy. A la Virgen, hoy día, la encontramos hasta en la sopa. Este es un tema simpático y original para descubrir a la Virgen en los mil detalles de nuestra vida diaria. A más de uno le sorprenderá.
4. María, Madre de la Palabra. María, como Madre, enseñó a Jesús a hablar palabras humanas, para que Él, con ellas, nos hablara Palabras divinas. Jesús es la Palabra de Dios. Por tanto, a su Madre la podemos llamar Madre de la Palabra.
5. María es siempre joven. Este capítulo está inspirado y motivado por la Jornada Mundial de la Juventud, celebrada en agosto de 2011 en Madrid. María es siempre joven, porque en todo momento es Madre fecunda, Madre de la Iglesia. Más aún, en el Cielo vive la eterna juventud.
6. María, Reina de los Apóstoles. En este tema se habla de los Doce Apóstoles de Jesús, con mayúscula, y de tantísimos apóstoles, con minúscula, que ayer, hoy y siempre son los colaboradores de la obra salvadora de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. También nosotros podemos y debemos ser apóstoles.

Este libro queda en manos de cada lector para que lo haga suyo, para que lo complete, para que le dé una nueva vida, con la inspiración del Espíritu Santo y la sonrisa de la que es Madre de la Iglesia y Madre de cada uno.

I

MARÍA Y LA IGLESIA

1. GRATIS TOTAL

En economía, no existe nada gratis, porque siempre hay quien paga los gastos. Si el Ayuntamiento ofrece un concierto gratis, quiere decir que ese dinero sale del presupuesto municipal. Si una empresa sortea un coche entre los que compran sus productos, quiere decir que ese dinero es fruto de las ventas. El gratis total no existe.

La única cosa realmente gratis, gratis total, es el amor que unas personas dan a otras, cuando el amor es verdadero. Una madre que con todo su cariño da el pecho a su hijo recién nacido, lo hace realmente gratis, gratis total, porque su bebé no sabe comprender lo que su madre está haciendo por él. Un padre que desgasta su vida para sacar adelante a su familia, sin que nadie conozca su esfuerzo y preocupaciones, también trabaja gratis total. Pero, aun en estos casos y otros semejantes, esa madre y ese padre esperan que sus hijos sepan algún día agradecer su amor y sean una ayuda para la familia.

El verdadero gratis total solo puede hacerlo quien lo da todo sin esperar ni necesitar nada de nadie. Eso solo puede hacerlo Dios, el Infinito, el Todopoderoso, el Dios que es Amor.

Veamos un caso concreto y entrañable. Para salvar al mundo, Dios Padre decidió enviar a su Hijo. Para ello, le preparó una madre, María. Ella, como cualquier persona humana, antes de nacer no podía pedir ni exigir nada a Dios.

Pero Él, porque así lo decidió, porque amó infinitamente a la que iba a ser Madre de Jesús, la hizo Inmaculada, Purísima, Llena de Gracia. Y lo hizo gratis total. María lo único que podía devolver a Dios era su agradecimiento y su entrega completa.

Pero, a continuación, hubo otro gratis total aún más sublime. Una madre solo puede esperar un hijo humano, semejante a ella. Pues, bien, Dios Padre le regaló a María a su mismo Hijo divino, de tal forma que María llegó a ser Madre de Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre, y, por tanto, Madre de Dios. María recibió a ese Hijo divino gratis total. Ella no se lo merecía, de ningún modo.

Demos un paso más. María no es un ser extraño caído de las nubes, sino una persona humana exactamente como nosotros en su humanidad. Dios ha salvado a la humanidad y María es un miembro de esa humanidad, aunque sea un miembro singular, excepcional. Por tanto, María es hermana nuestra en la humanidad.

Jesús, el Hijo de María, preparó la Iglesia y María es también un miembro de la Iglesia. María es nuestra hermana en la fe. Pero también algo más. Dios la hizo Madre de Jesús y nos la ha dado a nosotros como Madre espiritual, Madre de la Iglesia.

Pongamos una comparación. Un rey se casa con una joven del pueblo y así la hace reina. Ella continúa siendo una persona nacida del pueblo, pero su función ahora es ser reina de todos.

La Virgen sigue siendo hermana nuestra en la humanidad, pero también Madre espiritual nuestra, porque Dios así lo ha querido. Nos ha dado como Madre a la que Él preparó como Madre de su propio Hijo divino, Jesús. Y nos la ha dado gratis total, sin merecerlo nosotros.

Hasta ahora hemos contemplado a María como Inmaculada y como Madre, y hemos dicho también que Ella es un miembro de la Iglesia, como nosotros.

Pues bien, María es también el prototipo, el modelo, de lo que Dios quiere hacer con la Iglesia, con todos nosotros.

Si Dios ha hecho Inmaculada a María, también nos hará a nosotros inmaculados, purísimos, cuando nos lleve a su Casa del Cielo. Allí no puede entrar nada manchado.

El Purgatorio tiene ese profundo significado. Cuando morimos, nuestros pies están sucios a causa del barro del camino; nuestro corazón está herido por el egoísmo. Así no podemos entrar en el Cielo. El Purgatorio es como la sala de espera donde Dios nos limpiará por completo con un detergente potentísimo: su Amor. Solamente cuando estemos inmaculados, purísimos, como María, podremos entrar definitivamente en la Casa de Dios.

No tendremos que pagar nada al entrar, porque Dios nos dará el Cielo gratis total, porque Dios es Amor.

2. LA MEJOR EXPOSICIÓN

Hay ciudades que tienen palacio de exposiciones, su feria de muestras, para presentar sus productos o invitar a otros a hacerlo. A pequeña escala, es lo que hacen las tiendas en sus escaparates: exponen en público lo mejor de sus existencias.

Pero el mejor producto que se ha presentado en el escaparate de la historia no ha sido una cosa sino una persona. En la oración de la Salve, le pedimos a la Virgen: «Muéstranos a Jesús». De ese modo, la Virgen Madre es el escaparate, la exposición, donde Ella nos presenta a Jesús.

Pero la Virgen no solo nos muestra a su Hijo, sino que nos lo ofrece, nos lo da, porque Dios se lo ha regalado a Ella, para que nos lo dé y, además, gratis total.

Esto, que acabamos de ver, se cumple de modo singular en un momento muy significativo de la vida de María. Recordemos la escena de la Anunciación. El ángel Gabriel le anunció a María que Dios la había escogido para ser Madre de Jesús, el Hijo de Dios, que se iba a hacer hombre. María aceptó lo que Dios le pedía y, en ese momento, el Espíritu Santo descendió con su fuerza creadora sobre Ella y así comenzó a engendrar en su seno a Jesús. Aquel fue el momento más decisivo de la historia de la humanidad.

El ángel Gabriel le comunicó también a María que su pariente Isabel había concebido un hijo. Entonces, María, impulsada por el Espíritu Santo, se puso enseguida en camino para visitar a Isabel, llevando en su seno a su Hijo Jesús, que comenzaba a desarrollarse.

Al entrar María en casa de Isabel, el hijo que esta llevaba también en su seno, o sea, Juan Bautista, saltó de alegría al sentir la presencia de Jesús en el seno de María. Entonces Isabel, inspirada por el Espíritu Santo, alabó a María, diciendo: «Bendita tú eres entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre, Jesús» (Lucas 1,42).

Podemos imaginar que Isabel le dijo a María: «Muéstranos a Jesús, a ese

Jesús que has comenzado a engendrar en tu seno y que es el Salvador del mundo».

Hubo que esperar todavía nueve meses, hasta que naciera Jesús en Belén en la Nochebuena, en Navidad.

Cuando se acercaron los pastores para adorar al Niño Jesús, le dijeron también a María: «Muéstranos a Jesús». Los Magos de Oriente vinieron de lejos buscando al rey de los judíos, que había nacido. También ellos suplicaron a María: «Muéstranos a Jesús».

La Iglesia, todos los cristianos, a lo largo de los siglos, han dirigido millones y millones de veces en la Salve la misma súplica a María: «Muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre».

Los artistas representan casi siempre a María con su Hijo en brazos, mostrándolo a todos; mejor dicho, entregándolo a todos. Dios Padre puso en los brazos de María a Jesús, no para quedárselo egoístamente Ella sola, sino para entregarlo a todos.

Demos un paso más. Lo que hizo la Virgen debe realizarlo hoy la Iglesia. Hoy Jesús está presente en la Eucaristía, en la Palabra de Dios, en los hermanos que nos rodean, en el Papa, los obispos y los sacerdotes, que actúan en su nombre; y está presente en todos los cristianos.

Hoy las personas se dirigen a la Iglesia y le dicen: «Muéstranos a Jesús». El Papa, los obispos y sacerdotes, al celebrar la Eucaristía, consagran el Cuerpo y la Sangre de Jesús, no para quedarse con ellos, sino para entregarlos a todos: «Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo y que se entrega a vosotros. Dichosos los llamados a esta mesa».

Cuando el Papa, los obispos y sacerdotes bautizan, dan la Confirmación, confiesan, presiden la Eucaristía y distribuyen los demás sacramentos, están mostrando la presencia de Jesús, que viene a salvar a todos.

Cuando alguien lee ante los fieles la Palabra de Dios, está mostrando a Jesús, su Palabra, su vida.

Cuando alguien ama al prójimo, como si fuera un hermano, está mostrando a Jesús, que nos mandó: «Amaos los unos a los otros, como Yo os he amado» (Juan 13,34). Jesús continúa amando a todos, pero a través de nuestro amor. El que ama hace presente a Jesús.

Nosotros le pedimos a la Virgen: «Muéstranos a Jesús». Pero, después, todos los que viven a nuestro lado tienen derecho a pedirnos a cada uno de nosotros: «Muéstranos a Jesús».

3. NO PIDAS PERAS AL OLMO

Dice un refrán: «No pidas peras al olmo». Nadie puede dar lo que no tiene: el olmo no sirve para dar peras. De modo semejante, unos padres humanos no pueden engendrar a un superhombre, sino a un hijo semejante a ellos.

Entonces, ¿cómo es posible que llamemos a la Virgen María Madre de Dios? Una madre humana no puede tener un hijo que sea Dios. «No se puede pedir peras al olmo».

Aquí estamos tocando un gran misterio. Dios Padre quiso salvar a la humanidad, enviando a su Hijo al mundo para que se hiciera humano como nosotros.

Para hacer un hijo, se necesitan un padre y una madre. De ellos dos nacerá un hijo humano. María y José eran esposos, pero nunca podían tener un hijo que fuera Dios. «No se puede pedir peras al olmo». El plan de Dios era infinitamente más elevado. Dios Padre hizo realmente de Padre de su Hijo hecho hombre. Por medio del Espíritu Santo, obró el milagro de que una mujer, una virgen, María, engendrara el cuerpo humano que debía asumir el Hijo de Dios.

De ese modo, Jesús tendría un Padre Divino, Dios Padre, y una madre humana, María. Por tanto, Jesús sería Dios verdadero y hombre verdadero. José, el esposo de María, no fue padre de Jesús, pero acogió como propio a ese Hijo engendrado por su esposa, por obra del Espíritu Santo. José fue padre mesiánico de Jesús, introduciéndolo oficialmente en el pueblo de Dios, e hizo con Él las veces de padre humano. Entre los tres —Jesús, María y José— formaron la Sagrada Familia.

Cuando Jesús creció y comenzó a predicar, fundó una nueva familia, que no era fruto de la carne ni de la sangre de unos padres humanos, sino fruto de Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo. Esa nueva familia es la Iglesia.

En esta nueva familia nacen los hijos de Dios por medio del sacramento del Bautismo. Si la Iglesia fuera solo una institución humana, no podría producir

hijos de Dios. Pero la Iglesia es la familia de los hijos e hijas de Dios. Y, por tanto, Dios Padre sí que puede hacer que los que han recibido el sacramento del Bautismo sean transformados en hijos o hijas de Dios.

La Iglesia es un misterio de Dios, porque tiene una parte humana, visible, y otra parte divina, invisible.

«No hay que pedir peras al olmo». Pero Dios puede hacer el milagro de que un olmo produzca deliciosas peras, como cambió en Caná el agua en exquisito vino. Mejor aún, puede transformarnos a nosotros en hijos o hijas de Dios. Él todo lo puede.

Una sorpresa para los padres y las madres. Ellos conocen el verbo procrear o el sustantivo procreación. Los padres humanos no crean, eso solo lo puede hacer Dios. Los padres procrean, o sea, colaboran con Dios en la creación de una nueva vida. Si ellos no lo quieren, Dios no crea un nuevo ser.

Pero, a ese niño o niña que nace, Dios lo hace, desde el primer momento, su hijo o su hija. Esa es la grandeza increíble que tiene ese bebé que sus padres tienen en sus brazos.

El Bautismo, que se hace en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, da a ese bebé la plenitud de su ser como hijo de Dios y miembro de su familia, que es la Iglesia. Pero eso no basta, los padres han de educarlo en la fe y acompañarlo hasta que llegue a su madurez como persona e hijo de Dios.

«No se puede pedir peras al olmo», pero Dios hace hijo suyo o hija suya a ese bebé que sonríe con una carita de Cielo.

4. EL NÚCLEO

Las semillas son un misterio de la naturaleza. En una cosa tan pequeña como una semilla, se encuentra el germen de una planta, que puede ser una humilde margarita o un altísimo cedro. Realmente la semilla es como la síntesis, el núcleo de la planta.

Unas preguntas interesantes. ¿Cuándo se formó el núcleo de la Iglesia de Jesús? ¿Dónde podemos encontrar la semilla, que después ha producido un fruto que ha llenado el mundo entero?

La respuesta es sencilla. Recordemos la escena de la boda de Caná. Los novios invitaron a María; seguramente eran parientes o amigos. Y también invitaron a Jesús, que ya había comenzado a predicar el Evangelio, y estaba acompañado de sus Apóstoles.

En definitiva, María llegó por una parte y Jesús y sus Apóstoles, por otra. En la boda de Caná se encontraron por primera vez María y los Apóstoles de Jesús. Eso fue una gran sorpresa y alegría para todos. La Virgen, como mujer y como madre, deseaba conocer a los Apóstoles que había escogido su Hijo. Y los Apóstoles tenían la curiosidad de saber cómo era la madre de Jesús. Si el Hijo era tan extraordinario, ¿cómo sería su madre?

En la boda faltó el vino. María, siempre atenta, se dio cuenta del problema que eso suponía para los novios. Se lo advirtió a Jesús y Él hizo el milagro de transformar el agua en un vino exquisito.

Nos dice el Evangelio que esa boda de Caná sirvió para que Jesús realizara su primer milagro como Mesías enviado por Dios, manifestara su gloria y creciera la fe de los Apóstoles en Él. Hacer crecer la fe de los Apóstoles: ese fue el mejor milagro de Jesús en la boda de Caná.

Ahora viene lo que muy pocos destacan. Dice el Evangelio que, al acabar la boda, Jesús, su Madre y los Apóstoles bajaron juntos a Cafarnaún. En ese viaje hacia Cafarnaún, los tres: Jesús, su Madre y los Apóstoles, formaron el núcleo, la síntesis, la semilla de la Iglesia.

Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre, era el centro absoluto, pero Él quiso la colaboración humana de su Madre y de los Apóstoles. Lo podía hacer todo Él solo. Sin embargo, decidió que su Madre y los Apóstoles pusieran también su grano de arena, su colaboración.

Eso tiene una importancia singular para nosotros. La Virgen y los Apóstoles eran como el núcleo, la semilla de la Iglesia. Pero esa semilla dio fruto y se convirtió en un árbol gigantesco cuyas ramas han llegado hasta los confines del mundo. La Iglesia se ha extendido a todos los pueblos.

Así como Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre, deseó al principio, la colaboración de su Madre y de los Apóstoles, hoy día quiere nuestra colaboración, la de cada uno, según la vocación que Él le haya dado. El Papa, los obispos y sacerdotes cumplen un servicio especial en la Iglesia, pero la Iglesia la formamos todos y todos tenemos en ella nuestra responsabilidad.

La Virgen Madre es el modelo de cómo tenemos que actuar. Todos los cristianos hemos de tener un corazón maternal, como el de la Madre de la Iglesia, para ayudar a los demás. El apóstol san Pablo se sentía como una madre para buscar el bien de sus cristianos. Así les decía con emoción a los cristianos de Tesalónica: «Os tratamos con delicadeza, como una madre cuida de sus hijos. Os teníamos tanto cariño que deseábamos entregaros no solo el Evangelio de Dios, sino hasta nuestra propia persona, porque os habíais ganado nuestro amor» (1 Tesalonicenses 2,7-8).

En el siglo xx, así nos enseñó el Concilio Vaticano II: «La Virgen fue en su vida ejemplo de aquel amor maternal con que es necesario que estén animados todos aquellos que, en la misión apostólica de la Iglesia, cooperan a la salvación de los demás».

El papa Pablo VI afirmaba: «El amor de un apóstol ha de ser mucho mayor que el de un educador; ha de ser el amor de un padre; más aún, el de una madre» (Evangelii nuntiandi 79). Tal es el amor que el Señor espera de cada predicador del Evangelio, de cada constructor de la Iglesia.

Pidamos a la Madre de la Iglesia: «Haz nuestro corazón como el tuyo, un corazón maternal, para llevar a todos la semilla del Evangelio».

5. FLOR DE NIEVE

Una de las flores más originales es la flor de la nieve, llamada Edelweis. Nace en pleno invierno en medio de la nieve y en altitudes muy elevadas. En el Pirineo, es la flor más protegida.

Si uno no la conoce, le sorprende encontrar una flor en la alta montaña y en medio de la nieve. Parece que las flores solo pueden brotar en primavera, con el buen tiempo.

Una expresión muy gráfica que solemos usar es la siguiente: «Aquel peligro, aquella noticia, me heló el corazón». A veces, el peligro nos deja inmóviles, incapaces de reaccionar, como si estuviéramos dentro de un bloque de hielo.

Algo de esto les sucedió a la Virgen y a los Apóstoles en la Pasión y Muerte de Jesús. Él estaba lleno de vida el Jueves Santo. Celebró la Cena pascual con sus Apóstoles y se despidió tan misteriosamente de ellos, que no comprendieron lo que quería decirles. La noche del Jueves Santo fue apresado en el Huerto de los Olivos, torturado, llevado de Anás a Caifás. Todos sus Apóstoles fueron unos cobardes y lo abandonaron. Judas lo traicionó. Pedro lo negó miserablemente. El Viernes Santo, Jesús fue presentado ante el procurador Poncio Pilato, que lo condenó a muerte de cruz. A las pocas horas moría crucificado entre dos ladrones.

Fue todo tan rápido, tan brutal, que heló de terror a todos sus Apóstoles y amigos, también a su Madre. Pero, en medio de aquella tormenta heladora, capaz de paralizar al más valiente, surgió una flor de nieve, una edelweis, la Virgen María. Ella no abandonó a Jesús, como los Apóstoles, no lo negó como Pedro, sino que dio la cara valientemente por su Hijo.

Ciertamente, el Espíritu Santo le concedió en esos momentos una fortaleza, que Ella, por sí sola, no habría tenido. Jesús, moribundo en la Cruz, vio a sus pies a su Madre como una flor de nieve, purísima, inmaculada, y le confió su testamento: «Yo, que soy tu Hijo, estoy a punto de morir. Pero no te vas a quedar sola. Ahí tienes a tu hijo, al discípulo Juan y a todos mis discípulos, a la

Iglesia que Yo he creado. Sé Madre de mi Iglesia». Y María dijo que sí, que aceptaba perder a un Hijo adorable, para adoptar a todos como hijos, para ser Madre de la Iglesia.

«¡Gracias, Madre!»

La muerte de Jesús fue aterradora. Al bajarlo de la cruz, María recibió muerto en sus brazos a aquel Hijo adorable, que Dios le había regalado. Lo enterró al atardecer. Aquella noche del Viernes Santo hizo más frío, porque los corazones quedaron helados de miedo y de angustia. Sin Jesús, nada tenía sentido. Sin la luz de su mirada, todo era oscuridad y tinieblas.

El único consuelo de los Apóstoles y discípulos era ver a la Madre de Jesús como una flor de nieve en medio de aquel paisaje helado, sin vida.

Pero después del invierno llega la primavera. La nieve de los montes se deshiela y los prados se cubren de flores silvestres, como dice poéticamente san Juan de la Cruz: «El prado, de flores esmaltado».

El Domingo de Pascua, Jesús resucitó, venció a la muerte y al pecado y salió glorioso de la tumba.

En ese momento, estalló la primavera, la más esplendorosa de la historia. Se deshelaron los corazones que estaban helados por el terror y brotaron todas las flores del campo para felicitar a Jesús por su triunfo.

María, la flor de nieve, la única que aguantó la helada, se vistió de todos los colores. La Iglesia le ha lanzado a María piropos como estos: «Eres bella como una rosa, blanca como un lirio, delicada como una azucena». Los altares dedicados a la Virgen aparecen siempre embellecidos con las más hermosas flores.

Los cristianos de todas las épocas han aprendido la lección de la Virgen en la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús. Aunque la Iglesia, los cristianos, sea perseguida por su fe, aunque parezca que el mundo se le cae encima, aunque se le hiele el corazón por la angustia o el temor, tiene que ser como la flor de nieve, que desafía al frío y a la tormenta. Jesús está siempre a su lado, todos los días, hasta el fin del mundo. María, Madre de la Iglesia, los acompaña.

Y, donde están Jesús y su Madre bendita, siempre nace la primavera, llena de flores.

6. RAMPA DE LANZAMIENTO

Un cohete espacial es una prodigiosa obra de ingeniería con miles de elementos. Durante su construcción se prueban con cuidado todos sus sistemas. Al llegar el día determinado, lo llevan a la rampa de lanzamiento, encienden sus motores y el cohete sube espectacularmente al espacio.

En la historia de la Iglesia, sucedió algo semejante. Dios Padre envió a su Hijo al mundo para que se hiciera hombre naciendo de una Madre, María. Al comenzar a predicar el Evangelio, se rodeó de un grupo de Apóstoles y discípulos. Les reveló los misterios de Dios y les enseñó a vivir unidos en el amor. Así fue preparando lo que tenía que ser la Iglesia. Siguiendo la comparación anterior, Jesús fue construyendo el cohete de su Iglesia con todos sus elementos. Pero Él no lo lanzó al espacio.

Jesús concluyó su misión, dando la vida por su Iglesia, por el mundo entero. Y después resucitó y subió al Cielo. Al llegar allí, Él y Dios Padre enviaron a su Iglesia lo mejor que tenían: su Espíritu Santo. El día de Pentecostés, estaban reunidos en la sala del Cenáculo María, los Apóstoles y los discípulos de Jesús. Sobre todos ellos descendió el Espíritu Santo como un fuego, como un viento impetuoso.

Aquellos Apóstoles, que no terminaban de comprender a Jesús, que tenían miedo a predicar el Evangelio, sintieron la fuerza del Espíritu Santo, abrieron las puertas y las ventanas de la casa donde estaban reunidos y comenzaron a predicar.

El cohete de la Iglesia, que Jesús había construido, fue lanzado al mundo en el día de Pentecostés por la fuerza divina del Espíritu Santo. En ese mismo momento, los Apóstoles salieron hacia todo el mundo a predicar el Evangelio, a anunciar a todos que Jesús es el Salvador de toda la humanidad.

Acompañando a los Apóstoles estaba María, la Madre de Jesús. El Espíritu Santo lanzó también a la Virgen hacia el mundo, como si fuera un cohete espacial y especial.

María, por sí sola, era una mujer como tantas otras, conocida solo por las personas que estaban a su lado. Pero, como era la Madre de Jesús, el Espíritu Santo la lanzó hacia el mundo, para que fuera también Madre de la Iglesia, Madre de toda la humanidad.

En su cántico del Magníficat, Ella reconoció humildemente: «Se alegra mi espíritu en Dios, mi Salvador, porque ha mirado la humillación de su esclava» (Lucas 1,47-48). Sí, María reconoció que no era nada ante Dios. Pero, a continuación, declaró: «Desde ahora me felicitarán todas las generaciones, porque Dios poderoso ha hecho obras grandes por mí» (Lucas 1,48-49).

La obra grande que realizó por medio de Ella fue hacerla Madre de Jesús y Madre de la Iglesia. Por eso, el Espíritu Santo el día de Pentecostés la lanzó hacia el mundo, como un cohete lleno de fuerza y de energía.

La mujer más famosa de la historia, la más querida, la más santa, la más cercana a Dios es aquella sencilla mujer de Nazaret, María. El Espíritu Santo ha hecho el milagro de que hoy María esté en todas las naciones del mundo, en todas las Iglesias cristianas, en todos los corazones que reconocen a Jesús, como el Hijo de Dios hecho hombre.

Hoy día, muchas personas hacen campañas de imagen para ser conocidas y admiradas por otros. Pero esa fama dura algún tiempo y después desaparece. El Espíritu Santo realizó la más fantástica campaña de imagen de María y la hizo famosa para toda la historia. Por eso, la Virgen afirmó en su cántico del Magníficat: «Me felicitarán todas las generaciones de la historia, porque Dios poderoso ha hecho obras grandes por mí» (Lucas 1,48-49).

El día de Pentecostés, el Espíritu Santo puso en la rampa de lanzamiento a los Apóstoles y a la Virgen y los envió al mundo entero.

También a nosotros, el Espíritu Santo nos lanza hoy día por todos los caminos del mundo para anunciar el Evangelio de Jesús.

7. LA FLOR DEL ALMENDRO

La flor del almendro es la primera que se abre en nuestros campos, en el mes de febrero. Parece un desafío floral al invierno. Cuando el campo está aletargado, dormido, el almendro es como el despertador de la primavera.

La más bella flor de almendro ha sido la Virgen de la Asunción. Ella es la primera flor que Dios se ha llevado de este mundo para trasplantarla en el jardín del Cielo. Con Ella se adelantó la primavera de la Salvación.

Dios plantó a María en nuestra tierra. Y su flor dio el fruto más exquisito, más inesperado: Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre. La planta delicada y sublime de María no podía envejecer y secarse, como un árbol gastado. Jesús, el fruto bendito de María, se la llevó al Cielo en cuerpo y alma el día glorioso de la Asunción.

Hay una poesía, dedicada a la Virgen de la Asunción, que lo describe de modo realmente inspirado. Compara a Dios con un jardinero, que arranca la flor de María en la tierra y la trasplanta al Cielo:

> Y Dios, con divino modo,
> os trasplanta, bella flor,
> y, porque prendáis mejor,
> os lleva con tierra y todo.

Dios se llevó al Cielo a María en cuerpo y alma, o sea, con tierra y todo: con aquel cuerpo inmaculado, purísimo, que pisó nuestros caminos, que sudó en el trabajo, que sonrió con cariño, que sufrió al ver perseguido a Jesús, que se llenó de alegría cuando Él resucitó. El cuerpo de María era su tierra, que es la nuestra.

Para que una planta se pueda trasplantar mejor, el jardinero la arranca con tierra en las raíces, o sea, con el cepellón. Eso hizo Dios con María, al subirla en cuerpo y alma al Cielo.

Antes hemos comparado a María con la flor del almendro, la que brota en

pleno invierno. María, subida al Cielo, es como la flor del almendro, la primera que ha florecido en la humanidad, la primera persona de la historia que Dios ha subido al Cielo resucitada y gloriosa.

Si Ella fue la primera, quiere decir que nosotros iremos después. Ella, como la flor del almendro, anunció la primavera, y esa primavera somos nosotros, todo el Pueblo de Dios, toda la Iglesia, toda la humanidad.

María no es un ser raro, caído de las nubes. Es una mujer, una hermana nuestra en la humanidad, un miembro del Pueblo de Dios, de la Iglesia. Lo que Dios ha hecho en Ella lo hará, de modo semejante, también en nosotros.

Si Dios la ha resucitado después de su muerte, también nos resucitará a nosotros. Si Dios la ha subido al Cielo, también nos subirá a nosotros. Si en Ella Dios anticipó la primavera de la Salvación, esa primavera somos nosotros.

Si la Virgen María fue la primera en florecer, no se ha olvidado de los que floreceremos más tarde. Dios, cuando la subió al Cielo, le encargó: «Tú ya estás perfectamente salvada. Preocúpate ahora de tus hermanos, los hombres y mujeres del mundo, que son hermanos y hermanas de mi Hijo Jesús. Tú, que has recorrido los caminos del mundo, sé ahora la Virgen del Camino para los que todavía peregrinan por la tierra».

Demos gracias a Dios que nos ha regalado a la Madre de Jesús para que sea nuestra Virgen del Camino, la Madre que nos alienta a caminar, que seca nuestro sudor, que nos da su mano cuando tropezamos o caemos y nos ayuda a levantarnos; la Auxiliadora que nos ayuda a superar las dificultades y peligros que encontramos en nuestro camino hacia la Casa del Padre.

La Virgen de la Asunción nos anima desde el Cielo. También nosotros hemos de animar a los que se sienten cansados o agobiados.

La Virgen del Camino nos acompaña en nuestra peregrinación. También nosotros hemos de caminar junto con nuestros hermanos.

La Virgen Auxiliadora nos ayuda en las dificultades y peligros. También nosotros hemos de auxiliar a nuestros hermanos más débiles.

La Virgen es la flor del almendro, la primera, la que anuncia que está cerca la primavera. También nosotros, unidos a toda la Iglesia, hemos de llenar de esperanza a los que viven todavía en el invierno, sin darse cuenta de que la primavera ha comenzado en María, la flor del almendro.

8. LOS ESPEJOS SOLO FUNCIONAN CON LUZ

Fue una idea luminosa, espectacular. Los mejicanos quisieron despedir de un modo original al papa Juan Pablo II, al terminar su primera visita a su patria. Cuando el avión, donde iba el Papa, se elevó en el cielo de Méjico, miles y miles de personas sacaron espejos y enfocaron el reflejo del sol hacia el aparato. Desde el avión, el Papa se llevó una grata sorpresa. Realmente aquello fue una despedida luminosa.

Los espejos no tienen energía propia, sino que funcionan con luz y, mejor aún, con un sol radiante, como el que había en Méjico en la despedida de Juan Pablo II. En la oscuridad, un espejo no sirve para nada.

Una de las expresiones que ya se ha hecho popular, hablando de la Virgen, es llamarla rostro materno de Dios. Vale la pena comprender bien qué significa.

Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre, afirmó: «Yo soy la Luz del mundo» (Juan 8,2). Él es el Sol radiante y esplendoroso de la Gloria de Dios. Nosotros ahora no podemos ver a Dios, porque nos quedaríamos ciegos.

Cristo, Luz del mundo, ha encontrado el medio de enviarnos su luz, de modo que nosotros podamos recibirla, sin que se nos quemen los ojos. Algo de eso sucede con el sol y la luna. La luz del sol nos llega por la noche a través de un gran espejo, que es la luna, que no daña nuestra retina.

De modo semejante, la Luz divina de Jesús se acerca a nosotros a través del espejo que es su propia Madre, María. Para que nosotros comprendamos mejor que Dios nos ama como un Padre, como una Madre, nos ha regalado a la Madre de Jesús. De ese modo, Ella es para nosotros el rostro materno de Dios, el espejo que nos trae la luz de Dios.

Si no hay luz, un espejo no sirve para nada. La Virgen María sin la Luz de Dios, no tiene ningún valor. Pero, cuando refleja la Luz de Dios, nos llena de alegría, de esperanza, de energía.

Pero hay algo más. Jesús en su Evangelio les reveló a sus discípulos: «Vosotros sois la luz del mundo» (Mateo 5,14). No tenéis luz propia, pero sois como espejos de la Luz divina, para que llegue a todos, en todos los lugares y momentos.

O sea, si la Virgen es el rostro materno de Dios, también los Apóstoles, cada uno de nosotros, la Iglesia entera, hemos de ser en nuestra sociedad ese rostro materno de Dios. Cualquiera que se acerque a la Virgen, a la Iglesia, a nosotros, ha de sentir palpablemente que Dios lo ama, que Dios le envía un reflejo de su bondad.

Madre Teresa de Calcuta lo dijo con toda claridad: «No permitáis que nadie llegue a vosotros y se vaya sin ser mejor y más feliz. Dad la viva expresión de la bondad de Dios: que esa bondad brille en vuestro rostro, en vuestros ojos, en vuestra sonrisa, en el calor de vuestra misma presencia».

La Virgen es un espejo inmenso, grande como la luna en el espacio, que llega al mundo entero. Nosotros somos como los espejos de bolsillo, que reflejamos un rayito de luz; pero ese rayito de luz es un tesoro cuando hay oscuridad.

Una de las cualidades de Dios que más ensalza la Biblia es su misericordia: «Dad gracias al Señor, porque es bueno, porque es eterna su misericordia» (Salmo 17,1).

Esa misericordia infinita de Dios es como un océano inabarcable, que llega desde el principio hasta el final de la historia y continuará en el Cielo. Nosotros no podemos comprender lo que es infinito, lo que es un océano inabarcable.

Si tenemos sed, no pedimos un océano o un pantano de agua; nos basta con un vaso. Ese vaso de agua, de misericordia, Dios nos lo ofrece a través de una madre, la misma Madre que Él regaló a su Hijo divino, cuando se hizo hombre.

Así la misericordia infinita de Dios nos llega a través de aquella a quien invocamos en la Salve como «Reina y Madre de Misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra».

La Iglesia es también Madre, la Santa Madre Iglesia: Madre de Misericordia. Y cada uno de nosotros hemos de ser en la Iglesia, madres, hermanos, amigos de misericordia. La misericordia que nosotros hemos recibido de Dios hemos de llevarla a los demás.

Como la Virgen, hemos de ser rostro materno de Dios, espejos del amor y de la misericordia de Dios, aunque seamos un humilde espejo de bolsillo.

9. LOS ICONOS

El aceite es uno de los productos más beneficiosos, sobre todo, el aceite de oliva. Se utiliza en la alimentación, en la medicina, en la industria; hay aceites especiales que sirven para suavizar rozamientos. Cuando las puertas chirrían, conviene echar en los goznes unas gotas de aceite para que giren suavemente.

Las madres tienen un arte especial para usar el aceite en la alimentación, en la medicina casera y también en los roces que se dan entre los miembros de la familia. Unas gotitas del aceite del cariño, de la bondad, de la sonrisa, ayudan a que las relaciones en la familia se suavicen, se hagan más serenas.

La familia más grande, la más extensa del mundo, es la que fundó el mismo Hijo de Dios, la Iglesia, que es la Familia de los hijos e hijas de Dios. Es una familia compuesta por personas; y, donde hay personas libres, es muy fácil que se produzcan tensiones, dificultades, divisiones.

Dios hace las cosas estupendamente bien, pero nosotros nos encargamos de estropearlas o mancharlas. Es lo que ha sucedido con la Iglesia a lo largo de los siglos. Jesús estableció la Iglesia una, santa, católica y apostólica. Católica es una palabra griega que significa universal. Sí, la Iglesia de Jesús es universal, católica, porque está destinada a todas las personas del mundo.

Pero esa Iglesia católica, universal, sufrió una división hace casi mil años. Los ortodoxos se separaron visiblemente de la Iglesia católica, universal e hicieron sus iglesias particulares. Más tarde, hace casi quinientos años, llegó la gran división de los protestantes, que se separaron de la Iglesia católica, universal, y se ramificaron en una multitud de comunidades cristianas. Esas separaciones han sido una herida en el corazón de la Iglesia, que es la Familia de los hijos e hijas de Dios.

El Concilio Vaticano II sirvió providencialmente para calmar los ánimos, para poner aceite en los roces, para que nos miráramos a los ojos. Así cobró fuerza el movimiento ecuménico. Nos encontramos separados, pero hermanos, unidos todos por el mismo Bautismo.

Aquí también apareció la madre, la Virgen María, la Madre de la Iglesia, que puso el aceite de su presencia para suavizar las tensiones.

A todos nos cuesta derretir el hielo de separación de casi mil años. Pero, mientras no consigamos la perfecta unión entre todos, no podemos celebrar juntos la Eucaristía, que es precisamente el signo más grande de unidad en la Iglesia.

Pero una realidad que nos une profundamente con los ortodoxos es la devoción a la Virgen, a la Madre de Jesús, la Madre de la Iglesia. Eso se puede demostrar clarísimamente. Basta ver los iconos ortodoxos que se han hecho popularísimos entre los católicos. Sin darnos cuenta, nos hemos visto invadidos por esos iconos; mejor dicho, nos hemos dejado invadir, porque hemos sido nosotros mismos los que los hemos buscado y aceptado.

Terminemos con un caso muy especial. En el siglo XX, se produjo en la Iglesia una división totalmente artificial. Los comunistas chinos fundaron la Iglesia patriótica para oponerse a la Iglesia católica de China. El papa Benedicto XVI envió en el año 2007 una carta a los católicos chinos para invitar a todos a buscar la unidad.

A nosotros el Papa nos ha pedido que recemos, poniendo como intercesora a María Auxiliadora, que es la patrona de China. Dice el Papa: «El día 24 de mayo, que está dedicado a María Auxiliadora de los cristianos, podría llegar a ser en el futuro una ocasión para que todos los católicos del mundo se unan en oración con la Iglesia en China. Deseo que esta fecha sea un día de oración por la Iglesia en China» (Carta de Benedicto XVI a los católicos de China, nº. 19).

La unidad de los cristianos exige nuestro esfuerzo, pero, sobre todo, la Gracia de Dios. Por eso, hemos de rezar por esta gran intención, poniendo como intercesora a la Auxiliadora de los cristianos, de todos los cristianos. Ella es la Madre de la Unidad, la Madre de la Iglesia.

10. LO QUE ES DE LA MADRE ES DEL HIJO

Afirma el dicho popular: «Lo que es del padre es del hijo». Y podemos añadir: «Lo que es de la madre, mucho más». Una madre da la vida a su hijo, lo lleva nueve meses en su seno, lo alimenta con sus pechos, le enseña a andar, a hablar. Sí, realmente, lo que es de la madre es del hijo. La madre le da al hijo todo lo que ella es, todo lo que ella tiene. O dicho de otro modo: la madre está hecha para su hijo.

La madre y el padre dan a su hijo su propia casa. Por tanto, la casa de los padres es también la casa de su hijo.

Esto lo podemos aplicar, de modo semejante, a la que es Madre de todas las madres, la Virgen María. La Iglesia le ha edificado santuarios en todo el mundo, en los que se adora a Cristo y se le venera a Ella. La gente no se contenta con pasar por delante de esos santuarios, sino que entra para encontrar la presencia de la Virgen María. Esos santuarios dedicados a María se convierten en casa para sus hijos. Lo que es de la Madre de la Iglesia lo es también de sus hijos.

Los zaragozanos, al visitar a la Virgen del Pilar dicen: «Voy a ver a la Virgen». Es una expresión original y acertada. En la basílica del Pilar se sienten en su casa, porque es la casa de su Madre. Por eso, van a verla, a pasar un rato con Ella.

Algo parecido podemos afirmar también de las peregrinaciones, de las romerías que se hacen a los santuarios de la Virgen María. Basta pensar en Lourdes. Millones de personas van cada año a Lourdes a rezar a la Virgen en su gruta junto al río Gave. Los peregrinos, venidos de todas las partes del mundo, no se conocen personalmente, pero todos se sienten como en casa de la Madre común, la Madre de la Iglesia. La devoción a la Virgen no tiene fronteras, no discrimina a nadie, sino que une a todos por los lazos más fuertes que existen: la fe y el amor.

Las empresas tienen jefes, gerentes, que las dirigen y controlan. Las empresas no tienen madre: nacen, viven y mueren, pero siempre dentro de un frío despacho.

La Iglesia no es una empresa simplemente humana, no es una multinacional histórica, porque tiene Madre, María, que la acompaña siempre. La Iglesia ha nacido espiritualmente en el seno de María, donde quiso ser engendrado el Hijo de Dios. La Iglesia es divina y humana, como Jesús, que era Dios y hombre. En el Concilio Vaticano II, el papa Pablo VI declaró a María Madre de la Iglesia.

Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre, nos regaló a su propia Madre como Madre de la Iglesia, y de todos y cada uno de nosotros.

María es la madre biológica de Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre. Pero resulta que Jesús nació como Primogénito de muchos hermanos. Por tanto, María es también Madre espiritual de esos hermanos de su hijo Jesús, que somos nosotros. María lo dio todo a su Hijo Jesús, en cuanto hombre, y nos lo da a nosotros, que somos hermanos de su Hijo.

La Iglesia de Jesús es también Madre, la Santa Madre Iglesia, precisamente de los hermanos de Jesús. Por medio de la Palabra de Dios, los llama a la fe. Por medio del Bautismo, los engendra y hace nacer como hijos de Dios. Por medio de los demás sacramentos, los santifica, los robustece, los acompaña continuamente en su vida. Por tanto, María y la Iglesia son Madres de lo que se llama el Cristo total: Jesús y sus hermanos, sus miles de millones de hermanos.

A los personajes históricos, los recordamos algunas veces. Pero, a la mayoría de ellos, los cubre el polvo del olvido.

Hay dos personajes a los que tenemos presentes todos los días y en todo el mundo. Eso es un récord absoluto, digno de pasar al diccionario Guinness de récords. La Santa Madre Iglesia, al celebrar la Eucaristía, recuerda, ante todo, a Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre y Salvador del mundo, y, junto a Él, añade siempre el nombre de su Madre. Siempre unidos los dos.

Así reza la Iglesia en cada Eucaristía, en cualquier rincón del mundo: «Señor, que gocemos de tu heredad junto con tus elegidos: con María, la Virgen Madre de Dios, los Apóstoles, los mártires y todos los santos».

La Iglesia siente cada día la presencia de la Virgen, la Madre de Jesús, Madre y Auxiliadora de la Iglesia.

II

EL ESPÍRITU SANTO Y MARÍA

11. EL CARAMELO Y LA FUENTE

«Esto va a durar menos que un caramelo a la puerta de un colegio». Esta es una frase simpática y tiene más gracia de lo que parece a primera vista.

Hay cosas que duran poco, poquísimo, que se nos escapan, que las queremos aferrar con nuestras manos y se nos escurren entre los dedos. Son como un caramelo, de sabor agradable, pero que se acaba enseguida.

Por el contrario, hay realidades estables, firmes, como una fuente. En el Pirineo existe una fuente de agua que brota desde hace siglos de tal profundidad, que su caudal y temperatura son siempre iguales durante todo el año.

En la vida, hay personas superficiales, que van de caramelo en caramelo. Y otras personas que buscan aguas profundas, que nunca se agotan.

El materialismo es algo superficial. Para muchos, lo único que cuenta es lo que se ve, lo que se toca, lo que se gusta, aunque sea un caramelo. No ven más allá de su nariz, de lo que está a su alrededor.

Por el contrario, otras personas tienen ojos abiertos para ver el espíritu, para profundizar en la realidad.

El materialismo dura muy poco, como un caramelo, porque todo lo que es material acaba en la muerte. Donde hay agua, florece la vida. Donde hay sequía, mueren las plantas y los animales.

El que busca a Dios siempre tiene agua para vivir. En el credo, llamamos al Espíritu de Dios, al Espíritu Santo, Señor y Dador de Vida.

Sobre el Espíritu Santo hay en el Evangelio una escena portentosa. Cuando la Virgen María dijo al arcángel Gabriel que aceptaba ser Madre de Jesús, en ese momento, el Espíritu Santo, que es Espíritu Creador, Dador de Vida, hizo que María comenzase, de modo milagroso, a engendrar a Jesús.

Entonces María fue deprisa a visitar a Isabel su pariente, que en su vejez había recibido de Dios el regalo de engendrar a un hijo, Juan el Bautista. Isabel

era esposa de Zacarías.

Al llegar María a casa de Isabel y Zacarías, este vio a María como una joven pariente que venía a saludarlos. Solo vio en Ella lo material, su cuerpo. Zacarías era, en ese sentido, un materialista.

Por el contrario, en cuanto Isabel, su mujer, oyó el saludo de María, se llenó de Espíritu Santo y dijo a voz en grito: «¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo para que me visite la Madre de mi Señor?» (Lucas 1,42-43). O sea, Isabel adivinó, ante todo, que María estaba engendrando a Jesús. Eso ni el más experto ginecólogo lo habría sabido, porque llevaba solo unos días de gestación. Eso era algo material.

Pero Isabel, iluminada por el Espíritu Santo, comprendió que ese Jesús, Hijo de María, era además el Mesías prometido por Dios a su pueblo, el Salvador. Por eso, dijo: «¿Quién soy yo para que me visite la Madre de mi Señor, del Mesías?» (Lucas 1,43). Los ginecólogos no tienen ningún aparato para saber que el niño que se está engendrando es el Mesías, el Salvador del mundo. Eso solo lo puede revelar el Espíritu de Dios, el que creó en el seno de María a Jesús, el Hijo de Dios.

Los ginecólogos solo ven unas células que se van desarrollando en el seno de la madre para formar un cuerpo material. Es tan material ese cuerpo, que lo pueden abortar, asesinar y tirar al cubo de la basura.

Solo el Espíritu Santo, que es Dador de Vida, Creador de Vida, hace comprender que todo ser que se engendra en el seno de una madre es un hijo o hija de Dios, hermano o hermana de Jesús.

Los materialistas solo ven en la vida caramelos para chupar, que se acaban enseguida.

El que se deja iluminar por el Espíritu Santo, como María, la Madre de Jesús, se acerca a la fuente de agua viva, que nunca se agota.

12. FRUTO BENDITO

«Por sus frutos los conoceréis», leemos en el Evangelio (Mateo 7,16). Por sus frutos conocemos a los árboles y también a las personas. Estas producen muchos frutos, pero hay algunos que proceden exquisitamente de su espíritu. Una melodía sublime, una pintura genial, una escultura prodigiosa son frutos del espíritu de los artistas.

Pero hay otros frutos todavía mejores, que nosotros podemos producir. San Pablo los llama frutos del Espíritu Santo. Pueden ser muchísimos, pero basta enumerar los tres más conocidos: amor, alegría y paz.

El Espíritu Santo es como el agua y el sol para las plantas. Donde hay agua y sol, hay vida, y las plantas producen sus más sabrosos frutos.

Donde está el Espíritu Santo, se producen frutos tan estupendos como el amor, la alegría y la paz. Y, al revés, donde no hay ni agua ni sol, las plantas se secan y no pueden dar fruto sus cosechas. De modo semejante, donde no está el Espíritu Santo, se seca el amor, se apaga la alegría, se pierde la paz.

La persona humana en la cual el Espíritu Santo ha realizado mayores maravillas es la Virgen María: la hizo Inmaculada, Llena de Gracia, Madre del Hijo de Dios hecho hombre, Madre de la Iglesia. Por eso, María es la persona que ha producido los mejores frutos. Nos fijamos solo en estos tres: el amor, la alegría y la paz.

El amor. María se ha merecido el título de Madre del Amor Hermoso. Más aún, el de Rostro materno de Dios. Dios es el Sol del Amor. María es como la Luna que refleja la luz del Sol de Dios. Si hiciéramos una encuesta preguntando a la gente que nos dijera una cualidad de María, la mayor parte respondería que es buena, porque nos ama. Donde está el Espíritu Santo, aparece siempre el fruto del amor.

La alegría. Un título muy simpático que le damos a María es el de Virgen de la Alegría. Ella, por ser Madre de Jesús, llegó hasta la Cruz, siendo Madre Dolorosa. Jesús, al resucitar, cambió el rostro de su Madre dolorida y la

transformó en Virgen de la Alegría, Virgen de la Pascua, Virgen de la Resurrección. Donde está el Espíritu Santo, aparece siempre el fruto de la alegría.

La paz. En el año 1917, durante la Primera Guerra Mundial, el papa Benedicto XV invocó a María como Reina de la Paz e incluyó ese título en las letanías del Rosario. Donde está el Espíritu Santo, aparece siempre el fruto de la paz.

Pero el mejor fruto del Espíritu Santo es una Persona. En el maravilloso piropo que santa Isabel le echó a la Virgen tenemos la explicación: «¡Bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre, Jesús!» (Lucas 1,42).

El mejor fruto que producen las madres es un hijo o una hija: una persona humana. Pero resulta que la Virgen María nos dio como fruto de su seno al mismo Hijo de Dios, unido a nuestra naturaleza humana, por obra y gracia del Espíritu Santo. Por eso, la llamamos ¡bendita entre todas las mujeres! Ninguna mujer, ninguna madre nos ha dado un fruto mejor.

En el credo afirmamos como verdad de fe: «Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, que fue concebido, en María, por obra y gracia del Espíritu Santo».

«No se puede pedir peras al olmo», dice el refrán. A una madre humana no se le puede pedir que tenga un hijo divino.

Sin embargo, a María la llamamos Madre de Dios, porque Dios Padre la escogió para que fuera Madre del Hijo de Dios hecho hombre. Y eso fue posible por obra y gracia del Espíritu Santo.

En verdad, el Espíritu Santo es Señor y Dador de Vida. Es Espíritu Creador. Por eso, obró la maravilla sublime de unir al Hijo de Dios con una humanidad como la nuestra en el seno materno de María.

Realmente, Jesús es el fruto bendito de María.

13. LA PATRONA DE LA AUTOESTIMA

La autoestima es muy importante en la vida. Consiste en saber apreciarnos serenamente en lo que somos. Hemos de reconocer nuestras cualidades, aceptar nuestras limitaciones y corregir nuestros defectos.

Todas las profesiones suelen tener su patrono o patrona. También podemos buscar una patrona a la autoestima: ¿y quién mejor que la Virgen de la Autoestima?

Y esto no es una curiosa ocurrencia, sino que tiene un sólido fundamento. Lo encontramos en las palabras que el Evangelio pone en labios de María, en su cántico del Magníficat (Lucas 1,46-55). El Espíritu Santo inspiró esas palabras.

La autoestima es apreciar serenamente lo que uno es.

María dijo: «Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi Salvador».

La autoestima nos mueve a reconocer nuestras cualidades.

María dijo: «Desde ahora me felicitarán todas las generaciones, porque el Dios Poderoso ha hecho obras grandes por mí».

La autoestima exige reconocer las propias limitaciones.

María dijo: «Dios ha mirado la humillación de su esclava».

Realmente podemos proclamar a María como la Virgen de la Autoestima.

Hay tres momentos en la vida de la Virgen que vale la pena destacar, hablando de la autoestima que Ella tenía de sí misma.

Primer momento: Virgen Inmaculada y Madre de Jesús.

El Espíritu Santo hizo Inmaculada a la Virgen desde su Concepción. María, al crecer, se daba cuenta de los defectos y de los pecados de los demás. Y, al mismo tiempo, sentía que Ella era limpia, inmaculada. El Espíritu Santo le hacía comprender que eso era un regalo de Dios. Por tanto, Ella no se sentía superior a nadie.

Después, el Espíritu Santo creó en María el Cuerpo de Jesús, para que Ella fuera su Madre. El Espíritu Santo le hizo comprender que era Inmaculada precisamente para ser Madre de Jesús, el Salvador del mundo.

Segundo momento: María no entendía.

Por dos veces, el Evangelio insiste en que María no comprendió lo que le pasaba a su Hijo Jesús. Pero, cuando María se encontró al pie de la Cruz de Jesús, no entendió absolutamente nada. Era imposible comprender al Hijo de Dios. La autoestima nos exige reconocer nuestras limitaciones: no lo podemos todo, no lo sabemos todo. Cuando María no entendía algo, reaccionaba como dice el Evangelio: «Su madre conservaba todo esto en su corazón» (Lucas 2,51), para reflexionarlo, para rezar, para esperar que el Espíritu Santo la iluminara con su luz.

Tercer momento: La Virgen de la Asunción.

Jesús murió en la Cruz, resucitó y subió al Cielo. María continuó viviendo unos años con los Apóstoles y primeros discípulos. Por fin, María murió.

El Espíritu Santo, resucitó el cuerpo de María y lo espiritualizó de tal modo, que la subió en cuerpo y alma al Cielo el día de la Asunción.

Al entrar en la Casa de Dios, en el Cielo, María repitió con pleno sentido las palabras de su himno, del Magníficat: «Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi Salvador; porque ha mirado la humillación de su esclava. Desde ahora me felicitarán todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí».

Jesús le dijo a su Madre en el Cielo: «Cuando Yo estaba en la tierra, Tú fuiste mi Madre. Ahora te encargo que seas Madre de mis hermanos, los hombres y mujeres que todavía caminan por la vida».

En el Cielo, la autoestima de María llegó a su cumbre, porque se sintió Madre de Jesús y, también, Madre de la Iglesia y de toda la humanidad. Sin embargo, no se consideró superior a nadie, sino humilde colaboradora del plan salvador de Dios.

María es nuestro ejemplo. Dios, que es grande, nos ha mirado a nosotros, que somos tan limitados. Y también quiere hacer cosas grandes por medio de nosotros. Dios es nuestro Padre. Somos sus hijos o hijas, por tanto, nuestra autoestima no puede ser mayor. Como la de la Virgen de la Autoestima.

14. ENSANCHAR EL CORAZÓN

«Jóvenes, ensanchad el corazón a las dimensiones del mundo». Este mensaje lo dirigió el papa Pablo VI a los jóvenes.

Los niños tienen un mundo muy reducido: su familia, sus amigos, su barrio, su pueblo. La juventud supone ya un gran crecimiento en la inteligencia, en los sentimientos, en la preparación para el futuro.

Qué alegría produce el ver jóvenes generosos, que saben amar a su tierra, pero que abren su corazón a las dimensiones del mundo.

La persona que más ha ensanchado su corazón fue una joven, que vivió en un pequeño pueblo, pero que hoy día es conocida y amada en todo el mundo. Es María de Nazaret.

Desde el primer momento de su concepción, Dios Padre, por medio del Espíritu Santo, la santificó y la hizo Inmaculada. Fue una niña encantadora y llenó de alegría a su familia y amigos.

María creció y le llegó el tiempo de enamorarse de un joven estupendo, llamado José. El Espíritu Santo ensanchó el corazón de María para amar al que iba a ser su esposo.

En ese momento, antes de que vivieran juntos, se apareció el arcángel Gabriel a María para anunciarle: «Dios te ha escogido para ser Madre del Mesías, el Salvador del mundo. Pero serás Madre por obra y gracia del Espíritu Santo, para que tu hijo no sea un hombre como los demás, sino Hijo de Dios. Tu esposo José lo cuidará y hará con él las veces de padre».

Por tanto, el Espíritu Santo ensanchó el corazón de María para que fuera madre, no de un hijo como los demás, sino del Hijo de Dios que se hacía hombre.

Jesús, el Hijo de María, nació, creció y, un día, se despidió de su madre para ir a predicar el Evangelio. En ese momento, escogió a Doce Apóstoles y a muchos otros discípulos.

El Espíritu Santo ensanchó el corazón de María, para que amara no solo a su Hijo, Jesús, sino también a los Apóstoles y discípulos que Él había escogido.

Jesús predicaba el amor, la fe, la esperanza, la verdad, la libertad de los hijos de Dios. Eso no gustaba a los que hacían el mal, a los que oprimían a otros. De tal forma que decidieron eliminarlo, asesinarlo.

Una noche lo asaltaron, lo torturaron. Al día siguiente lo juzgaron injustamente. Por fin, el gobernador romano lo condenó a morir en la cruz.

María estuvo al pie de la Cruz, cuando agonizaba Jesús. Y allí surgió una gran sorpresa para Ella. Desde la Cruz, Jesús le dijo: «Yo estoy muriendo, pero no te vas a quedar sin hijo. Haz de Madre a este discípulo que está aquí, al pie de la Cruz. Más aún, haz de Madre a todos mis discípulos. Ámalos, como me has amado a Mí».

El Espíritu Santo ensanchó el corazón de María para que aceptara como hijos a los Apóstoles y a todos los discípulos de Jesús.

Pero todavía hubo más. Cuando Jesús resucitó y subió al Cielo, envió al Espíritu Santo sobre su Madre, los Apóstoles y los discípulos. En ese momento, los Apóstoles y discípulos sintieron una fuerza increíble para lanzarse a predicar el Evangelio por todo el mundo. Así comenzó la vida de la Iglesia. El Espíritu Santo ensanchó el corazón de María para que fuera una verdadera Madre de los primeros cristianos, que recibían el Bautismo.

Sin embargo, faltaba todavía lo mejor. Después de vivir unos años con aquellos primeros cristianos, María murió, fue resucitada y llevada por Dios al Cielo en cuerpo y alma.

Al llegar al Cielo, Jesús le dio esta función: «Ahora que estás perfectamente salvada, haz de Madre de toda la Iglesia, más aún, de toda la humanidad». Y, también entonces, el Espíritu Santo ensanchó el corazón de María, para que fuera Madre y Auxiliadora de la Iglesia y de la humanidad.

«Jóvenes, adultos, personas mayores, ensanchad el corazón a las dimensiones del mundo». Como hizo la Virgen.

15. «HAY GENTE PA' TO'»

Rafael Guerra, Guerrita, fue un célebre torero cordobés. Cuentan de él que, un día, le presentaron al filósofo don José Ortega y Gasset. Guerrita, sorprendido, preguntó: «Filósofo, ¿y eso qué es?». Le explicaron que se dedicaba a las ideas y al pensamiento. Entonces Guerrita, encogiéndose de hombros, exclamó: «Hay gente pa' to'».

Y menos mal que hay gente para todo. El que quiera saber aproximadamente los diversos tipos de trabajo que existen, basta que consulte las guías que ofrece Internet. Casi todo lo que uno necesita es posible encontrarlo en esas páginas.

Cada persona tiene unas cualidades distintas, pero entre todos lo hacemos todo. Basta que pensemos en nosotros mismos: alguien ha hecho nuestro reloj, nuestra ropa, nuestros zapatos, alguien trabaja para que lleguen a nuestra casa el agua y la luz. Como decía Guerrita: «Hay gente pa' to'».

¿Quién da a cada uno cualidades tan distintas, para ponerse al servicio de la sociedad?

Y lo mismo sucede en la Iglesia: no es lo mismo la función del Papa, de los obispos, sacerdotes, diáconos, religiosos y seglares; estos son la inmensa mayoría en la Iglesia. Como decía Guerrita, también en la Iglesia: «Hay gente pa' to'».

¿Quién da a cada uno cualidades tan distintas, para ponerse al servicio de la Iglesia?

La respuesta nos la ofreció hace dos mil años el apóstol san Pablo: «En cada uno se manifiesta el Espíritu Santo para el bien común» (1 Corintios 12,7). O sea, es el Espíritu de Dios, el Espíritu Santo, el que da a cada persona eso que llamamos vocación, carisma, tanto en la sociedad como en la Iglesia. Y esa vocación, ese carisma que recibe cada persona, sirve para el bien común, para que cada uno contribuya al bien de los demás.

La persona humana, que ha recibido la vocación, el carisma, más grande al

servicio del mundo entero, fue una joven de Nazaret, la Virgen María. Cada uno de nosotros recibe una vocación, que sirve para el lugar y el tiempo en que vive. Sin embargo, María recibió del Espíritu Santo una vocación, un carisma, para todo el mundo y para toda la historia.

El Espíritu Santo creó en el seno de María el Cuerpo de Jesús para unirlo al mismo Hijo de Dios. Por eso, Jesús fue Dios y hombre en una sola persona. Y ese Hijo de María es el Salvador de todo el mundo y de toda la historia.

Cuando Jesús resucitó y subió al Cielo, su Madre quedó en medio de los Apóstoles y de los discípulos de Jesús. En ese momento, ya no la llamaban María, que era su nombre personal, sino Madre de Jesús. Así lo constatamos en el libro de los Hechos de los Apóstoles (Lucas 1,14).

Jesús, al subir al Cielo, dejó un vacío abismal entre los que lo habían conocido personalmente. Entonces, todos los ojos se volvieron a quien había estado más cerca de Él: la Madre de Jesús.

Pero Jesús, antes de subir al Cielo, les prometió a sus Apóstoles y discípulos que les daría el mejor regalo que tiene Dios: su Espíritu Santo. El día de Pentecostés, Dios Padre y Jesús, su Hijo, enviaron el Espíritu Santo sobre la Virgen, los Apóstoles, los discípulos; o sea, sobre aquella Iglesia naciente.

En ese momento, María recibió otra vocación, otro carisma: ser Madre de la Iglesia, de toda la Iglesia, de la Iglesia de todos los tiempos, hasta el fin del mundo.

Realmente, «hay gente para todo», hasta para hacer de Madre de Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre, y para hacer de Madre de la Iglesia.

Pero, ahora, cada uno se ha de fijar en sí mismo. ¿Qué cualidades, qué vocación, qué carisma, me ha dado el Espíritu Santo? ¿Los hago servir para el bien de la sociedad, de la Iglesia, o los guardo egoístamente para mí solo?

Al final de mi vida, Dios me va a pedir cuentas de ese tesoro que me ha confiado para gastarlo en bien de todos. Como hizo la Virgen María.

16. LA BLANCA PALOMA

Un millón de personas se acerca cada año a venerar a la Virgen del Rocío, en Almonte, provincia de Huelva. La fecha de la peregrinación es el lunes de Pentecostés.

A la Virgen del Rocío la llaman también la Blanca Paloma. Pero en esos dos nombres hay escondida una realidad, que supera infinitamente a la Virgen María y que, al mismo tiempo, la llena de gloria.

La Blanca Paloma es el Espíritu Santo, cuya imagen de Paloma bíblica está en el camarín de la Virgen del Rocío, sobre su cabeza, en el techo de su palio y bordada en el centro de su manto.

El Rocío proviene de la oración que la Iglesia reza en la fiesta de Pentecostés: «Señor, que la efusión del Espíritu Santo purifique y limpie nuestros corazones con su divino rocío, para hacerlos fecundos».

Al celebrar la fiesta de la Virgen del Rocío el lunes de Pentecostés, o sea, después de la fiesta del Espíritu Santo, el pueblo ha trasladado a la Virgen lo que es propio del Espíritu Santo. Eso es una equivocación, pero hasta las equivocaciones tienen, a veces, su gracia y su sentido.

El Espíritu Santo es el que llenó de santidad a la Virgen, haciéndola Inmaculada, Purísima, como una blanca paloma. De ese modo, la preparó para ser la Madre de Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre.

Así María, la Blanca Paloma, la Inmaculada, es símbolo universal de todo lo hermoso, lo bello, lo exquisito que el Espíritu Santo difunde en el mundo, en la historia.

El Concilio Vaticano II afirma que María, totalmente santa y limpia de pecado, ha sido como «plasmada y hecha una nueva criatura por el Espíritu Santo» (Lumen Gentium 56), que es el Supremo Artista. La Inmaculada, la Blanca Paloma, es una obra maestra del Espíritu Santo.

La Virgen ha sido llamada también Templo de Dios, Sagrario del Espíritu Santo, donde se guardó lo mejor que puede haber, o sea, Jesús. El seno de la

Virgen Madre fue el Sagrario donde Jesús se hizo hombre.

El Espíritu Santo es la Belleza Suprema y, por eso mismo, crea belleza en el mundo. El Espíritu Santo es el que inspira al espíritu humano a alegrar a todos con el arte. El espíritu humano se vale de la música, de la pintura, de la escultura, de la poesía, del teatro, del cine, de la moda y de mil otras técnicas para manifestar el arte y hacer más agradable y hermosa la vida de todos.

La manifestación del espíritu humano crea arte: preparar un jarrón de flores, adornar la mesa del comedor para un día de fiesta, hacer trabajos manuales, decorar una habitación, hacer un paquete con gusto, saludar, sonreír, acariciar. Basta con estos pocos ejemplos para comprender que en todo lo que realizamos es posible poner la gracia del arte, de la finura, de la delicadeza, para hacer más agradable la vida a todos.

Pero lo fundamental es comprender que el arte que crea el espíritu humano está inspirado por el Espíritu Santo, que es la Belleza Suprema.

La Iglesia ha promovido siempre el arte, la belleza, como un camino hacia Dios, que es origen de toda Belleza. Basta abrir un libro de arte o hacer un poco de turismo para descubrir que el arte religioso llena las más bellas páginas de la Historia del Arte.

Vale la pena hacer esta observación. Las figuras de Dios, de Jesús, de la Virgen, de los santos embellecen el arte, lo purifican, lo dignifican. Crean una atmósfera sagrada que nos eleva hacia los pensamientos y deseos más altos. Nos hacen reconocer que Dios nos ha hecho sus hijos o hijas, y que, por tanto, también nosotros somos personas sagradas, dignas de todo respeto y amor.

Es el Espíritu Santo el que espiritualiza y santifica nuestro espíritu humano, para que sepamos adivinar la Belleza Suprema que es Dios.

La Esperanza cristiana nos asegura que un día llegaremos a disfrutar de ese océano infinito de Belleza, siempre deslumbrante, inagotable, que es Dios. Como ya lo disfruta la Blanca Paloma.

17. LA FUERZA DEL ESPÍRITU

La edad de casarse se ha retrasado bastante. Y algunas parejas ni siquiera se casan, se juntan sin más, sin ningún compromiso de vida. Los motivos para esos tipos de conducta pueden ser muchísimos. Pero hay uno que vale la pena considerar: es el miedo que tienen hoy día muchos jóvenes a comprometerse en algo importante y, más todavía, si es para toda la vida.

Hernán Cortés quemó sus barcos en Méjico para que sus soldados no tuvieran la tentación de volver a España. Por eso, pudo conquistar Méjico.

Para los jóvenes que no se deciden a quemar sus barcos en la vida, hay que poner delante como modelo, como estímulo, como ideal, lo que hizo una chica de Nazaret. Se llamaba María.

Un día, el más grande de la historia, recibió la visita de un ángel de Dios que le propuso un plan increíble y lleno de exigencias: ser Madre de Jesús, el Mesías prometido por Dios a su Pueblo; más aún, el Hijo de Dios hecho hombre.

La primera reacción de muchas chicas de su edad hubiera sido excusarse: «Yo no sirvo para eso, no quiero complicaciones, eso me compromete para toda la vida, no me fío de lo que dice Dios». María, una sencilla chica de pueblo, reflexionó sobre lo que le proponía el ángel en nombre de Dios, quemó los barcos de su vida y, con total confianza en Dios, se lanzó a la aventura histórica de ser la Madre de Jesús.

Una pregunta inquietante. ¿Cómo aceptó el plan de Dios con tanta seguridad, con tanta serenidad? La respuesta es clara. Dios Padre, por medio del Espíritu Santo, la había preparado desde su Concepción, haciéndola Inmaculada, Llena de Gracia. Para Ella, Dios lo era todo. El Espíritu Santo iluminó su mente y fortaleció su voluntad para que aceptara el plan de Dios. Más aún, el mismo Espíritu Santo, que es Señor y Dador de Vida, creó en el seno de María un nuevo ser, que el Hijo de Dios unió a su propia persona: Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre por obra y gracia del Espíritu Santo.

La vida de María no fue fácil. Vio nacer a Jesús en una cueva de pastores. Sintió el zarpazo mortal del rey Herodes, que intentó asesinarlo. Tuvo que huir con el Niño Jesús y con san José a Egipto. Se fió de Dios, pero sin terminar de comprender el sentido de todo lo que sucedía.

María acompañó a Jesús, durante unos treinta años, en su crecimiento de niño a joven y a hombre. Lo vio comenzar a predicar el Evangelio del amor, de la paz, de la libertad, de la fe en Dios. Los que no buscaban ni el amor, ni la paz, ni la libertad, ni la fe en Dios comenzaron a rechazar y perseguir a Jesús. En el mismo pueblo de Nazaret, donde habían vivido María y Jesús, quisieron matar a Jesús arrojándolo por «un barranco del monte en donde se alzaba el pueblo» (Lucas 4,29).

María necesitó una ayuda especialísima del Espíritu Santo para ser fuerte y aguantar esas situaciones tan peligrosas.

Pero el peligro aumentó espantosamente en la Pasión y Muerte de Jesús. En esos días, Judas traicionó a Jesús. Pedro lo negó. Los demás Apóstoles huyeron cobardemente dejando a Jesús solo ante sus enemigos, que lo torturaron, lo coronaron de espinas, lo azotaron y lo clavaron en la Cruz entre dos ladrones. El Evangelio presenta a María junto a la Cruz de Jesús. «Sola ante el peligro». Ella recibió el testamento de su Hijo, que podemos expresar con estas palabras: «Madre, Yo muero pero no te vas a quedar sola, porque tienes que hacer de Madre de todos mis Apóstoles y discípulos. Ámalos a ellos como me has amado a Mí».

Jesús se ofreció a Dios Padre voluntariamente en la Cruz por la salvación de toda la humanidad. Más aún, María ofreció también a su Hijo y se ofreció a sí misma para colaborar en la salvación de la humanidad.

Por último, María enterró a Jesús en el sepulcro como un derrotado por sus enemigos. Al Hijo, que había recibido del mismo Dios, por obra y gracia del Espíritu Santo, lo tuvo que dejar muerto bajo la losa fría de una tumba.

Todo eso le exigió un esfuerzo sobrehumano, que no podemos ni siquiera imaginar. ¿Quién le dio la fortaleza para aguantar todo eso con dignidad? La respuesta es clara: el mismo que ha dado la fortaleza a todos los mártires de la Iglesia, o sea, el Espíritu Santo.

Él nos da fortaleza también a nosotros.

18. DOS VECES MADRE

Una madre puede engendrar a sus hijos uno tras otro o en un parto múltiple, o también como gemelos o mellizos. Pero siempre son hijos que se parecen a su madre y a su padre. «No se puede pedir peras al olmo», dice el refrán. Y tampoco se puede pedir a una madre que engendre a un gigante o a un supermán. Eso es imposible humanamente.

Sin embargo, cuando Dios se mete por medio, pueden suceder cosas sorprendentes; por ejemplo, que una mujer sea madre dos veces, pero de un modo totalmente distinto a como sucede en la vida ordinaria.

Hay una Mujer, María, a la que llamamos Madre de Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre, y también Madre de la Iglesia. Jesús y la Iglesia son dos hijos verdaderamente sorprendentes.

Y el que hizo ese milagro portentoso en María fue el Espíritu Santo. María fue la colaboradora humana, pero el Espíritu Santo fue el que creó algo nuevo, por encima de lo que nadie podía imaginar.

María es la Madre de Jesús

Ella, como mujer humana, solo podía tener un hijo humano. «No se puede pedir peras al olmo». Pero Dios Padre envió al Espíritu Santo para que creara en el seno de María un ser tan especial que fuera la unión del Hijo de Dios y de una naturaleza humana, o sea, Jesús. El Espíritu Santo es Señor y Dador de Vida, por eso, creó esa nueva Vida en el seno de María.

El día más grande de la historia fue aquel en el que el Hijo de Dios se unió a una naturaleza humana en el seno de María. Ella fue el punto de encuentro. En María, se unió Dios a nuestra humanidad, abrazó a nuestra humanidad. Jesús fue ese abrazo. Pero ese abrazo se produjo en María.

Gracias a ese abrazo, Dios es nuestro Padre, el Hijo de Dios es nuestro Hermano Mayor y el Espíritu Santo nos ha llenado de Vida. Solo en el Cielo

podremos darnos cuenta de la maravilla que supone el abrazo de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Y solo en el Cielo podremos darnos cuenta de la santidad de María, que fue el lugar donde Dios nos abrazó por primera vez.

María es la Madre de la Iglesia

Esta es la segunda maternidad de María. Las madres humanas pueden tener uno o varios hijos, pero siempre hay un límite que no pueden superar. María es Madre de la Iglesia. Por tanto, tiene millones y millones de hijos que la invocan como Madre en todo el mundo, diciéndole: «Dios te salve, Reina y Madre de Misericordia».

María no podía ser Madre de la Iglesia por sí misma, porque Ella lo quisiera. A Ella la hicieron Madre de la Iglesia. ¿Quién realizó eso? El Espíritu Santo, el mismo que la había hecho Madre de Jesús.

Cuando Jesús resucitó y subió al Cielo, les pidió a su Madre, a los Apóstoles y discípulos que esperaran al Espíritu Santo, porque Él y el Padre se lo iban a enviar.

Por eso, la Virgen, los Apóstoles y discípulos se reunieron en el Cenáculo y pasaron varios días rezando, formando comunidad, esperando al Espíritu Santo.

El día de Pentecostés, Dios Padre y Jesús enviaron desde el Cielo al Espíritu Santo. Inmediatamente los Apóstoles comenzaron a predicar y a extenderse por todo el mundo anunciando el Evangelio de Jesús.

En ese día de Pentecostés, el Espíritu Santo ensanchó el corazón de la Virgen para que se sintiera Madre de la Iglesia, Madre de los Apóstoles y discípulos de Jesús.

Realmente María es dos veces Madre: Madre de Jesús y Madre de la Iglesia.

19. TRES GRANDES REGALOS

Hacer regalos es viejo como el mundo. Lo único que cambia, con el tiempo, es el tipo de regalo: no es lo mismo un regalo en la edad de piedra que en el siglo XXI.

Y tampoco es lo mismo quién hace el regalo. La persona que más nos quiere nos enviará algo especial, que nos llegará al alma. Un empresario nos dará simplemente algo para cumplir.

Demos el último paso: si Dios mismo nos hace un regalo, tiene que ser algo sublime, extraordinario, exclusivo. Dios no nos da cositas o caramelos, sino que se da a Sí mismo. Él mismo es el regalo.

Esta historia comenzó silenciosamente en el seno de una madre joven, una muchacha de Nazaret, María. Un día feliz, Dios Padre le envió a su ángel para hacerle una increíble propuesta: «¿Aceptas ser la Madre de Jesús, del Hijo de Dios, que quiere hacerse hombre en tu seno maternal?».

María respondió: «¿Cómo va a ser eso posible?» (Lucas 1,34). El ángel Gabriel le respondió en nombre de Dios: «Lo que tú no puedes hacer lo realizará el Espíritu Santo. Gracias a Él, no tendrás simplemente un hijo humano, como las demás madres; sino que ese hijo estará unido personalmente al mismo Hijo de Dios».

Nació Jesús, vivió, predicó y, cuando estuvo a punto de morir, prometió a sus Apóstoles y discípulos tres magníficos regalos. Primero: «Quiero quedarme siempre con vosotros, cada día». Segundo: «Deseo entregaros a mi misma Madre como Madre vuestra». Tercero: «Para que todo eso sea posible, os enviaré desde el Cielo lo mejor que tenemos Dios Padre y Yo: nuestro Espíritu Santo».

Comentemos estos tres fabulosos regalos.

Primer regalo: Jesús se queda con nosotros.

Jesús, en la Última Cena, tomando un pan, comenzó a cumplir lo prometido, diciendo a sus Apóstoles: «Tomad y comed todos de él, porque

esto es mi Cuerpo que se entrega por vosotros» (Mateo 26,26).

Después de su Resurrección, Jesús añadió: «Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mateo 28,20).

Sí, realmente Jesús se ha quedado con nosotros.

Segundo regalo: Jesús nos da a su misma Madre.

Jesús afirmó en la Última Cena: «Esto es mi Cuerpo, que se entrega por vosotros» (Mateo 26,26). Y resulta que ese Cuerpo, Jesús lo tomó de su Madre, María, por obra y gracia del Espíritu Santo. Toda madre está presente biológica y espiritualmente en el cuerpo y alma de su hijo. Donde está el hijo, está, de algún modo, también su madre.

Si en la Eucaristía está el Cuerpo de Jesús, también, de algún modo, está presente su Madre. Esto se ve claramente en uno de los cantos que la Iglesia entona en la adoración del Santísimo Sacramento. Su título en latín es Ave verum. Y comienza así: «Salve, Cuerpo de Cristo, nacido de la Virgen María». En la Eucaristía está también presente la Madre de Jesús.

Para que esto quedara aún más claro, Jesús, agonizando en la Cruz, nos regaló a su propia Madre: «Ahí tienes a tu hijo, a tus hijos. Hazles de Madre, como Madre de la Iglesia, durante todos los siglos» (cfr. Juan 19,26).

Tercer regalo: el Espíritu Santo.

Este fue el maravilloso regalo que nos ha hecho Jesús, juntamente con Dios Padre. Así se lo prometió Jesús a sus Apóstoles en la Última Cena: «Yo pediré al Padre y os dará al Espíritu Santo, para que esté con vosotros para siempre» (Juan 14,16).

Nos lo dará para que esté con nosotros para siempre. Son las mismas palabras que nos dijo Jesús: «Yo estaré con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo».

Estamos en la mejor compañía: Jesús y el Espíritu Santo están con nosotros para siempre. Y ha sido Dios Padre quien nos ha enviado, primero, a su Hijo y, después, al Espíritu Santo.

Por obra y gracia del Espíritu Santo, el Hijo de Dios Padre se hizo Hermano nuestro en el seno de la Virgen María.

Si Jesús es Hermano nuestro, también nosotros somos hijos o hijas de Dios. ¿Qué más podemos desear?

20. EL ALMA DE LA IGLESIA

Una avería eléctrica es un problema. Pero, si dura una hora, una mañana o un día entero, se convierte en una parálisis social. La electricidad es la energía que mueve la vida de las familias, de las empresas y de muchos transportes.

Lo que es la electricidad para tantos aparatos es el alma, el espíritu para el cuerpo humano. En cuanto nace un niño, enseguida se comienza a notar, día tras día, que en aquel cuerpecito hay algo que lo hace mover, entender, sonreír, llorar. Eso es el alma. Conforme vaya creciendo ese niño, irá aumentando su capacidad intelectual; aprenderá a conocer a los que lo rodean, comenzará a caminar, a hablar; más tarde irá a la escuela. Y, lo más grande, ojalá comprenda que existe Dios y que lo ama. El alma es el mejor regalo que Dios nos ha hecho.

En definitiva, la muerte consiste en la separación del alma respecto al cuerpo. En cuanto el alma abandona el cuerpo, sucede la muerte y el cuerpo se deshace, porque le falta la energía, el espíritu que le daba vida.

Una de las frases felices y profundas que nos ofreció el Concilio Vaticano II es esta: «El Espíritu Santo es como el alma en el cuerpo» (cfr. Lumen Gentium 7). O sea, si la Iglesia, si nosotros, que somos la Iglesia, tenemos dentro al Espíritu Santo, Él será nuestra alma, nuestra vida. Pero si la Iglesia, si nosotros, no tenemos al Espíritu Santo, estaremos sin alma, sin vida.

Fijémonos en el miembro humano más importante de la Iglesia, la Virgen María.

¿Por qué es Inmaculada, Llena de Gracia? Porque el Espíritu Santo actuó en el mismo momento de su Concepción para hacerla Purísima, Santísima.

¿Por qué fue capaz de ser Madre de Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre? Porque en Ella actuó el Espíritu Santo. Así afirma el credo: «Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, que fue concebido, en María, por obra y gracia del Espíritu Santo».

Demos otro paso. ¿Por qué María es también Madre espiritual de la Iglesia,

Madre de la humanidad, Madre de cada uno de nosotros? Porque el Espíritu bajó sobre María, el día de Pentecostés, para transformarla en Madre de la Iglesia, de la humanidad y de cada uno de nosotros.

María es la Mujer Llena de la Gracia de Dios, Llena del Espíritu de Dios. María es una obra maestra del Espíritu Santo. Es Templo y Sagrario del Espíritu Santo.

El patriarca Atenágoras y el papa Pablo VI impulsaron la unidad de los cristianos, movidos por el Espíritu Santo. Pues, bien, Atenágoras escribió un texto lleno de profundidad, claridad e inspiración. Podemos resumirlo así:

— Sin el Espíritu Santo, Dios está lejos, es un extraño.

— Sin el Espíritu, Cristo queda en el pasado y el Evangelio es letra muerta.

— Sin el Espíritu, la Iglesia es solo una organización humana.

— Sin el Espíritu, la predicación del Evangelio es simple propaganda.

— Sin el Espíritu, la Eucaristía es solo un recuerdo sin vida.

Y podemos añadir nosotros:

— Sin el Espíritu Santo, la Virgen María sería una mujer más entre los miles de millones de mujeres que ha habido en la historia. No sería la bendita entre todas las mujeres.

Hay otro aspecto que obra el Espíritu Santo en María: el hacerla Rostro materno de Dios.

Jesús es la Imagen perfecta, total, de Dios Padre. Quien lo ve a Él ve al Padre.

María expresa para nosotros un aspecto entrañable: el ser Rostro materno de Dios. Nosotros, que estamos acostumbrados a sentir el cariño de una madre, solo somos capaces de captar el cariño que Dios nos tiene, si lo vemos reflejado en una madre. Esa Madre es María.

Un gran poeta, Paul Claudel, lo ha expresado acertadamente: «María es el sacramento, el signo, de la ternura maternal de Dios».

El Espíritu Santo es el Artista que ha creado para nosotros en María ese Rostro materno de Dios.

III

LA VIRGEN MARÍA, HOY

21. LA VIRGEN DE EUROPA

Hay dos hechos muy agradables sobre la Virgen y Europa.

Primer hecho: El título de María, «Virgen de Europa», es español.

En 1476 —¡hace más de quinientos años!—, Enrique de Guzmán, duque de Medina Sidonia, recobró Gibraltar y levantó allí un santuario a María con el nombre de Virgen de Europa, solicitando que fuera patrona celestial de España y Europa.

Buscando en Google, en Internet, al escribir Virgen de Europa, aparecen aproximadamente cientos de miles de resultados.

Toda Europa está llena de basílicas, santuarios, ermitas dedicadas a María. Es realmente la Virgen de Europa. Le pedimos a la Virgen que nos ayude a reverdecer las raíces cristianas de este continente y a renovar el espíritu misionero y apostólico para llevar el Evangelio de Jesús a todo el mundo. Si Europa no es cristiana…, ya no será Europa. Perderá lo mejor de su esencia.

Segundo hecho: La bandera de Europa es la bandera de la Virgen.

Los colores han tenido siempre una fuerte carga simbólica. Por ejemplo, el blanco de la pureza y el azul del cielo se han reservado tradicionalmente para las imágenes de la Inmaculada.

En 1950, el Consejo de Europa convocó un concurso de ideas sobre la bandera europea. Se presentaron 101 proyectos y fue escogido el de Arsène Heitz, un joven francés.

Sobre un fondo azul, brillan doce estrellas que representan a las naciones de Europa. Aunque aumente el número de naciones, las doce estrellas permanecerán invariables. Es un número simbólico. El círculo representa la unidad de las naciones.

El joven ganador del concurso era un católico que rezaba todos los días el Rosario de la Virgen. Había recibido un ejemplar de la célebre Medalla Milagrosa; en ella están grabadas doce estrellas, que están inspiradas en las

que aparecen en el Apocalipsis (12,1), al presentar a la célebre Mujer que vence a la serpiente del mal. El número doce se refiere tanto a las tribus del Antiguo Israel como a los Doce Apóstoles escogidos por Jesús. En muchísimas coronas de la Virgen, tanto en pinturas como en esculturas, aparecen esas doce estrellas formando un círculo alrededor de la cabeza de María.

El joven artista francés, para el color de fondo de la bandera escogió el azul, que es el que tradicionalmente se atribuye a María, la Reina del Cielo.

Con estos dos elementos: el color azul y las doce estrellas en círculo, que reflejan dos símbolos marianos, quedó formada la bandera de Europa. Se los merece la que invocamos como Virgen de Europa.

En la matrícula de los coches europeos, en los edificios oficiales y en mil otros lugares aparece siempre esa bandera europea, que podemos llamar la bandera de la Virgen María.

Pasando el Atlántico, encontramos una bandera azul y blanca, la de Argentina. El general Belgrano, héroe nacional, escogió esos colores para honrar a la Toda Pura, a la Inmaculada. Son también los colores de la selección argentina de fútbol.

Otra bandera azul y blanca es la del moderno estado de Israel. Hace más de dos mil años, nació en esa tierra la Inmaculada Virgen María. El color blanco y azul de la actual bandera de Israel es, por lo menos, una feliz coincidencia. La estrella de David, que aparece en la bandera, nos recuerda a Jesús, el hijo de María, llamado también hijo de David.

María es la Virgen de Europa, de Argentina, de Israel y de todo el mundo. En cualquier pueblo o nación se la siente propia, como la Madre de la gran familia humana.

Pero ha sido Europa quien ha sentido hacia Ella una profunda devoción y la ha llevado después a todo el mundo.

Que María, la Inmaculada de blanco y azul, ayude a Europa a revitalizar sus raíces cristianas.

22. CHINA

La inauguración de los Juegos Olímpicos de Pekín causó admiración en agosto de 2008 por su brillantez y perfección. El gobierno comunista chino quiso hacer de ellos como una carta de presentación ante el mundo.

Sin embargo, detrás de aquella maravillosa fachada, que fue como un biombo chino, se escondía un pueblo de 1.300 millones de personas sin libertad, por culpa del gobierno comunista.

A los chinos se les prohibió que hablaran con los atletas y periodistas extranjeros, especialmente de dos asuntos: la política y la religión. Pero, sin libertad, no hay política ni religión, porque son dos opciones que libremente toma cada persona.

Peor aún, en política y en religión, el gobierno comunista no solo no deja libertad, sino que persigue, encarcela y mata a quien quiere ser libre.

La Iglesia católica en China ha sido duramente controlada y perseguida; y tiene ya una larga lista de mártires, que han dado su vida por vivir la fe cristiana.

En esas durísimas circunstancias, los católicos chinos, ya en el siglo XIX, comenzaron a invocar a la Virgen como Auxiliadora. En el año 1868, se edificó una pequeña capilla a María Auxiliadora en la colina de Sheshan, en la ciudad de Shanghai.

Providencial coincidencia: en ese mismo año 1868, Don Bosco inauguró la basílica de María Auxiliadora en Turín.

Más tarde, los chinos convirtieron la pequeña capilla en un hermoso templo y declararon a María Auxiliadora patrona de China.

San Juan Bosco soñó con llegar a China y ese sueño se cumplió cuando los salesianos pusieron pie en Macao, en el año 1906. Las Hijas de María Auxiliadora llegaron a China en 1947. Se encontraron con la gratísima sorpresa de que María Auxiliadora era la patrona de esa gran nación.

Un detalle simpático. Los salesianos participaron con su presencia en la fiesta de la coronación de la imagen de María Auxiliadora de Sheshan: los novicios y los estudiantes de filosofía y teología cantaron la misa a voces; los alumnos de la Escuela Profesional alegraron la fiesta con su banda de música. Estos datos los ha proporcionado uno de los músicos de aquella banda, el salesiano coadjutor español don Santiago Iriarte. Esa fiesta se celebró poco después de la Segunda Guerra Mundial.

En enero de 1949, la diócesis de Pekín fue consagrada a María Auxiliadora.

Al constatar las graves dificultades que encuentran los cristianos en China, el papa Benedicto XVI les escribió en el año 2007 una carta en la que les pedía que invocaran a María Auxiliadora, poniendo en Ella su confianza, para ser fieles a la fe cristiana. Más aún, invitaba a todos los cristianos del mundo a unirse el 24 de mayo de cada año, fiesta de María Auxiliadora, para rezar por China. María Auxiliadora es la Virgen de los tiempos difíciles.

La respuesta del gobierno comunista chino fue impedir por todos los medios que los cristianos se acercaran el 24 de mayo al santuario de María Auxiliadora de Sheshan. La libertad religiosa es la más profunda e íntima que tiene cada persona. El que impide la libertad religiosa es un dictador, un tirano.

A pesar de la persecución comunista, los cristianos católicos, ortodoxos y protestantes en China son varios millones, aunque deben ocultar su fe. Pero, como afirmó Tertuliano en los primeros siglos de la Iglesia, «la sangre de los mártires es semilla de nuevos cristianos». El día en que llegue la libertad religiosa a China, se dará un gran impulso a la fe cristiana, que ha de ser el alma de mil trescientos millones de chinos.

San Francisco Javier quiso entrar en China, pero murió viendo de lejos su costa. Don Bosco soñó con llegar a China y eso lo ha conseguido su Familia Salesiana, a pesar de tantas dificultades. Los primeros mártires salesianos fueron asesinados precisamente en China. Son dos misioneros italianos: san Luis Versiglia, obispo, y san Calixto Caravario, sacerdote.

Que María Auxiliadora bendiga a China.

23. RESTAURAR

La cirugía estética se está haciendo cada vez más popular. Ciertos defectos corporales se pueden corregir con esa cirugía.

Las imágenes artísticas, ya sean pinturas o esculturas, se deterioran con el paso de los años y con la influencia del clima. Cada cierto tiempo, hay que restaurarlas para que aparezcan en su primitiva hermosura. Devolver la belleza a una imagen es como rejuvenecer a una persona.

Más aún, no solo se restauran las imágenes sino también las fachadas de las casas y los edificios históricos, tanto religiosos como civiles.

Un edificio que necesitaba restauración era la basílica de María Auxiliadora, que san Juan Bosco edificó en Turín. Esa basílica es el centro, el corazón de la Familia Salesiana y, por eso, toda la Familia Salesiana ha contribuido a su restauración.

La Virgen le dijo a san Juan Bosco: «Esta basílica es mi Casa. De aquí saldrá mi gloria». Desde esa Casa se ha difundido la devoción a María Auxiliadora a todo el mundo.

Nosotros podemos restaurar una imagen o una basílica de la Virgen, pero lo importante es restaurar nuestra devoción a la Virgen, porque esa devoción puede deteriorarse, hacerse rutinaria, superficial. Algunos consideran que llevar unas flores al altar de la Virgen o participar en una procesión en su honor ya es suficiente.

La devoción a la Virgen nos ha de animar a ser cada día mejores cristianos, más profundamente unidos a Cristo y a su Santa Iglesia, para dar testimonio de nuestra fe ante el mundo que nos rodea.

La Virgen dijo a los sirvientes en la boda de Caná: «Haced lo que Jesús os diga». El que tiene verdadera devoción a la Virgen hace lo que Jesús dice. Ser cristiano es vivir como Jesús vivió, es hacer lo que Él hizo. Eso es lo que la Virgen espera de cada uno de nosotros.

Pero hay que dar un paso más. No basta con restaurar una imagen o una

basílica antigua, sino que hay que saber crear imágenes nuevas.

La Historia del Arte nos ofrece imágenes maravillosas de Cristo, de la Virgen y de los santos. Son verdaderos tesoros artísticos de la humanidad.

Sin embargo, la vida avanza y hoy los artistas nos ofrecen nuevas imágenes, más cercanas a la sensibilidad de nuestro tiempo. Los pintores y escultores de la Edad Media representaban a Jesús y a la Virgen con los vestidos de aquel tiempo. Y algo semejante hicieron los del Renacimiento. Los de nuestro tiempo estilizan las figuras. Eso quiere decir que Cristo, la Virgen y los santos están vivos y que los sentimos presentes siempre y también ahora en nuestra vida y, de algún modo, los hacemos como nosotros. Los artistas de hoy siguen haciendo estatuas y cuadros, y componiendo canciones y poesías para honrar a la Madre de Jesús y Madre de la Iglesia.

La mejor imagen no es de madera ni de mármol, sino de carne. La mejor imagen hemos de ser nosotros mismos. Los cristianos hemos de ser imagen de Cristo, como lo fueron la Virgen María y los santos. El que nos vea ha de encontrar en nuestro rostro, en nuestras palabras, en nuestras acciones algo de Cristo. Nosotros hemos de ser hoy su mejor imagen.

Vivir de rentas ajenas es muy cómodo: el padre ha ganado el dinero y el hijo lo gasta sin hacer ningún esfuerzo.

Nosotros vivimos de las rentas de la devoción a la Virgen que nuestros antepasados hicieron florecer. Basta ver los santuarios, pinturas, músicas, poesías, fiestas, procesiones y mil otras actividades, dirigidas siempre a honrar a la Virgen.

Todo eso está muy bien, pero hace falta que nosotros hoy, ahora, aumentemos y enriquezcamos la herencia recibida de nuestros antepasados. Hemos de actualizar, adaptar, mejorar ese rico patrimonio. La devoción a la Virgen no es solo cosa del pasado, sino del presente y del futuro. ¿Cómo vivimos hoy la devoción a la Virgen? ¿Qué herencia mariana vamos a transmitir a nuestros descendientes?

24. EL QUITANIEVES

Los quitanieves prestan un gran servicio en los puertos de montaña. Lo mismo hacen los barcos rompehielos en los mares cercanos al Polo Norte. Quitar la nieve y romper el hielo supone un gran esfuerzo y máquinas potentes.

Sin embargo, hay un método mejor, muchísimo mejor, para quitar la nieve y romper el hielo: que lleguen la primavera, el buen tiempo, el sol. De ese modo, la nieve y el hielo se derriten suavemente para convertirse en agua.

En las familias, en los pueblos, hay veces que se produce hielo en la relación entre las personas; más aún, se dan separaciones, rupturas dolorosas.

También la Iglesia de Jesús las ha sufrido a lo largo de los siglos. Hace casi mil años, se separaron los ortodoxos; y hace casi quinientos, los protestantes. Cuánta ruptura, cuánto hielo se ha acumulado en la Iglesia a lo largo de los siglos. Romper ese hielo por la fuerza es imposible. Hacen falta una primavera, un tiempo bueno, un sol radiante para romper el hielo y fundir la nieve.

La unión de los cristianos es una obra humana, que todos debemos hacer con esfuerzo. Pero es, sobre todo, un regalo de Dios, una primavera que hemos de pedir y merecer.

Para deshacer el hielo entre los cristianos separados, tenemos a la que es Madre y Auxiliadora de la Iglesia.

Decir María Auxiliadora no basta. Lo completo es decir María Auxiliadora de los cristianos: de todos los cristianos, también de los separados. Una expresión semejante es: Madre de la Iglesia, Madre de todos los miembros de la Iglesia.

Qué pena, qué tragedia que los cristianos, los miembros de la Iglesia, estemos divididos desde hace siglos, separados por el hielo de la incomprensión.

La devoción a la Auxiliadora de los cristianos nos ha de mover a rezar por la unidad de todos los cristianos, pidiendo al Espíritu Santo la gracia de la ansiada unidad y haciendo todo lo que esté en nuestra mano para estar unidos en la fe y en el amor.

En una familia, la madre ocupa un lugar privilegiado para unir a todos. Ella sabe suavemente poner aceite para suavizar los roces y proporcionar calor para deshacer el hielo que se puede generar entre los miembros de la familia. La madre es como un sol que todo lo hace más bello y suave.

La Virgen, Madre de la Iglesia, también tiene esa función. Los ortodoxos y los católicos estamos profundamente unidos en la devoción a la Virgen María. Ellos y nosotros le tenemos una singular devoción, que se manifiesta de mil maneras.

Los protestantes, en general, no han manifestado esa devoción a la Madre de la Iglesia. Por eso, su fe cristiana no tiene el afecto, el cariño, la alegría que proporciona el tener una Madre en la Iglesia, que, con su cariño, alegra a toda la familia.

Si Jesús nos ha regalado a su misma Madre como Madre nuestra y de toda la Iglesia, por algo será. Nunca se lo agradeceremos bastante.

Hoy, una de las características de la devoción a la Auxiliadora de los cristianos, de todos los cristianos, es precisamente tener la preocupación por la unidad de todos. Si conseguir esa unidad es un don de Dios, hemos de tener a la Auxiliadora como intercesora para pedir a Dios esa gracia.

Nuestro esfuerzo humano para conseguir la unidad es como el que hace el quitanieves. Pero la gracia de Dios deshace la nieve con su calor benéfico, con su primavera.

En nuestra oración, pidamos la unidad. La Virgen, Madre y Auxiliadora de todos los cristianos, será nuestra mejor intercesora ante Dios.

25. LOURDES Y TURÍN

«Nunca se puede engañar a muchas personas durante mucho tiempo». Esta es una de las brillantes frases de Winston Churchil. La historia pone a cada uno en su sitio. Los farsantes y mentirosos, casi siempre, son descubiertos.

En Lourdes y en Turín hubo, a mediados del siglo XIX, dos personas que afirmaban que la Virgen se les había aparecido y les había pedido que le edificaran una iglesia.

En Lourdes, fue una chica de 14 años, Bernardita, de familia muy pobre y de muy poca cultura. En Turín, un sacerdote pobre, educador de niños y jóvenes pobres, Don Bosco.

Si lo que ellos decían respecto de la Virgen hubiera sido mentira, con el paso del tiempo nadie les habría hecho caso y todos los hubieran tenido por unos farsantes. «Nunca se puede engañar a muchas personas durante mucho tiempo».

Bernardita era una chica de 14 años y no podía defender sus palabras ante los sacerdotes, los médicos, los políticos. Ella solo repetía lo que le había pedido la Virgen: que los sacerdotes le edificaran una iglesia en Lourdes, para que el pueblo pudiera ir allí. Sufrió una oposición tremenda.

Don Bosco era un sacerdote pobre, educador de chicos pobres. La Virgen le pidió que le edificara una basílica. Lo trataron de loco.

Pero, como los dos decían la verdad, la Virgen se encargó de que fueran edificadas la iglesia en Lourdes y la basílica de María Auxiliadora en Turín.

En Lourdes, para edificar la iglesia donde había dicho la Virgen, hubo que desviar el río Gave y evitar las inevitables filtraciones de agua.

En Turín, para edificar la basílica de María Auxiliadora donde había dicho la Virgen, hubo que comprar los terrenos contra la resistencia de sus propietarios; fue necesario vencer la oposición del Ayuntamiento masón de la ciudad, que quería trazar un calle por ese mismo sitio; además resultó urgente evitar serias filtraciones de agua.

En resumen, tanto en Lourdes como en Turín, los terrenos que había exigido la Virgen para edificar lo mismo la iglesia que la basílica estaban en pésimas condiciones. Pero se vencieron las dificultades y se consiguió edificar la iglesia y la basílica exactamente donde había indicado la Virgen.

Más aún, la Virgen realizó tales milagros en Lourdes y en Turín, que el pueblo cristiano aportó el dinero necesario para la construcción. Más aún, el pueblo cristiano sigue acudiendo continuamente a la iglesia de Lourdes y a la basílica de Turín a visitar a la Virgen.

La iglesia de Lourdes está dedicada a la Virgen Inmaculada. Ella misma le aseguró a Bernardita: «Yo soy la Inmaculada Concepción».

La basílica de Turín es para María Auxiliadora. Ella misma le aseguró a Don Bosco: «Esta basílica es mi Casa. De aquí saldrá mi gloria».

La Virgen Inmaculada se apareció en Lourdes para quedarse siempre allí, con una presencia viva y permanente. Por eso, los peregrinos no van a Lourdes a recordar un hecho lejano, sino a sentir la presencia viva de María, que se manifestó en una gruta junto al río Gave. Eso lo puede hacer, porque Ella está resucitada y gloriosa. Su presencia es como un imán que atrae cada año a millones de peregrinos, que van a Lourdes a rezar a una Madre vestida de blanco y azul.

María se manifestó en Turín como Auxiliadora en una época verdaderamente difícil para la Iglesia y el Papa. Y confió a san Juan Bosco y a la Familia Salesiana extender en la Iglesia y en el mundo el título de María Auxiliadora, que expresa la preocupación materna y poderosa de la Virgen por la Iglesia y por el mundo especialmente en situaciones de dificultad, de peligro, de persecución. La Virgen Auxiliadora en Turín es como el corazón que lanza la sangre a todo el cuerpo. La Auxiliadora nos lanza a todos hacia el mundo entero.

En Lourdes, la Inmaculada espera a sus hijos. En Turín, la Auxiliadora lanza a sus hijos hacia el mundo para ser auxiliadores.

San Juan Bosco veneró a María, al principio, como Inmaculada y, al final, como Auxiliadora. La Virgen, por ser Inmaculada, vence al pecado. Y por ser Auxiliadora, nos ayuda a nosotros a vencer al pecado.

La Inmaculada de Lourdes y la Auxiliadora de Turín manifiestan la presencia viva de la Virgen hoy, aquí, ahora.

26. LA MEJOR PROCESIÓN

Las procesiones son típicas de todas las religiones. El deseo de manifestar exteriormente la propia fe se da en todo el mundo.

Hoy día, las manifestaciones políticas son como una copia de las procesiones religiosas. Se sale a la calle con banderas, eslóganes, pancartas, discursos y aplausos en honor de un líder. Por tanto, podemos decir que una manifestación política es, de algún modo, una especie de procesión laica.

A María Auxiliadora la sacamos en procesión a la calle, porque no quiere estar encerrada en un bonito camarín de la iglesia. Ella desea estar en la vida, porque vivió en medio del pueblo, caminó por las calles, manchándose las sandalias con la tierra del suelo, regando el trabajo con su sudor.

En Nazaret existe la llamada Fuente de la Virgen, porque esa fuente es la misma que existía hace dos mil años, cuando vivía la Virgen en ese pueblo. Podemos imaginarnos a María ir con su cántaro a la fuente a coger agua, saludando a la gente por el camino, charlando con las vecinas, ayudando a quien lo necesitaba, acariciando a los niños. Esas eran las procesiones que hacía la Virgen. Ella, al pasar por la calle, purificaba el ambiente con su presencia inmaculada. Era el mejor ambientador de Nazaret.

María llevaba a Jesús en su seno cuando fue a visitar a su pariente Isabel. Aquello sí que fue como una procesión, porque llevó a Jesús a través de los caminos y de las calles del pueblo de Isabel.

Y lo mismo sucedió cuando fue hacia Belén, antes de dar a luz a su Hijo.

La procesión se hizo más evidente al nacer Jesús. Desde entonces María llevó a Jesús en sus brazos maternales a la vista de todos, hasta que el Niño Jesús comenzó a andar.

En Nazaret, todos la conocían como la madre de Jesús, aquel hijo tan bueno, tan inteligente, tan trabajador. Y, desde entonces, esa expresión, la Madre de Jesús, se hizo más popular, más significativa. María llevó a Jesús en su mismo nombre: Madre de Jesús.

Así la llamaron los Apóstoles y discípulos de Jesús, hasta que Él subió al Cielo en su gloriosa Ascensión. Y así la siguieron llamando los primeros cristianos después de la venida del Espíritu Santo. Decir María era decir Jesús: Madre de Jesús.

La mayoría de las imágenes de la Virgen la representan con el Niño Jesús en sus brazos. Es como una silenciosa procesión, porque María lleva siempre a su Hijo consigo. María no tiene ningún sentido si no está Jesús en su seno, en sus brazos, en su corazón.

Nosotros sacamos a María en procesión por nuestras calles, pero Ella es la que lleva a Jesús en procesión, sosteniéndolo en sus brazos. En la Salve le suplicamos: «Muéstranos a Jesús». Eso es lo que hace María: nos muestra a Jesús. Donde Ella va, nos muestra siempre a Jesús, lo lleva en procesión. Ella es el trono sobre el que se sienta Jesús.

Hoy día, cuando llevamos a la Virgen en procesión por nuestras calles, hemos de meterla en la vida misma de nuestra ciudad, de nuestro pueblo, de nuestro barrio. Ella disfruta estando en medio de sus hijos.

Al sacar a la calle a la Virgen, Ella purifica el ambiente con su presencia inmaculada y purísima, llevando a Jesús en sus brazos. Es un maravilloso remedio contra la contaminación que produce el pecado.

Pero la mejor procesión de María Auxiliadora, la Madre de Jesús, la hemos de hacer cada uno de nosotros. Jesús nos ama a través del corazón de su Madre y Ella quiere amar a todos a través de nuestro corazón; quiere auxiliar a todos por medio de nuestras manos; quiere ser la alegría de todos con la gracia de nuestra sonrisa.

Así, cada momento, cada día sacaremos a María Auxiliadora en procesión por nuestra ciudad, nuestro pueblo, nuestro barrio, nuestro ambiente. Nosotros hemos de ser la mejor procesión.

27. UN TRÉBOL DE CUATRO HOJAS

En los campos abunda la planta del trébol con sus tres hojas. Es raro encontrar un trébol de cuatro hojas.

Un trébol de tres hojas era el Rosario tradicional con sus tres misterios: gozosos, dolorosos y gloriosos, que se ha rezado durante siglos.

El papa Juan Pablo II rezaba con profundo fervor el Rosario, pues era su oración favorita. Y se dio cuenta de que faltaba una hoja en el trébol del Rosario: o sea, que había unos misterios de la vida de Jesús que no se meditaban en esa oración: eran los Misterios luminosos: 1) Jesús es bautizado en el Jordán y es proclamado Hijo de Dios. 2) Manifiesta su divinidad, transformando el agua en vino en las bodas de Caná. 3) Jesús predica la llegada del Reino de Dios. 4) Se transfigura para sostener la fe de sus apóstoles. 5) Por fin, deja la Eucaristía como testamento de su amor.

Así el trébol del Rosario tiene ya sus cuatro hojas: los misterios gozosos, luminosos, dolorosos y gloriosos. Así está mejor y más completo.

Juan Pablo II, el papa que añadió los misterios luminosos, se expresaba de este modo: «El Rosario es mi oración predilecta. ¡Plegaria maravillosa! Maravillosa en su sencillez y en su profundidad. En el trasfondo de las avemarías, pasan ante los ojos del alma los episodios principales de la vida de Jesucristo. El Rosario en su conjunto consta de misterios gozosos, luminosos, dolorosos y gloriosos, que nos ponen en comunión vital con Jesús a través —podríamos decir—del corazón de su Madre. Al mismo tiempo, nuestro corazón puede incluir en estas decenas del Rosario todos los hechos de nuestra vida personal, de nuestra familia y nación, de la Iglesia y la humanidad. Experiencias personales o del prójimo, sobre todo, de las personas más cercanas o que llevamos más en el corazón. De este modo, la sencilla plegaria del Rosario sintoniza con el ritmo de la vida humana» (Carta Apostólica El Rosario de la Virgen María, 2).

Pero Juan Pablo II no solo se contentó con hacer del Rosario su oración predilecta, sino que la recomendó a los demás: «Yo mismo no he dejado pasar

ocasión de exhortar a rezar con frecuencia el Rosario. Esta oración ha tenido un puesto importante en mi vida espiritual desde mis años jóvenes. Me ha acompañado en los momentos de alegría y en los de tribulación. A él he confiado mis preocupaciones y en él siempre he encontrado consuelo» (Carta Apostólica El Rosario de la Virgen María, 2).

Además, Juan Pablo II nos ayudó a comprender que el Rosario es una oración que tiene como centro a Cristo, ya que recoge los misterios de su vida, según los narra el Evangelio. La Virgen acompaña a Jesús en sus misterios, pero Ella no es el centro del Evangelio ni del Rosario. En resumen, el Rosario es la síntesis, el compendio de toda la vida de Jesús y de su Madre, según nos narra el Evangelio. Por eso, podemos considerar al Rosario como una oración evangélica.

Durante el año litúrgico, celebramos el nacimiento de Jesús, su vida de predicación, su Muerte, Resurrección, Ascensión, la Venida del Espíritu Santo. Y además, los misterios de María, unida siempre a su Hijo.

Una observación importante: meditamos los misterios de la vida de Jesús, a través del corazón de su Madre, que todo lo que veía en Jesús lo «guardaba en su corazón» (Lucas 2,51). Ella nos ayuda a comprender, a vivir, a profundizar los misterios de Jesús.

El que rece el Rosario repitiendo simplemente Padrenuestros y Avemarías se contenta con muy poco. Esas oraciones sirven como un apoyo, como una música de fondo, para tener tiempo de meditar los misterios de la vida de Jesús, de la Virgen, de la Iglesia y de la misma humanidad.

Hemos de limpiar el Rosario de todos los defectos que le hemos echado encima: la rutina, la repetición mecánica de oraciones. Hemos de hacer del Rosario una oración evangélica, una oración llena de vida, para que nos dé vida.

28. ROMPETECHOS

Uno de los personajes populares de los tebeos es Rompetechos. Es un nombre simpático y tiene más gracia de lo que parece. Rompe el techo aquel que crece tanto, que la casa se le queda pequeña. Algo semejante dijo José Luis Carreño en sus versos: «Si el ala es mayor que el nido, déjale al ave volar».

En definitiva, no podemos quedarnos con lo que somos, hay que romper el techo y superarnos.

Pongamos un caso concreto: nuestra devoción a María Auxiliadora.

No podemos quedarnos con lo poco que sabemos y vivimos en relación con la Virgen. Tenemos que ir progresando, tenemos que romper el techo.

El mejor ejemplo de progresar en la fe lo tenemos en la misma Virgen María. Por dos veces, el Evangelio insiste en que María no comprendió lo que le pasaba a su Hijo Jesús. Era imposible entender al Hijo de Dios. Cuando María no entendía algo, no se quedaba parada, sino que reaccionaba como dice el Evangelio: «Su madre conservaba todo esto en su corazón» (Lucas 2,51), para reflexionarlo, para rezar, para esperar que el Espíritu Santo la iluminara con su luz.

Una observación importante: hay muchas personas que tienen una buena cultura científica, pero son niños en cultura religiosa; no han hecho ningún esfuerzo para profundizar su fe cristiana y su devoción a la Virgen. Veamos casos concretos.

El estudio. Los padres se preocupan de los estudios de sus hijos desde Infantil hasta la carrera profesional. Todo lo que sea estudios y cultura hay que promocionarlo.

Entre tantas ciencias, hay una entrañable, la Mariología, o sea, la que estudia la persona de María, su figura y la misión que Dios le ha confiado en la Iglesia y en el mundo. Hay personas que dedican toda su vida a profundizar en esa ciencia sobre la Virgen.

Y nosotros, ¿qué sabemos de Ella? Si la conociéramos mejor,

profundizaríamos más en nuestra fe cristiana. Estudiar a la Virgen es conocer a Jesús y a su Iglesia, porque los tres —Jesús, María y la Iglesia— están íntimamente unidos. María no se explica sin Jesús y sin su Iglesia.

Libros, publicaciones. Hoy día, hay dos tipos de biblioteca: la de papel y la de Internet. En las dos encontramos la sabiduría de nuestros antepasados y la de nuestros contemporáneos.

En esas dos bibliotecas, la de papel y la de Internet, hallamos abundantemente un nombre entrañable: María, la Madre de Jesús y Madre nuestra. Hay bibliotecas especializadas en el tema de la Virgen María. Y hay libros, publicaciones y revistas que nos pueden ayudar a profundizar en la fe y en la devoción a la Virgen.

El mejor libro escrito sobre la Virgen es la Biblia. Esa es la fuente de todos los demás libros. Desconocer la Biblia es desconocer a Cristo y también a su Madre. En una encuesta europea se ha constatado que España es el país de Europa que menos lee la Biblia. Leamos la Biblia para conocer mejor a Cristo y a su Madre.

Congresos. Los científicos procuran estar siempre al día en su profesión. Uno de los medios para conseguirlo es reunirse en congresos, para conocerse entre ellos y presentar sus últimas investigaciones.

La Asociación de María Auxiliadora (ADMA) también organiza congresos nacionales e internacionales sobre la devoción a la Virgen. En esos congresos se exponen temas, se reza, se medita, se sienten todos hijos de la misma Madre, se conocen las personas y se animan profundizar en su devoción a la Virgen.

La fe nos anima a vivirla en comunidad, en Iglesia, a no encerrarnos en nosotros mismos. La Virgen es Madre de la Iglesia y de cada uno de nosotros. Vivir nuestra devoción a María, unidos a otros, nos ensanchará el corazón.

En resumen, hay que ser Rompetechos, salir de nosotros mismos, crecer en nuestra fe cristiana y en nuestra devoción a la Virgen, sin contentarnos con lo que ya tenemos. El crecimiento no se para nunca.

Sin embargo, el momento en que seremos realmente Rompetechos será cuando rompamos el techo de la tierra y lleguemos al Cielo, a la Casa de nuestro Padre Dios. Eso hizo la Virgen al ser subida al Cielo en su gloriosa Asunción.

29. PEREGRINACIONES

Dos definiciones: «Un vagabundo es un turista… sin dinero. Un turista es un vagabundo… con dinero». La humanidad ha sido, es y será siempre viajera, aunque hoy tenemos más facilidad para movernos.

El turista, el viajero sale de casa sabiendo adónde va, cuál es la meta de su camino. Y hay muchas personas que escogen como meta de su viaje santuarios de la Virgen María. De hecho, hay un turismo mariano, que viaja buscando precisamente los santuarios de la Virgen: el Pilar, Lourdes, Fátima, María Auxiliadora de Turín, Guadalupe y otros muchos.

La peregrinación tiene mucha historia y mucho significado religioso. Durante siglos, los peregrinos se han dirigido hacia los santuarios dedicados a Cristo, a la Virgen y también a los santos, por ejemplo, a Santiago de Compostela o a san Pedro de Roma, que, por ir a Roma, se llamaban romeros, iban en romería.

Cada persona humana va pasando por la vida, desde niño hasta anciano, como si se tratara de un largo viaje, de una peregrinación que tiene un principio y un final. Toda persona ha salido de las manos y del Corazón de Dios y vuelve a las manos y al Corazón de Dios. Eso es la vida humana.

Un sello de correos, editado hace años, reproducía un fotograma de la película El viaje a ninguna parte. En el sello se veía a varias personas, cada una con su maleta, caminando como si anduvieran perdidas, sin rumbo fijo, porque hacían el viaje a ninguna parte.

Hay muchas personas que viven totalmente entretenidas con el deporte, con los negocios, con el ordenador, con la política, con el vicio y con tantas otras cosas. Todo eso se convierte para esas personas como en un dios, un ídolo al que dedican alma, vida y corazón.

Solo ven de tejas abajo, o sea, las cosas de la tierra, sin ningún sentido de trascendencia, de algo superior, más elevado que les invite a mirar hacia arriba y hacia dentro de su propia persona.

Al final de su vida, cuando se presenten ante Dios, se llevarán una sorpresa monumental, porque no han dedicado ni un momento a pensar en Él y menos a amarlo. Menos mal que la misericordia de Dios es infinita y es Padre también de estos hijos tan despistados, tan entretenidos en sus cosas y cositas.

El mejor modelo de una persona que peregrinó por la vida sabiamente es la Virgen María. Ella sentía que había salido de las manos y del Corazón de Dios y volvía a las manos y al Corazón de Dios.

Todos los años iba en peregrinación a Jerusalén, como hacían los buenos judíos. Ella caminó acompañando a su Hijo Jesús y a su esposo san José. Qué hermoso es caminar hacia Dios en buena compañía.

Al morir su esposo san José y su Hijo Jesús, Ella quedó sola en el mundo, pero Jesús le dejó en herencia a toda la Iglesia, para que fuera Madre de la Iglesia, la Familia de los hijos e hijas de Dios. Por tanto caminó, peregrinó hacia Dios con millares de hijos, haciéndoles de Madre.

Al llegar María al Cielo, en el día glorioso de su Asunción, Jesús le dijo: «Madre, hasta ahora has sido una Virgen Caminante por la vida. Desde ahora, serás Virgen del Camino para todos los que todavía caminan. Has de ser para todos y para cada uno:

— Madre que da ánimo y consuelo en el cansancio.

— Auxilio que defiende de los peligros.

— Virgen de la Esperanza que da ánimo, que sonríe, que es Vida, Dulzura y Esperanza».

La Virgen manchó sus pies con la tierra del camino, pero conservó siempre su alma limpia e inmaculada.

Si la Virgen del Camino nos acompaña, también nosotros hemos de avanzar en la vida dando la mano a los que caminan a nuestro lado, ayudándonos unos a otros. Así dice el lema de una cooperativa: «Unos por otros y Dios por todos». Y la Virgen con todos.

30. EL SOL

A los grandes artistas los recordamos más por sus obras que por ellos mismos. Hoy, nos interesa más la música genial de Mozart o de Bethoveen, que su misma vida personal, que fue difícil en ambos casos.

Después de Jesús, que lo llena todo, la persona más recordada y amada es su Madre. Recordamos no solo sus obras sino a Ella misma, su vida y su misterio.

La Iglesia celebra el año litúrgico, o sea el año cristiano —año de Cristo—, que es también año mariano —año de María—.

Después de Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre, a nadie recordamos tanto como a su Madre Santísima. Celebramos sus fiestas, tanto universales como locales, la recordamos todos los días en la Eucaristía, rezamos todos los días el Rosario en su honor repitiendo el Avemaría, sacamos en procesión sus imágenes y realizamos mil iniciativas más. Nada de eso hacemos con los mayores artistas o sabios de la historia.

Para resaltar lo que hacemos con María cada año litúrgico, comparemos a Jesús con el Sol del mundo y de la historia.

En ese sentido, María fue la Aurora que anunció la venida del Sol, que era Jesús. Eso lo celebramos en las fiestas de la Inmaculada, Natividad de María, fiestas de la Anunciación y Visitación a Isabel.

María llevaba el Sol de Jesús en su seno. Y Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre, nació en la noche de Navidad para no deslumbrar con su luz ni a la Virgen ni a nosotros. Él era «el Sol, que nace de lo Alto» (Lucas 1,78).

Ese Jesús, que nació en la noche, permaneció como oculto por las nubes para no quemarnos. A eso se le llama la vida oculta de Jesús en Nazaret. Un día nublado sabemos que ha salido el sol, pero no lo vemos claramente ni nos quema. Las fiestas que se refieren a la vida oculta de Jesús son: la Presentación del Niño Jesús en el templo, la huida a Egipto y el regreso a Nazaret. Jesús descubrió un poco su Sol cuando se quedó en el templo de

Jerusalén y anunció a María y a José que su Padre era el Padre del Cielo. O sea, que era el Hijo de Dios.

Cuando Jesús comenzó a predicar por los pueblos, ese Sol, que era Él mismo, comenzó a verse cada vez más claro, gracias a los milagros, la predicación, el ejemplo de su vida y la elección de los Doce Apóstoles.

En la Pasión y Muerte, el Sol de Jesús se eclipsó en medio de una negra oscuridad. Todos pensaron que ya no brillaría más. Celebramos a María como Madre Dolorosa al pie de la Cruz. María fue la única que esperó que acabara el eclipse de Jesús para que de nuevo apareciera su luz en el mundo.

En la Resurrección, el Sol de Jesús brilló en todo su esplendor y, más aún, cuando subió al Cielo en su gloriosa Ascensión. Celebramos a María, Madre de Jesús resucitado y glorioso.

María quedó iluminada por el Sol de Jesús. Más aún, recibió la luz, la fuerza y la gracia del Espíritu Santo el día de Pentecostés. Quedó hecha como una lámpara que iluminó a los Apóstoles y a los primeros cristianos.

Por último, María fue subida al Cielo en cuerpo y alma, y brilló vestida de Sol, con la luna a sus pies, coronada de estrellas, hecha Reina del Universo. Lo celebramos en la fiesta de la Asunción y de Santa María Reina del Universo.

¡El Sol de Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre!: eso es lo fundamental. Si recordamos a María en el año cristiano-litúrgico, si la veneramos, si la amamos es porque estuvo siempre iluminada por el Sol de Jesús. Ese Sol que Ella, como Madre, llevó en su propio seno.

IV

MARÍA, MADRE DE LA PALABRA

31. «HÁGASE EN MÍ SEGÚN TU PALABRA»

Los magos hacen maravillas con sus trucos, tanto con los naipes como con todo tipo de objetos. Dicen una palabra mágica y puede aparecer cualquier sorpresa para admirar al público. Todos saben que hay truco, que el mago les engaña, pero se sienten la mar de felices disfrutando del espectáculo.

A todos nos gustaría decir una palabra mágica y que se cumpliera. Sería fabuloso decir, por ejemplo, a un enfermo: «Cúrate», y que se curara de repente.

Pero eso solo lo puede hacer Dios. Al crear el universo, Él dijo: «Hágase: sí, hágase la luz, háganse las plantas y los animales y, como culminación de todo, háganse el hombre y la mujer» (cfr. Génesis 1,1-31). Lo que Dios dice se hace y, por eso, comenzaron a existir la luz, las plantas y los animales y, lo mejor de todo, el hombre y la mujer.

Pero la palabra hágase la pronunció también una joven, la Virgen María, y el resultado fue el mayor milagro de la historia. Dios envió un ángel para comunicar a María que la escogía como Madre de Jesús, del Hijo de Dios. Y María respondió: «Hágase en Mí según tu Palabra» (Lucas 1,38). Y, en ese momento, Dios Padre, por medio del Espíritu Santo realizó el milagro de los milagros: el Hijo de Dios se hizo hombre en el seno de María. Ella dijo hágase, pero Dios, con su Palabra todopoderosa, efectuó el milagro. Eso fue más importante que la creación del mundo.

Un contraste increíble. La Virgen afirmó en su cántico del Magníficat: «Dios ha mirado la humillación de su esclava» (Lucas 1,48). Sí, Dios preparó a una niña excepcional, la hizo Inmaculada y Purísima, pero quiso que naciera en un pueblo pequeño, en una familia humilde. Dios la miró con misericordia y amor, y la escogió para transformarla en Madre del Hijo de Dios, que se iba a hacer hombre; en definitiva, la hizo Madre de Dios. No puede haber dignidad más sublime.

Los artistas y los políticos miran a la multitud, pero es para cobrarles la entrada o ganarse sus votos. Dios mira a cada persona y eleva a los más sencillos, como a la Virgen y los hace grandes en el amor.

La Madre de Jesús pudo cantar con razón en su Magníficat: «El Señor hizo en mí maravillas. ¡Gloria al Señor!» (cfr. Lucas 1,49). Todas las generaciones de la historia alabamos a Dios porque, con su Palabra omnipotente, ha realizado maravillas en María, transformándola en Madre del Hijo de Dios hecho hombre, Hermano nuestro.

La poesía nos sirve para expresar cosas sublimes. El evangelio de san Juan usa el lenguaje poético cuando afirma que Jesús es la Palabra de Dios Padre: «La Palabra estaba junto a Dios y la Palabra era Dios» (Juan 1,1). Dios Padre, por medio de su Hijo, que es su Palabra, creó el mundo, diciendo: «Hágase».

Pero esa Palabra de Dios se hizo carne, Hermano nuestro, en el seno de María, cuando Ella dijo: «Hágase en mí según su Palabra» (Lucas 1,38).

Dios nos ama infinitamente, pero nosotros no somos capaces de verlo a Él con nuestros ojos de la cara. Si no podemos mirar fijamente al sol, ¿cómo vamos a mirar al Dios que hizo la luz? Quedaríamos deslumbrados. El Hijo de Dios se hizo carne, Hermano nuestro, para que nosotros pudiéramos formar parte de la Familia de Dios, de la Iglesia, y así, un día, llegáramos a ver a Dios en el Cielo sin quedar deslumbrados.

Jesús es la Palabra de Dios y, por tanto, María es Madre de la Palabra. Dios nos regaló a María como Madre nuestra, para que nos diga las palabras más hermosas, esas palabras que solo una madre cariñosa sabe decir a su hijo. Una madre acaricia a su hijo con sus manos, con su sonrisa, y también lo acaricia con sus palabras, llenas de amor y de ternura.

32. PALABRA DE HONOR

La madre, que espera a su niño, guarda en su seno un ramillete de preguntas: ¿quién será este niño?, ¿qué será en el futuro? Pero ha habido en la historia dos casos en los que cada madre sabía, por revelación de Dios, quién iban a ser su hijo y qué sería en el futuro.

Un caso fue el de María. El ángel le anunció la Palabra de Dios: «Tu Hijo Jesús será el Mesías prometido por Dios. Será grande, Hijo del Altísimo, heredará el trono del rey David» (cfr. Lucas 1,32-33).

Otro caso fue el de Isabel. El ángel le anunció a su marido Zacarías la Palabra del Señor: «Tu hijo será el precursor del Mesías, el que le preparará el camino» (cfr. Lucas 1,15-17). Ese hijo fue Juan el Bautista.

En definitiva, las dos madres, María e Isabel, conocían quién iba a ser su respectivo hijo y qué iba a hacer en el futuro. Y lo sorprendente es que un día las dos madres se encontraron. María, que llevaba en su seno a Jesús, fue a visitar a Isabel, que llevaba en su seno a Juan el Bautista.

Al entrar María en casa de Isabel, esta se sintió inspirada por el Espíritu Santo y la saludó diciéndole: «¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre!» (Lucas 1,42). ¿Cómo podía saber Isabel que María era madre, si solo llevaba unos días de gestación? El Espíritu Santo fue el que iluminó su mente.

Pero después continuó Isabel: «¿Quién soy yo para que me visite la Madre de mi Señor? En cuanto tu saludo llegó a mis oídos, mi hijo, ya en el sexto mes, saltó de alegría en mi vientre» (cfr. Lucas 1,43-44). ¿Cómo podía saber Isabel que María era la Madre del Señor, del Mesías de Dios? El Espíritu Santo fue el que iluminó su mente.

Y, para terminar, le echó a María un piropo extraordinario. Un piropo es siempre algo elegante, simpático, pero suele quedarse en lo exterior, por ejemplo: «¡Olé, guapa!». Sin embargo, el piropo que echó Isabel a María llegó hasta lo más profundo: «¡Dichosa Tú, que has creído, porque lo que te ha dicho

el Señor se cumplirá!» (Lucas 1,45).

En otras palabras: «¡Dichosa Tú, porque has creído las Palabras de Dios, las promesas de Dios!». Cuando Dios nos promete algo, quiere que tengamos confianza en Él, que nos fiemos de Él. La Virgen se fió de Dios, por eso es dichosa, feliz.

Dios nos da su Palabra de honor, asegurándonos que nos ama, que nos quiere llenar de felicidad, que desea llevarnos a su Casa, al Cielo. Si nos fiamos de Él, también nosotros seremos dichosos, como la Virgen María.

Las palabras de Isabel, que antes hemos citado, son Palabra de Dios, porque se encuentran en el Evangelio.

María, por su parte, respondió a Isabel con el llamado cántico del Magníficat, que es también Palabra de Dios, recogida en el Evangelio. La Iglesia, en todo el mundo, reza ese cántico todos los días en la oración de la tarde. Entre otras cosas, afirmó María: «Desde ahora me felicitarán todas las generaciones, porque el Dios Poderoso ha hecho obras grandes por Mí» (Lucas 1,48-49). Y eso se ha cumplido porque es Palabra de Dios, es su Palabra de honor. Él lo ha querido así y eso se cumple y se cumplirá siempre.

Dichosos nosotros si tenemos una sincera fe en Dios, si nos fiamos de Él. Nos fiamos humanamente del chófer que nos lleva en el autobús, del médico que nos atiende o que nos opera. Nos fiamos de las personas que están a nuestro lado.

Infinitamente más nos hemos de fiar de Dios, que nos ha creado, que nos acompaña en la vida, que nos espera en su Casa del Cielo para llenarnos de vida y de felicidad.

Dios cumple siempre lo que promete. La Palabra de Dios es palabra de honor.

33. ENSEÑÓ A HABLAR A LA «PALABRA»

El mar queda muy bonito en las postales. Cuando nos acercamos a él, nos contentamos con ver la superficie y nadar cerca de la orilla. Pero lo grande del mar es la profundidad, donde hay corrientes de agua que cruzan los océanos y donde existe una variedad increíble de peces de toda especie y de todos los colores.

Con la Navidad nos pasa algo semejante. Nos quedamos en la orilla, en la superficie de ese insondable misterio: fiestas, turrones, viajes, y ojalá que participemos en la Eucaristía. La profundidad de la Navidad es el misterio sin fondo del Hijo de Dios que se hizo humano como nosotros, en todo menos en el pecado. Eso se celebra en la fe, en la Eucaristía, en la meditación, en la vida.

Eso es la Navidad cristiana: Dios, que se acerca a nosotros por medio de una madre humana. Nadie hubiera podido imaginar que Dios se acercara tanto a nosotros, que tomara nuestra misma carne y sangre: unos labios para hablarnos, unos ojos para mirarnos, una sonrisa para alegrarnos, una vida para entregarla por la salvación de todos.

En las películas de cine mudo, los personajes hacían gestos, pero su voz no se oía. El Hijo de Dios, que es la Palabra de Dios, no podía comunicarse con nosotros, porque nosotros no comprendemos el lenguaje de Dios. Por eso, Él se hizo hombre en el seno de María y nació con unos labios humanos para comunicarse con nosotros y ofrecernos la Palabra de Dios. Eso es la Navidad.

Hay momentos en la vida en que la mejor palabra es el silencio. Esto sucede cuando se experimenta una alegría desbordante, un dolor agudo o una sorpresa mayúscula.

Lo que sintió la Virgen fue una sorpresa monumental cuando nació Jesús. Ella tuvo que hacer de Madre de aquel Bebé, que Dios mismo ponía en sus brazos.

Ese Jesús venía para ser la Palabra de Dios y su Madre ante Él se quedó

sin palabras. ¿Cómo era posible que el Hijo de Dios se hiciera humano, niño indefenso, en todo semejante a nosotros, menos en el pecado?

Aquel Bebé, que sonreía con una carita de cielo, era la Palabra de Dios, pero permanecía silencioso.

Una escena encantadora es ver a una madre enseñando a hablar a su nene. Ella pronuncia lentamente una palabra, por ejemplo, mamá. El nene hace un esfuerzo para imitar, como puede, esos sonidos.

En ese sentido, María vivió una experiencia única. Como todas las madres, también Ella tuvo que enseñar a hablar a su Nene, para que dijera en arameo immá, o sea, mamá. El Hijo de Dios, al hacerse hombre, quiso ser en todo semejante a nosotros, menos en el pecado. Por eso, quiso crecer como hombre, aprender todo lo humano, tener una madre que fuera su maestra de humanidad.

María enseñó a hablar al que era la Palabra de Dios. Le enseñó palabras humanas para que Él después, con esas palabras humanas, hablara al mundo Palabras divinas. Por todo ello, a María la podemos llamar Madre de la Palabra, Madre de Jesús, que es la Palabra de Dios.

Jesús nos sigue hablando siempre, a todas horas. Pero lo hace de un modo singular cuando leemos la Biblia, que es la Palabra de Dios. ¿Cuántos cristianos tienen la Biblia en casa? Más aún, ¿cuántos la leen? Hay tiempo para escuchar la televisión, la radio, para leer periódicos y revistas, que después terminan en la papelera para reciclar. La radio, la televisión, la prensa contienen palabras humanas que se lleva el viento. Ya los romanos afirmaban: «Verba volant», o sea, las palabras vuelan.

Pero la Palabra de Dios no vuela, sino que se siembra en el corazón para dar fruto. Es admirable pensar que la Palabra de Dios que escuchamos penetra en nuestro corazón para que la hagamos crecer y para que demos fruto.

34. LA VIRGEN DE LA ESCUCHA

La escena fue realmente simpática. Una mujer, seguramente una madre, entusiasmada al escuchar las palabras de Jesús, le echó este piropo: «¡Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te criaron!» (Lucas 11,27).

Jesús agradeció con una sonrisa aquel piropo dirigido a su Madre, pero precisó: «Mejor, dichosos los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen» (Lucas 11,28).

Es sublime ser Madre de Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre. Pero ese aspecto puramente físico no es lo más importante. Hay algo mejor: dar a Dios la propia persona, la propia vida, escuchar su Palabra y cumplirla.

No es lo mismo oír que escuchar. Oír es muy fácil, basta tener oídos. Escuchar supone atención, darse cuenta de lo que a uno le dicen.

Ha habido una persona que ha sido modelo de escucha, la Virgen María. La podemos llamar Virgen de la Escucha, porque estuvo atenta a lo que Dios quería de Ella. Recordemos la escena. Cuando el ángel Gabriel le anunció que Dios la había escogido para ser Madre de Jesús, Ella respondió: «Hágase en Mí según tu Palabra» (Lucas 1,38). Por tanto, María escuchó con atención al ángel, entendió su mensaje y le dijo que sí. Realmente fue Virgen de la Escucha.

Pero hay que dar un paso más. No basta escuchar con atención lo que Dios nos dice, sino que hay que cumplirlo, hay que realizarlo. Sería un desprecio, una traición escuchar lo que la Palabra de Dios nos propone y después no hacerle ningún caso.

Recordemos las palabras de Jesús: «Dichosos los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen» (Lucas 11,28).

¿Cómo cumplió María la Palabra de Dios? Del modo más sorprendente y maravilloso. Le anunció el ángel: «Dios quiere que seas la Madre de Jesús». Y María, al escuchar esa Palabra de Dios, la concibió en su seno de Madre, por obra del Espíritu Santo.

Concibió a Jesús, el que es la Palabra de Dios, el que venía al mundo a

anunciar lo que Dios quería. La Virgen se convirtió así en Madre de la Palabra. Realmente escuchó la Palabra y la cumplió, la concibió en su seno, le dio su carne.

El Hijo de Dios es espíritu purísimo y nadie puede verlo con los ojos humanos. Cuando María concibió a Jesús y le dio carne, hizo posible que Jesús naciera como hombre para que lo pudiéramos ver, tocar y oír. Así Jesús, que es la Palabra de Dios, tuvo labios humanos para comunicarnos las Palabras de Dios.

Nosotros escuchamos continuamente la Palabra de Dios en la Biblia, en la Eucaristía, en otros momentos. Por ejemplo, Jesús nos invita: «Amaos unos a otros como Yo os he amado» (Juan 13,34). Nosotros escuchamos esa Palabra de Dios, pero después hemos de realizarla, con nuestro corazón, con nuestras manos. Hemos de amar con hechos concretos.

El sacerdote que predica la Palabra de Dios ha de ser el primero en hacer lo que él mismo dice. Hay un dicho que afirma: «No es lo mismo predicar que dar trigo».

La Virgen nos invita, como hizo en las bodas de Caná: «Haced lo que Jesús os diga» (Juan 2,5). No basta con escuchar la Palabra de Dios, hay que hacerla, realizarla.

Todo esto se resume en las Palabras de Jesús: «Dichosos los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen» (Lucas 11,28), como hizo la Virgen María. No basta oír esas palabras, sino escucharlas con el corazón y cumplirlas.

De ese modo, sentiremos la Palabra de Dios caliente, tierna, como el pan de cada mañana.

Dichosos nosotros si escuchamos la Palabra de Dios y la cumplimos, si le damos carne, si la hacemos realidad viva. Eso es lo que hizo María, la Virgen de la Escucha: acoger la Palabra de Dios en su seno. Y por eso: «La Palabra de Dios se hizo carne en María y habitó entre nosotros».

35. NO COMPRENDÍA LAS «PALABRAS» DE SU HIJO

En los pantanos, hay que evitar que se acumule tal cantidad de agua que salte por encima de la presa. Para eso se usan los aliviaderos o se abren las compuertas, para rebajar el nivel de agua.

En la vida, nos sucede, a veces, que hay palabras o situaciones que no comprendemos y que nos desbordan, nos pasan por encima como el agua sobre la presa de un pantano, y casi nos sentimos ahogados.

Algo de eso le sucedió a la Virgen con respecto a su Hijo, el Hijo de Dios hecho hombre. Jesús era un océano infinito y su Madre era una criatura humana, como un pantano. No se puede meter un océano infinito en un simple pantano. Ella misma se reconoció así ante Dios: «El Señor ha mirado la humillación de su esclava» (Lucas 1,48). María se consideraba ante Dios como un cero a la izquierda, como una esclava.

Dios la miró con misericordia y amor y la ensalzó hasta hacerla Madre del Hijo de Dios hecho hombre: «Desde ahora me felicitarán todas las generaciones porque el Dios Poderoso ha hecho obras grandes por mí» (Lucas 1,48-49).

Sin embargo, Ella sintió siempre a su lado la grandeza infinita de su Hijo que la desbordaba absolutamente. Jesús era la Palabra de Dios y hablaba Palabras divinas. Su Madre hablaba solo palabras humanas y era un misterio para Ella entender las Palabras divinas de su Hijo.

El evangelio de san Lucas insiste dos veces en que María no entendió lo que sucedía a su Hijo. Cuando lo presentó en el templo de Jerusalén, siendo Jesús un bebé de cuarenta días, Ella y san José se quedaron admirados de lo que se decía del Niño Jesús (cfr. Lucas 2,33). Eso quiere decir que ni su madre ni san José veían claramente la personalidad de Jesús.

El momento más difícil fue cuando Jesús se quedó en el templo (Lucas 2,41-51). Al encontrarlo, María y José se quedaron atónitos, y le dijo su madre:

—Hijo, ¿por qué nos has tratado así? Mira que tu padre y yo te buscábamos angustiados.

A la pregunta de su Madre, Jesús contestó con dos preguntas que nos sorprenden:

—¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que Yo debía estar en la Casa de mi Padre?

Pero ellos no comprendieron lo que quería decir.

María y José quedaron desbordados, como un pantano que no puede contener ya el agua. Las Palabras de Jesús les inundaron totalmente sin dejarles reaccionar. María y José entendían las palabras humanas, pero Jesús les había dicho unas Palabras divinas: «¿No sabíais que Yo debía estar en la Casa de mi Padre?». En definitiva, Jesús les vino a decir que Él venía de Dios y que era, nada más y nada menos, que el Hijo de Dios. ¿Quién podía entender ese misterio? Nadie, ni siquiera María y José, que tenían en casa un Hijo tan misterioso, que era el Hijo de Dios hecho hombre.

Al saber que tenían en su casa al Hijo del Altísimo, María y José no se murieron del susto, porque el Espíritu Santo les dio una fe, una fuerza y una serenidad extraordinarias.

Más aún. Nos dice el Evangelio que María, «su madre, conservaba todo esto en su corazón» (Lucas 2,51). O sea, que en vez de morirse del susto, al ser Madre del Hijo de Dios, todavía tenía serenidad y paz para reflexionar, para meditar, para rezar, para sentirse colaboradora de ese Hijo que era un gigante, con la estatura de Dios mismo.

Los padres suelen llevar a hombros a sus hijos pequeños; así los pequeños parecen más grandes.

Jesús, el Hijo de Dios, el gigante de Dios, puso sobre sus hombros a su Madre y a san José y los hizo realmente grandes, grandísimos.

De modo semejante, cuando comulgamos, Jesús, el Hijo de Dios y Hermano nuestro, nos pone sobre sus hombros.

Cuando comulgamos, tenemos la estatura del Hijo de Dios.

36. «HACED LO QUE ÉL OS DIGA»

Las palabras vuelan. Se dicen muchas palabras que no sirven para nada, porque se las lleva el viento. Otra cosa inútil es escribir palabras en el agua; se borran al instante.

Sin embargo, la Biblia afirma que Dios dijo al principio: «Hágase» (cfr. Génesis 1,1-31), y el universo y el mundo comenzaron a existir. Cuando Dios dice la Palabra hágase, se realiza lo que Él quiere, porque su Palabra es omnipotente. Hace lo que dice.

María, en las bodas de Caná, les dijo a los sirvientes: «Haced lo que Jesús os diga, porque su Palabra es capaz de hacer lo que Él dice». Y Jesús, con su Palabra, transformó unos 600 litros de agua en un vino exquisito.

Los judíos tenían en casa grandes tinajas de agua para el uso doméstico y para sus continuas purificaciones religiosas. Hoy usamos el agua corriente, sin necesidad de tinajas.

María también nos dice a nosotros: «Haced lo que Jesús os diga». Jesús es la Palabra de Dios, Palabra omnipotente, que siempre busca la salvación y la felicidad de todos.

Si Jesús es la Palabra de Dios, María es Madre de la Palabra.

María es un ejemplo de cómo hemos de actuar de cara a Jesús. Cuando el ángel le anunció que iba a ser la Madre de Jesús, Ella reconoció que, por sí misma, no era nada: «He aquí la esclava del Señor. Hágase en mí según tu Palabra» (Lucas 1,38). O sea: «Hágase en mí lo que Dios diga con su Palabra salvadora».

Si María fue la primera en hacer lo que Dios quería, Ella nos puede indicar a nosotros: «Haced lo que Jesús diga, porque Yo he sido la primera en realizarlo».

No hemos de hacer lo que María diga, sino lo que Jesús diga. Él es el Salvador del mundo y también el Salvador de María. Ella sin Jesús no tiene sentido, no tiene valor. Ella no salva a nadie, ni siquiera a sí misma. Por eso,

María reconoció en su Magníficat: «He aquí la esclava del Señor» (Lucas 1,38), o sea, la que por sí misma no puede nada. Pero después añadió: «Me felicitarán todas las generaciones, porque el Dios Poderoso ha hecho obras grandes por mí» (Lucas 1,48-49). María, con la ayuda de Dios, fue capaz de hacer obras grandes, grandísimas.

La devoción a la Virgen nos ha de llevar siempre y en toda ocasión a adorar a Jesús y a amarlo.

En el Evangelio hay un hecho que es doblemente milagroso y revela la fuerza de la Palabra de Jesús.

Un día, le presentaron a Jesús un paralítico en su camilla. Al verlo, le dijo: «Hombre, tus pecados están perdonados» (Mateo 9,2). Este es el primer milagro. La Palabra de Jesús perdona los pecados, rehace a la persona por dentro, desde lo más profundo de su ser. Dios Padre le da un abrazo de amor, de misericordia, de perdón.

Los letrados y los fariseos que rodeaban a Jesús no se atrevieron a disputar con Él, pero pensaron: «¿Quién es este que dice blasfemias? Solo Dios puede perdonar pecados» (Mateo 9,3). Jesús, leyendo sus pensamientos, les replicó: «¿Qué pensáis en vuestro interior? ¿Qué es más fácil decir: “Tus pecados quedan perdonados”, o decir: “Levántate y anda”»? (Mateo 9,4-5).

Jesús puso en juego el poder de su Palabra, que puede perdonar los pecados y curar una enfermedad. Podemos imaginar la sorpresa de todos mirando a Jesús y al paralítico. Y más aún la emoción del paralítico, que se sentía hecho un hombre nuevo porque Jesús le había perdonado sus pecados.

En medio de aquella expectación, Jesús afirmó: «Para que veáis que tengo poder en la tierra para perdonar pecados, le digo al paralítico: “Ponte en pie, toma tu camilla y vete a tu casa”» (Mateo 9,6-7). El paralítico se levantó enseguida, tomó su camilla y se marchó a su casa dando gloria a Dios.

La Virgen nos repite: «Haced lo que Jesús os diga, porque puede sanar vuestra alma y curar vuestro cuerpo».

37. NO SE PUEDE HACER CALLAR A LA «PALABRA»

Hay un refrán que dice: «No hay mal, que por bien no venga». Cuántas veces lo que, en un principio, nos parecía un mal nos lleva a encontrar un bien.

Algo de eso les pasó a los primeros cristianos de Jerusalén. Sufrieron una persecución y tuvieron que huir. Dios aprovechó la persecución para obligar a aquellos primeros cristianos a extender el Evangelio, la Palabra de Dios, por otros países.

La palabra es uno de los mejores tesoros que posee la persona humana. En las dictaduras de todo tipo, el dictador no soporta que nadie lo critique. Por tanto, persigue a los periódicos, radios, televisiones, libros, revistas en los que alguien se atreva a criticarlo. El dictador tiene miedo a la fuerza de la palabra de una persona libre.

También encontramos esa actitud en la historia personal de Jesús de Nazaret. Él era la Palabra de Dios y vino para decir a la humanidad las Palabras más sublimes y más hermosas en nombre de Dios: amor, paz, libertad, salvación, alegría. Pero en su tiempo, como en todos los tiempos, hay quienes no quieren oír hablar ni de amor ni de paz ni de libertad ni de salvación ni de alegría.

Jesús se enfrentó a esos poderosos y ellos le declararon la guerra y buscaron su muerte. En definitiva, quisieron hacer callar a la Palabra de Dios, que era Jesús.

María, su Madre, que era Madre de la Palabra, o sea, de Jesús, sintió enseguida esa persecución, que ya había comenzado cuando Jesús era un bebé y todavía no había dicho ninguna palabra. Herodes lo buscó para matarlo.

Cuando Jesús comenzó a predicar, María se fue enterando, por unos y por otros, de que su Hijo se iba ganando muchos amigos y también algunos enemigos entre las autoridades civiles y militares romanas, así como entre los dirigentes judíos. Cuando María presentó a Jesús Niño en el templo, el anciano

Simeón le profetizó: «Mira, este Niño será como una bandera discutida. Y a ti, por ser su Madre, una espada te traspasará el alma» (Lucas 1,48-49).

La persecución contra Jesús llegó a extremos de verdadera locura. Cuando Él resucitó a Lázaro del sepulcro, muchos judíos creyeron en Él. Eso era un peligro para las autoridades judías. Por tanto, tomaron la decisión de matar a Jesús y también de matar a Lázaro.

Todo ese mar de fondo llegaba hasta la Virgen a través de los Apóstoles y de tantas personas que acompañaban a Jesús. Ella recordaba la profecía: «Una espada te traspasará el alma».

Pero llegó el día en que los enemigos de Jesús cumplieron su mortal amenaza. Un Jueves Santo por la noche, las autoridades romanas y judías hicieron prisionero a Jesús, lo sometieron a un juicio injusto, lo torturaron salvajemente, le cargaron una cruz y lo crucificaron. Querían amordazar su Palabra, pero desde la Cruz Jesús pronunció las célebres siete Palabras. Una de ellas fue precisamente de perdón para sus propios verdugos: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen» (Lucas 23,34).

Después de una agonía estremecedora, Jesús murió diciendo: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Lucas 23,46). Jesús era la Palabra de Dios y los hombres habían logrado, por fin, hacerle callar. Lo enterraron, cerraron la tumba con una gran piedra y pusieron guardias para custodiarlo. Un angustioso silencio se apoderó de sus Apóstoles y discípulos. Todos perdieron la fe y la esperanza. Todos menos su Madre, la Virgen de la Esperanza, que esperó contra toda esperanza, como Abrahán.

¿Quién puede poner cadenas al mar, quién puede contener al viento, quién puede hacer callar a la Palabra de Dios? El día de la Resurrección, la Palabra de Jesús volvió a sonar fresca y limpia con música gloriosa de aleluyas. Jesús resucitado cambió a su Madre Dolorosa en Virgen de la Alegría, en Virgen de la Pascua.

La Palabra de Jesús, el Hijo de Dios e Hijo de María, será siempre perseguida, pero nunca será amordazada.

38. TRES EN UNO

Una llama da calor y luz. No se puede separar el calor y la luz. Tampoco se puede separar a dos personas que están vitalmente unidas, que son como una sola llama, por ejemplo: un hijo y su madre, un esposo y su esposa, dos amigos. Esas personas están tan unidas como el calor y la luz de una llama.

En la historia, ha habido dos personas tan vitalmente unidas que nada ni nadie las ha podido separar. Son la Virgen María y su Hijo Jesús. El Hijo de Dios se escogió y se preparó a su propia Madre humana, María. Y esta se entregó totalmente a la persona y a la obra de su Hijo. Los dos son inseparables, como la luz y el calor de una llama: «Bendito es el fruto de tu vientre, Jesús» (Lucas, 1,42). Y ese fruto bendito es el que hace bendita a la Virgen: «Bendita tú eres entre todas las mujeres» (Lucas 1,42).

Sin su Hijo Jesús, la Virgen María sería una mujer más, una persona más en la historia, sepultada ya en el olvido. Ella misma reconoció que, ante Dios, no era nada: «He aquí la esclava del Señor. Hágase en Mí según tu Palabra» (Lucas 1,38). Estas palabras de la Virgen son Palabra de Dios, porque se encuentran en el Evangelio. El Hijo de Dios levantó a aquella esclava hasta convertirla en su Madre. Así rezamos en el Avemaría: «Santa María, Madre de Dios».

Ese Hijo de Dios, hecho hombre, escogió a unos Apóstoles y discípulos y los envió a todo el mundo a predicar el Evangelio y a formar la Iglesia, a llevar a todos la Gracia de Dios por medio de los sacramentos.

Así ya tenemos los tres elementos fundamentales: Jesús, su Madre y la Iglesia. No puede existir uno de ellos sin los otros dos. Jesús es el origen y el centro de todo. María es la que hizo posible el nacimiento humano de Jesús. La Iglesia significa que Jesús quiere salvar a toda la humanidad.

La historia de Jesús, de María y de la Iglesia está escrita en la Biblia, que es la Palabra de Dios. No podemos inventarnos por nuestra cuenta la historia de Jesús, de María o de la Iglesia.

Hay personas que solo se fijan en Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre. Ciertamente Él es el origen, el centro de todo, pero Él es también el Hermano Mayor de una gran familia, la Iglesia, la humanidad entera.

Otras personas tienen una devoción tan especial a la Virgen, que solo la ven a Ella y se olvidan de Jesús y de su Iglesia. La Virgen es todo para esas personas. Algunas hacen de Ella una diosa de bolsillo.

Por fin, hay personas que se fijan demasiado en la Iglesia, porque es lo más visible, y dejan en un segundo lugar a Jesús y a su Madre.

Para conocer a Jesús, a su Madre y a la Iglesia hay que leer y meditar la Biblia, la Palabra de Dios. El mejor libro que podemos tener en nuestras manos es precisamente la Palabra de Dios.

Jesús es Él mismo la Palabra de Dios. María es la Madre de Jesús, la Madre de la Palabra de Dios. Y la Iglesia es la Casa de la Palabra de Dios.

El que conoce la Palabra de Dios sabe poner en su sitio a Jesús, a su Madre y a la Iglesia. Pero el que no conoce la Palabra de Dios se arma un lío y lo confunde todo.

Hay otro aspecto que vale la pena destacar. Cuando hablamos de Jesús, enseguida nos encontramos con su Madre y con la Iglesia.

Cuando hablamos de María, necesariamente hemos de referirnos a su Hijo y a la Iglesia, porque María es también Madre de la Iglesia.

Cuando hablamos de la Iglesia, hemos de elevar los ojos a Jesús y a su Madre.

En la Palabra de Dios, Jesús, María y la Iglesia forman tres en uno.

39. ROSTRO MATERNO DE DIOS

La lengua más internacional del mundo no es el inglés, sino… la sonrisa. Es la lengua que entiende un bebé en su cuna, cuando su madre le sonríe. Es la lengua que comprende un niño, cuando su madre le da un beso antes de dormir. La sonrisa abre el corazón y hace todo más agradable.

Realmente la cara, el rostro, son el espejo del alma. El mismo rostro puede llegar a reflejar todos los estados de ánimo: amor, alegría, dolor, respeto, ira, generosidad, simpatía, desprecio. El rostro habla sin palabras, pero con un lenguaje universal, que cualquier persona puede llegar a comprender.

En el circo se busca hacer lo más difícil para atraer al público. También en el rostro hay algo más difícil, difícilísimo: ¿cómo conseguir que el rostro humano exprese la bondad de Dios? Menos mal que hay uno que sabe hacerlo, Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre. Él llegó a afirmar: «Quien me ve a Mí ve a Dios Padre» (Juan 14,9).

Pero además tenemos un modelo más cercano para ver a Jesús y al Padre: es la Virgen María, que ha sido constituida para nosotros Rostro materno de Dios.

Nosotros estamos acostumbrados a ver el amor, el cariño reflejado en nuestra madre. Por eso, Dios ha tenido la delicadeza de darnos a la Madre de Jesús, como Madre universal, para que sea para nosotros Rostro materno de Dios. María es así también una Palabra de Dios para nosotros.

Conclusión. También nosotros, como Jesús y como su Madre, hemos de ser rostros fraternos para los que viven a nuestro lado. Nuestro rostro ha de ser como una Palabra de Dios para todos.

Madre Teresa de Calcuta nos invita a hacerlo: «No permitáis que nadie venga a vosotros y se vaya sin ser mejor y más feliz. Dad la viva expresión de la bondad de Dios: que esa bondad brille en vuestro rostro, en vuestros ojos, en vuestra sonrisa, en el calor de vuestra misma presencia. En las chabolas somos para los pobres la luz divina del Amor. A todos damos nuestra sonrisa alegre: a

los niños, a quienes sufren y están solos. No les damos solamente nuestros cuidados, sino también nuestro corazón. Deseamos que los moribundos sientan que se les estima, que sepan que hay gentes que los quieren de verdad, que conozcan lo que es el amor humano y el Amor de Dios».

Ciertamente Madre Teresa de Calcuta encontró moribundos en la calle, que nunca en su vida habían experimentado ni el amor humano ni el amor de Dios. Ella se los dio concentrados en unas horas o en unos minutos.

No esperemos esas situaciones extremas; seamos rostro fraterno y materno de Dios para los niños, los jóvenes, los adultos, los ancianos, siempre y en todo lugar.

Pero seamos ese rostro fraterno y materno especialmente para los que viven a nuestro lado cada día, a todas horas. Muchas veces nos es más fácil ser amables con las personas de fuera, que con las personas de casa.

Es muy fácil ver los defectos, las limitaciones de las personas que nos rodean. Todos somos defectuosos. Dios no nos pide que cambiemos a los demás, sino que los amemos.

San Juan Bosco decía que hemos de amar a los jóvenes, de forma que ellos sientan, de veras, que los amamos, con mil detalles y con nuestra entrega continua por su bien. También las personas que viven a nuestro lado han de sentir sensiblemente, con hechos concretos, que las amamos de corazón.

Nuestro rostro, como el de Jesús, como el de María, ha de ser una Palabra de Dios, Palabra de Amor, Palabra de respeto, de afecto, para toda persona que encontremos en la vida.

No somos responsables de la cara que tenemos. Pero somos responsables de la cara que ponemos.

40. MADRE DE LA BUENA NOTICIA

Hay una palabra que es un tesoro: Evangelio. Es una palabra griega que significa Buena Noticia. O sea, predicar el Evangelio es predicar la Buena Noticia, la Mejor.

Los periódicos, las revistas, las radios, las televisiones nos dan casi siempre malas noticias, porque son las que llaman la atención y tienen más audiencia. Pero todos deseamos escuchar buenas noticias, que nos ayuden a vivir con esperanza.

La palabra Evangelio, Buena Noticia, no se refiere a una cosa, sino a una Persona: Jesús mismo es la Buena Noticia. El Hijo de Dios se ha hecho humano como nosotros, para que nosotros seamos como Él hijos o hijas de Dios: esa es la Buena Noticia, que nos hace saltar de alegría. Todas las demás noticias de la vida son realidades humanas, secundarias.

Pero hay que dar un paso más. Si Jesús es la Buena Noticia, María es la Madre de la Buena Noticia. Y resulta que María es, Ella misma, una maravillosa Noticia, porque es Inmaculada, Purísima, Llena de Gracia, Madre del Hijo de Dios hecho hombre, Madre de la Iglesia.

Predicar el Evangelio es comunicar a todos que Dios ha amado tanto al mundo que le ha enviado a su mismo Hijo Único, Jesús, para que se hiciera hermano nuestro. Eso es lo fundamental.

Y hemos de predicar también que Jesús ha puesto a su lado a una Mujer toda santa, toda limpia, con un corazón grande como el mundo. Más aún, Jesús nos ha regalado a su misma Madre para que fuera Madre nuestra. ¡Qué deliciosa noticia!

San Pablo nos dio un programa magnífico: «No te dejes vencer por el mal; al revés, vence al mal con el bien» (Romanos 12,21). Es seguro que no saldremos en las noticias. El que saldrá tristemente en la prensa escrita, las radios y televisiones, es el que ha obrado el mal, como aquel joven noruego que asesinó a 72 jóvenes, disparando fríamente contra ellos. Ese joven asesino

se marchó de casa a los 15 años y vivió por su cuenta sin ningún lazo de amor, de cariño. Por el contrario, alimentó su cabeza y su corazón de odio, de racismo.

Pocos se acordaron de hablar de los que intentaron consolar y ayudar a las familias que vieron asesinados a sus hijos o hijas en Noruega; de los que hicieron el propósito de educar mejor a sus hijos, para que nunca lleguen a ser asesinos.

Todo lo bueno aparecerá en una publicación mucho mejor: el Libro de la Vida. Dios va escribiendo en él todo lo que hacemos. Jesús nos ha prometido: «El que dé a beber, aunque no sea más que un vaso de agua fresca a uno de estos pobrecillos, solo porque es mi discípulo, no perderá su paga, os lo aseguro» (Mateo 10,42). Hasta ese servicio tan pequeño, como dar un vaso de agua, Dios lo apunta en el Libro de la Vida.

Hagamos una comparación. El que hace el mal aparece, como mala noticia, en los periódicos y las revistas, que se tiran al contenedor de papel, y en las radios y televisiones que, al final, se apagan. En resumen, son noticias que desaparecen con el tiempo. El que obra el bien, aunque sea por dar un vaso de agua, no aparece en los medios de comunicación, pero consigue que su acción pase al Libro de la Vida, que Dios apunta en cada instante. Ese Libro no se tira al contenedor de papel ni se apaga, porque Dios lo guarda en su corazón.

La Virgen es para nosotros el mejor ejemplo de una persona que hizo continuamente el bien, sin que nadie se diera cuenta. No apareció en las noticias de su tiempo, pero sí en el Evangelio de Jesús, que significa Buena Noticia. La mejor.

V

MARÍA ES SIEMPRE JOVEN

41. DIOS CUENTA CON LOS JÓVENES

Hoy se envían infinidad de currículos buscando trabajo. El tener experiencia es siempre una buena recomendación. Un joven, sin ninguna experiencia, no es fácil que encuentre trabajo.

Sin embargo, para la obra más grande de todos los siglos, Dios escogió a una chica de Nazaret, la preparó, haciéndola Inmaculada, Purísima desde su Concepción, Llena de Gracia. La dejó crecer como a las demás niñas de aquel pequeño pueblo, mirándola siempre con su predilección divina.

Hacia los quince años, las chicas del pueblo se preparaban para la boda, según la costumbre de entonces. El novio de María se llamaba José, seguramente escogido por las familias, un joven trabajador de buenísimas cualidades. Hicieron los esponsales en los que se formalizaba el matrimonio y, de momento, cada uno volvió a su casa.

Y, cuando iban a comenzar la vida del matrimonio en común, Dios entró en la vida de aquel joven y humilde matrimonio para revelarle que Él tenía un plan para salvar a todo el mundo y que contaba con ellos. Bastaba que le dieran su consentimiento.

Dios envió a arcángel Gabriel para que le anunciara a María: «Tendrás un Hijo y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo. El Señor le dará el trono de David, su padre» (cfr. Lucas 1,30-32).

Aquel día, Dios cambió la vida del matrimonio de María y José. Pero, increíblemente más, cambió la historia del mundo. El Hijo de Dios, a través de una chica de pueblo, jovencísima, se encarnó, o sea, se hizo carne, como nosotros. Ese día comenzó la Salvación del mundo. Todas las personas de la historia encuentran en aquel momento preciso lo más fundamental de su vida: la salvación. El Hijo de Dios se hizo hombre para que todos seamos hijos o hijas de Dios.

Si José era joven, si María era jovencísima, el Hijo de Dios se hizo Niño en el seno de María. Realmente Dios cuenta con los jóvenes, más aún, con los

niños para realizar sus maravillas.

Eso nos anima a nosotros. Dios no nos exige cosas difíciles; solo espera de nosotros amor y colaboración para lo que Él nos pida.

Pero la fiesta de juventud siguió.

Se dice que: «A veces, los extremos se tocan». Los ancianos y los jóvenes están en los extremos de la vida, pero también se complementan.

Un sorprendente contraste entre ancianos y jóvenes se dio después de la Anunciación del ángel. María, la jovencísima Madre, llevando en su seno a su Hijo Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre, fue a visitar a su pariente Isabel. Ella era anciana y estéril. Por un milagro de Dios, había concebido un hijo, Juan el Bautista.

La joven María entró en casa de Isabel y esta sintió cómo el hijo de sus entrañas se movía de un modo singular, como saludando a Jesús, que María llevaba en su seno. Aquello fue una fiesta de juventud. La anciana Isabel saludó a la joven María. Y el hijo de Isabel saludó, a su modo, al hijo de María.

La educación exige que los jóvenes saluden respetuosamente a los ancianos. A pesar de eso, la anciana Isabel fue la que saludó a la joven María y, además, echándole un piropo: «Bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito el fruto de tu vientre, Jesús» (Lucas 1,42). ¡Olé por el salero de la anciana Isabel!

En resumen: Dios cuenta con los jóvenes, como María y José. Dios cuenta con los niños, como el Niño Jesús. Y también cuenta con los ancianos, como con Isabel.

La Jornada Mundial de la Juventud demuestra que Dios sigue contando con los jóvenes de todo el mundo para difundir el Evangelio de su Gracia.

42. NAVIDAD, FIESTA DE JUVENTUD

Nacimiento es igual a crecimiento imparable. Una semilla, que cae en tierra buena, germina. Un niño, en el seno de su madre, inicia su desarrollo y es una vida que se abre hacia el futuro, siempre misterioso.

La palabra Navidad viene de Natividad, que significa Nacimiento. Por eso, la Navidad es una fiesta de vida nueva, fiesta de juventud, de crecimiento, fiesta de futuro imparable. En aquella fiesta de juventud, todos estaban contentos y hasta hubo música de ángeles que llenaron de alegría aquella Nochebuena feliz.

La Nochebuena fue una fiesta de amor, porque Dios es Amor y nos lo ha demostrado con Jesús, el Hijo de Dios hecho Hermano nuestro. A su Madre la invocamos como Madre del Amor Hermoso. El amor de una madre es siempre hermoso.

La Nochebuena fue una fiesta de alegría, porque Jesús nos trajo el gozo inmenso de la Salvación. A su Madre la invocamos como Virgen de la Alegría. Qué encantador es tener una Madre alegre, simpática.

La Nochebuena fue una fiesta de paz, como canta el célebre villancico austríaco: «Noche de Dios, Noche de Paz». Si es Noche de Dios es siempre Noche de Paz. Jesús es el Príncipe de la Paz. A su Madre la invocamos como Reina de la Paz

En la Navidad cristiana, María, la Madre, era un chica de Nazaret, jovencísima; José, un joven; y Jesús, un bebé encantador, Hijo de Dios hecho hombre, que venía a hacernos a todos hijos o hijas de Dios. ¡Viva la juventud de María, de José y de Jesús! Realmente, Dios cuenta con los jóvenes y hasta con los niños.

Pero la historia siguió adelante. A los cuarenta días, según ordenaba la Ley de Moisés, María y José fueron al templo a presentar a Jesús.

En esta primera visita al templo, María y José, tan jóvenes, llevando al Niño Jesús, se encontraron con un anciano, el profeta Simeón. Eso quiere decir que

Dios cuenta con los jóvenes, con los niños y con los ancianos. Dios cuenta con todos.

La Jornada Mundial de la Juventud nos demuestra que Dios cuenta especialmente con los jóvenes y con los adultos que los acompañan.

Simeón había recibido del Espíritu Santo la promesa de que no moriría hasta ver al Mesías. Tomó al Niño Jesús en sus brazos y rezó a Dios, diciéndole que ya podía morir en paz porque había visto al Mesías Salvador.

Después, se dirigió a María y le anunció: «Por ser la Madre de este Niño, vas a sufrir. Una espada de dolor te atravesará el alma» (cfr. Lucas 2,22-35). El arcángel Gabriel le anunció a María que iba a ser la Madre de Jesús, Hijo del Altísimo, que el Señor le daría el trono de David, su padre. Eso era algo grande, glorioso. El profeta Simeón añadió algo más: por ser la Madre de Jesús, sufriría hasta el fondo de su alma, como si la atravesaran con una espada de dolor.

María apretó contra su pecho a Jesús, aquel bebé encantador, que Dios mismo le había confiado, y prometió serle fiel hasta la muerte.

Esa actitud valiente de María la han tenido muchísimas otras personas.

San Juan Bosco tuvo la inspiración de Dios, por medio de María, de dedicarse a los chicos y jóvenes necesitados. Él sabía que eso era difícil, que le exigiría grandes y constantes sacrificios, pero lo aceptó generosamente. El último médico que le atendió antes de su muerte dijo: «Don Bosco es como un traje tan gastado por el trabajo, que ya no tiene arreglo». Realmente, entregó su vida a los niños y jóvenes. Como hizo María con Jesús.

Cuántos padres han aceptado a sus hijos con alguna deficiencia o enfermedad, sabiendo los problemas que eso les iba a suponer durante toda la vida. Y se han entregado a ellos. Como hizo María con Jesús. Como hizo san Juan Bosco con sus niños y jóvenes.

43. JÓVENES COMPROMETIDOS

Hernán Cortés llegó a Méjico con varias naves. Sus soldados, al encontrarse con tantos peligros, querían volverse a España. Entonces, Cortés mandó quemar las naves. Solo así pudieron conquistar Méjico.

A María, que era todavía una chica jovencísima, Dios le propuso el plan más exigente y comprometido: ser Madre del Mesías, sabiendo que una espada de dolor le atravesaría el alma, si aceptaba ser Madre de Jesús. La expresión es tremenda.

Pensemos: si a otra persona le hubiera propuesto Dios algo tan increíble, tan doloroso como a María, cuántas excusas le habría dado: «Yo no valgo, yo no puedo, yo no me atrevo, yo no me fío…».

Sin embargo una chica, María, quemó las naves, como Cortés, y con toda decisión, se puso a disposición total de la voluntad de Dios: «Hágase en mí según tu Palabra» (Lucas 1,38).

La Jornada Mundial de la Juventud es siempre una llamada, una invitación a comprometerse en la vocación que Dios da a cada uno, a cada una, quemando las naves.

En el Evangelio, encontramos otro ejemplo aún más sublime de compromiso: el de un niño de doce años, Jesús, el Hijo de María.

La ocasión fue el viaje que toda la Sagrada Familia hizo a Jerusalén, cuando Jesús cumplió los doce años. A esa edad, un niño judío ya podía participar en las reuniones de los adultos y, por eso, comenzaba a peregrinar hacia Jerusalén por las fiestas de Pascua.

María, José y Jesús participaron con fervor en esas fiestas y, al terminar, volvieron dentro de una gran caravana en la que los chicos correteaban libremente de un grupo a otro, y más un chico ya de doce años.

Al anochecer, se reunían las familias para cenar y pasar la noche juntos. Y entonces saltó la alarma. Jesús, aquel hijo tan bueno, tan dócil, tan cariñoso no aparecía.

María y José desanduvieron el camino y volvieron a Jerusalén para buscarlo. La espada del dolor ya comenzaba a penetrar en el alma de María. Pasaron tres días de angustia, buscando a Jesús por todas partes.

Al final se les ocurrió ir al templo, quizá para consolarse y rezar. Lo encontraron hablando con los maestros de la ley, escuchándolos y haciéndoles preguntas.

El diálogo con Jesús fue rápido y desconcertante.

—Hijo, ¿por qué te has portado así? Mira que tu padre y yo te buscábamos angustiados.

Jesús no se excusó, no pidió perdón, sino que respondió con dos preguntas que dejaron a María y a José fuera de órbita.

—¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que Yo debía estar en la Casa de mi Padre? (Lucas 2,41-50).

O sea, Jesús no se había perdido, se había quedado voluntariamente en el templo, sabiendo que eso iba a causar una grave preocupación a sus padres.

¿Por qué obró así? Para que supieran que Él era el Hijo de Dios Padre y que, como tal, no les tenía que dar ninguna explicación. Como hijo de María, Él le debía obediencia. Como Hijo de Dios, era Ella quien le debía obedecer a Él.

Ese fue el compromiso que Jesús adoptó ante María y José: revelar su personalidad, definir claramente su misión en la vida, presentarse como el Hijo de Dios hecho hombre, que venía a salvar a todos.

El Evangelio nos asegura que María no terminó de entender ese compromiso de Jesús. María hablaba y entendía las palabras humanas. Pero Jesús hablaba palabras divinas. ¿Cómo solucionar este problema? El Evangelio lo explica: «María conservaba todo esto en su corazón y lo meditaba» (Lucas 2,51). Eso es lo que nosotros hemos de hacer cuando no entendamos los misterios de Dios sobre nosotros, sobre la Iglesia o sobre el mundo: meditar con fe en nuestro corazón, pidiendo al Espíritu Santo que nos ilumine.

44. EL JOVEN MAESTRO

Entre los judíos, la edad se consideraba algo muy importante. Los maestros religiosos solo podían ejercer si tenían una edad respetable, estudios y mucha experiencia.

La sorpresa cundió entre ellos cuando vieron a un joven, Jesús, de unos treinta años, que hablaba como un maestro, sin tener estudios ni experiencia. Más todavía, era un maestro que hablaba con autoridad y no como los escribas y fariseos, que solo presentaban opiniones. Y el colmo: hacía grandes y continuos milagros.

Los maestros se preguntaban: «¿De dónde ha salido este Jesús?». Descubrieron que era hijo de José y María, de Nazaret. Sin embargo, no podían comprender que Jesús era el Hijo de Dios, hecho hombre en el seno de María, que venía a salvar al mundo entero. Eso todavía era un misterio para todos.

Algunos maestros solían reunir a su alrededor discípulos. También Jesús lo hizo, pero de un modo muy especial: escogió a Doce como sus Apóstoles y a otros muchos como sus discípulos.

Los Apóstoles eran gente joven, exceptuando a Pedro, que sabemos por el Evangelio que estaba casado. Así cumplió Jesús lo que Dios dijo en el Apocalipsis (21,5): «Ahora hago el universo nuevo». Porque a Él le gusta lo nuevo, la juventud, lo que empieza a crecer. Por el mismo motivo, Dios escogió a una chica jovencísima, María, para ser Madre de Jesús.

María veía a aquellos jóvenes Apóstoles de Jesús y los consideraba como hijos, deseando ayudarles. El amor que tenía a Jesús lo ampliaba a sus Apóstoles. Eso fue mucho más que un buen sentimiento, ya que, al subir Jesús al Cielo, el Espíritu hizo a María Madre de la Iglesia naciente. Por tanto, aquellos Apóstoles continuaron recibiendo siempre el amor entrañable de la Madre de Jesús.

Jesús, el joven maestro de Nazaret, comparó el Reino de Dios con una semilla que se echa en la tierra. En Noruega, hay un almacén científico de

semillas de todas las plantas del mundo. Lo llaman el Arca de Noé de las semillas. Si un día desapareciera una planta, se podría reproducir a través de esas semillas almacenadas en Noruega, pero sembrándolas en una tierra buena.

Jesús dijo algo semejante. La semilla del Reino de Dios que Él sembraba tenía que encontrar una tierra buena para dar fruto. La semilla es siempre joven, porque es capaz de engendrar una nueva vida. Pero él dijo que esa semilla solo dará fruto dependiendo de la tierra en la que cae: el treinta, el sesenta o el ciento por uno.

En la historia, solo una persona ha producido el ciento por uno: la Virgen María, la joven nazarena. Ella, como Madre, fue la tierra donde Dios Padre sembró la mejor semilla, o sea, su mismo Hijo, para que diera el mejor fruto: el Salvador de toda la humanidad.

Nosotros hemos de examinar si somos tierra buena, tierra joven, capaz de recibir la semilla del Evangelio. Hay tierras llenas de basura, de piedras, de zarzas; son como tierras viejas, envejecidas, que no admiten las semillas jóvenes y así no pueden dar fruto. Por el contrario, hay tierras a las que se ha eliminado la basura, las piedras, las zarzas. La semilla, que es siempre joven y llena de vida, si cae en esa tierra buena produce el mejor fruto.

Jesús es el mejor sembrador de la Palabra de Dios y tiene la mejor semilla, que es joven y está llena de vida. Ahora solo hace falta que nosotros le ofrezcamos una buena tierra, la mejor posible.

Los jóvenes de la Jornada Mundial de la Juventud quieren ser esa tierra buena donde Jesús pueda sembrar la semilla del Evangelio.

45. LA NUEVA MATERNIDAD

Madre viuda y sin su Hijo único. En esa situación se iba a quedar María, porque Jesús, aquel Hijo adorable, moría en la Cruz. Sin embargo, aquella realidad tan grave humanamente Jesús la cambió con su poder y con su amor.

A punto de morir, le dijo a su Madre: «He ahí a tu hijo» (Juan 19,26). O sea, «te vas a quedar sin Mí, pero Yo te hago Madre de todos mis discípulos a lo largo de toda la historia. De ese modo, quiero que seas una Madre siempre joven y fecunda, con miles de millones de hijos, por obra y gracia del Espíritu Santo. Vas a vivir una nueva maternidad».

La madre que sigue teniendo hijos, quiere decir que es joven, que es fecunda.

En la Jornada Mundial de la Juventud, todos los jóvenes del siglo XXI son también hijos o hijas de María.

Hay una realidad que los niños y jóvenes no comprenden: la muerte, porque ellos están llenos de vida y energía.

Por tanto, ver a Jesús, muerto en la Cruz, los desconcierta. Él, que era joven y tan bueno, fue asesinado por los que eran tan malos. ¿Por qué? La presencia de la Virgen Madre junto a la Cruz de Jesús es algo que conmueve a niños y jóvenes. Ellos comprenden que la madre siempre ha de estar junto a su hijo, especialmente, cuando sufre.

El nombre de María tiene su historia. Era conocido desde hacía muchos siglos. De hecho, la hermana de Moisés se llamaba así. A la Virgen, al nacer, le pusieron ese nombre ilustre y antiguo.

Los evangelios de san Mateo, san Marcos y san Lucas, la llaman siempre María. La sorpresa la encontramos en el evangelio de san Juan y también en el libro de los Hechos de los Apóstoles. En ellos, a la Virgen no se le llama María, sino la Madre de Jesús.

María era un nombre común, que llevaban otras mujeres. Madre de Jesús era un nombre propio, exclusivo de la Virgen. Aquellos primeros cristianos, que

habían conocido a Jesús, consideraban a María como su testamento. Él había dicho desde la Cruz al discípulo amado: «Ahí tienes a tu Madre» (Juan 19,27).

Además había un detalle sorprendente: Jesús era hijo exclusivo de María, por obra y gracia del Espíritu Santo, porque no había tenido un padre biológico humano. Los hijos se parecen a sus padres. Por tanto, Jesús se debía de parecer muchísimo a su Madre, porque era hijo solo de Ella.

O sea, aquellos primeros cristianos, que habían conocido personalmente a Jesús, reconocían su rostro en el de su Madre. Para ellos, ver a la Virgen María era contemplar de nuevo a Jesús.

En todas las Jornadas Mundiales de la Juventud hay siempre dos símbolos centrales: una gran Cruz y un icono, una imagen de María. Siempre unidos Jesús y su Madre.

Tanto Jesús como su Madre nacieron en el país judío, pero se han hecho totalmente universales. En cualquier parte del mundo, encontramos la Cruz de Jesús y la imagen de la Virgen. En todos los pueblos del mundo, se considera a Jesús como de casa y a la Virgen María también. Jesús es el Hermano Mayor de todos. Y María es la Madre de todos.

A la Virgen se le han dado miles de nombres en los pueblos, asociaciones, familias religiosas. Todo el mundo quiere hacerla suya, propia, de casa. Es un hecho admirable, que no se ha dado en la historia con ninguna otra persona humana.

Jesús le dio a María una nueva maternidad. Y nosotros somos los nuevos hijos e hijas de María. Como afirma san Juan de la Cruz: «La Madre de Dios es mía».

46. DADOR DE VIDA

El lema de las Olimpíadas es: «Más alto, más fuerte, más rápido». De hecho, en cada olimpíada se baten algunos récords. En la salud, también se baten récords, pues se va alargando la vida humana. Algunos hablan del elixir de la eterna juventud. Pero eso es un sueño imposible.

Otra cosa, más seria, es que todos tenemos en el alma un deseo, un anhelo de vivir, y de vivir para siempre. Parece una contradicción: sabemos que vamos a morir y, al mismo tiempo, queremos vivir para siempre.

La solución la tenemos en la mano y, muchas veces, no nos damos cuenta. Al rezar el credo decimos con fe, con esperanza, con alegría: «Creo en el Espíritu Santo, Señor y Dador de Vida».

El elixir de la eterna juventud no lo vamos a encontrar en este mundo, ni en los médicos ni en las medicinas, sino que es un regalo de Dios por medio del Espíritu Santo.

La Jornada Mundial de la Juventud es una fiesta de la Vida que el Espíritu Santo, Dador de la Vida, sigue regalando a la Iglesia y al mundo.

Veamos un ejemplo concreto, la Virgen María. Dios la escogió, la hizo Inmaculada, Purísima, Llena de Gracia. Dios Padre, por obra y gracia del Espíritu Santo, formó en María el Cuerpo de Jesús, porque el Espíritu Santo es Dador de Vida.

Es admirable que Dios escogiera a una chica de Nazaret, jovencísima, para ser la Madre de Jesús. El Espíritu Santo hace maravillas en los jóvenes y con los jóvenes.

Desde el momento en que el Hijo de Dios se encarnó en el seno de María, podemos decir: «Dios está aquí».

A pesar de saberlo, no terminamos de comprender que el Hijo de Dios se ha hecho un Hermano nuestro, que ha tomado nuestra carne y sangre, que ha sido nuestro compañero de camino. Más todavía, que gracias a Él hemos llegado a ser hijos o hijas de Dios. Y todo gracias al Espíritu Santo, que es

Dador de Vida, de juventud.

La vida en este mundo puede durar pocos o muchos años. Sin embargo, lo importante y fundamental es que la vida con Dios no acabará nunca y será totalmente feliz. Esa vida sin fin será el regalo que nos hará el Dador de Vida.

Así, el Espíritu Santo nos garantiza que nunca dejaremos de vivir. La muerte será solo un paso de esta vida humana a la Vida de Dios, que no acabará nunca. Aquello sí que será la eterna juventud.

La presencia del Espíritu Santo en cada persona y en la Iglesia produce efectos admirables.

El Espíritu Santo, Dador de Vida, es el que reparte la vocación a las personas, especialmente a los jóvenes, para que sirvan a la sociedad y a la Iglesia. La vocación es una nueva vida, es futuro, generosidad, servicio.

El Espíritu Santo, Dador de Vida, es el que enciende el amor en las personas, especialmente en los jóvenes. Él calienta con su fuego de Pentecostés a los esposos, a los padres, a los Apóstoles del Evangelio. Él ha hecho a María la Madre del Amor hermoso. Qué título tan sugestivo.

El Espíritu Santo, Dador de Vida, es el que pone en el corazón de todos esa alegría que nada ni nadie nos puede quitar, porque nos sentimos amados por Dios. Él transformó a María, Madre Dolorosa, en Virgen de la Alegría pascual.

El Espíritu Santo, Dador de Vida, es el que mueve los corazones a la Paz, que es fruto del amor. Él nos ha dado a María como Reina de la Paz.

47. EUCARISTÍA Y JÓVENES

«Si usted quiere vivir para siempre, le ofrecemos la mejor medicina y además gratuita. Es el verdadero elixir de la eterna juventud». Esto parece uno de tantos mensajes de publicidad con que nos bombardean cada día.

Sin embargo, es la pura verdad, porque Jesús nos ha prometido eso en su Evangelio, y muchísimo más.

Recordemos tres promesas de Jesús.

Primera promesa: «El que come mi Cuerpo y bebe mi Sangre tiene ya vida eterna y Yo lo resucitaré el último día» (Juan 6,54). Esto es mejor que el elixir de la eterna juventud. El que recibe con fe y amor la Comunión tiene ya ahora vida eterna, aunque sufra problemas, aunque esté enfermo o anciano. La muerte será solo abrir la puerta a esa resurrección del último día, que Jesús nos promete.

Segunda promesa: «El que cree en Mí no morirá para siempre» (Juan 11,26). Jesús y la Virgen murieron, como nosotros, pero Ellos no murieron para siempre, sino que resucitaron y están llenos de gloria en el Cielo. Si creemos en Jesús, nuestra misma muerte humana tampoco será para siempre, sino que resucitaremos.

Los niños y los jóvenes no son capaces de comprender esto que estamos comentando, porque ellos están llenos de vida, de energía.

Si no entienden la muerte, menos comprenden la resurrección. Niños y jóvenes tienen experiencia de la muerte, pero siempre de otros: ancianos, enfermos, accidentados. Ellos ven con asombro que otros mueren, pero no ven a nadie que haya resucitado.

El gran resorte para hablarles de este tema tan grave es presentarles a Jesús muerto, resucitado, que subió al Cielo. Y a María, que murió, fue resucitada y subida al Cielo en su gloriosa Asunción.

Es así como se comprende la promesa de Jesús: «El que come mi Cuerpo y bebe mi Sangre tiene ya vida eterna y Yo lo resucitaré el último día».

Igualmente hay que presentar a niños, jóvenes y adultos la persona del Espíritu Santo, a quien en el credo reconocemos como Señor y Dador de Vida. No nos salvarán los médicos ni las medicinas. Hemos de poner la esperanza en el Espíritu de Dios, Señor y Dador de Vida.

En la Eucaristía, cuando el sacerdote presenta a Dios el pan, dice: «Bendito seas, Señor, Dios del universo, por este pan, fruto de la tierra y del trabajo del hombre, que recibimos de tu generosidad y ahora te presentamos. Él será para nosotros Pan de Vida». Sí, Pan de Vida porque será Pan de Eucaristía, Cuerpo de Cristo.

En la Jornada Mundial de la Juventud de 2011 en Madrid, un momento inolvidable fue la adoración de Jesús en la Eucaristía. Millón y medio de jóvenes, con el Papa, en un denso silencio, lleno de fe, adorando a Jesús.

Tercera promesa: resulta que ese Cuerpo y esa Sangre que Jesús nos ofrece, Él los tomó de su Madre Santísima. En uno de los himnos eucarísticos, el Ave verum, canta la Iglesia: «Salve, Cuerpo de Cristo, nacido de María Virgen». O sea, el Hijo de Dios tomó de María su Cuerpo y su Sangre. La conclusión es clara: nosotros, al recibir el Cuerpo y Sangre de Jesús en la Comunión, recibimos, de algún modo, algo de María, su Madre, porque en un hijo encontramos siempre algo de su madre.

Jesús nos dijo el Jueves Santo en la Última Cena: «Esto es mi Cuerpo que se entrega por vosotros». Y al día siguiente, el Viernes Santo, nos dijo desde la Cruz: «Esta es mi Madre. Os la entrego». Jesús nos dio su propio Cuerpo y a su propia Madre.

48. ¡SALVE, VIRGEN BELLA!

Los piropos son una costumbre popular, pero se quedan casi siempre en lo externo, por ejemplo: «¡Guapa!».

Hay en la historia una mujer a la que se le han echado miles, millones de piropos, los más elegantes y delicados que uno pueda imaginar.

Los piropos que sus hijos echamos a María son también los títulos con los que en todo el mundo se venera a la Virgen. Le decimos: Virgen de la Paloma, Virgen del Camino, Virgen de la Alegría, Reina de la Paz.

Con razón dicen los holandeses: «El amor le dio mil nombres a la Virgen». Casi todos los pueblos tienen a gala darle un título propio.

El millón y medio de jóvenes, que participaron en la Jornada Mundial de la Juventud de Madrid en 2011, vinieron de 193 países; esos jóvenes podrían haber contado los títulos que en sus pueblos se dedican a la Virgen.

De hecho, lo que llamamos letanías de la Virgen, que se suelen rezar al final del Rosario, son en realidad piropos dirigidos a Ella: «Madre Purísima, Madre admirable, Virgen digna de alabanza, Causa de nuestra alegría, Templo del Espíritu Santo, Rosa escogida, Estrella de la mañana».

El mejor piropo que recibió María fue la mirada de Dios, llena de ternura hacia Ella, haciéndola Inmaculada y Llena de Gracia desde el primer momento de su Concepción. Y también el saludo que le dirigió el arcángel san Gabriel en la Anunciación, en nombre de Dios: «¡Alégrate, María, Llena de Gracia!».

Es la Gracia de Dios la que hace bella a María, sublimemente bella. ¡Salve, Virgen bella! No una belleza externa, conseguida a base de cremas, sino una hermosura interior, de toda la persona.

Si la cara es el espejo del alma, cómo sería la cara de la Virgen niña, joven, madre; cómo serían aquellos ojos limpios, inmaculados, en los que brillaba la Gracia de Dios; cómo sería su sonrisa de Cielo, que era una caricia de ternura. ¡Salve, Virgen bella!

Pero toda esa hermosura Dios se la concedió para que fuera la Madre de Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre. Dios es la fuente de toda hermosura, de toda belleza. Por eso, se preparó una Madre digna. Lo sorprendente es que escogió a una jovencísima chica de pueblo, de Nazaret. Dios cuenta con los jóvenes y con los niños, ya que Jesús fue Niño nacido en Belén.

Realmente la belleza que vale ante Dios es la interior, la del alma, la del corazón.

Demos un salto gigante hasta el final de la vida de María. Jesús había muerto, resucitado y subido al Cielo. Su Madre se quedó en este mundo como Madre de la Iglesia, pero ansiando con toda su alma encontrarse de nuevo con Jesús.

Un día, Ella murió y fue resucitada. Más aún, su Hijo la subió en cuerpo y alma al Cielo el día de la Asunción y la colmó de la belleza que solo Dios puede regalar a una persona, y más a la Madre que Él se había escogido.

Cuando un niño, un joven, un adulto o una persona de edad miran a la Virgen de la Asunción, se dan cuenta de que Jesús les ha dado una Madre bella, eternamente joven en el Cielo. Y, por tanto, que ellos, por la misericordia de Dios, están llamados a subir al Cielo para recibir esa belleza y ser también eternamente jóvenes como María.

Jesús resucitado es joven. María resucitada y subida al Cielo es joven. Nosotros, al llegar al Cielo, también seremos jóvenes. Para siempre. Con Jesús y con María. Dios nos dará a sus hijos y a sus hijas la eterna juventud, la suprema belleza.

49. APERTURA AL MUNDO

En la Jornada Mundial de la Juventud, llegaron a Madrid jóvenes de 193 naciones. Formaron una verdadera ONU juvenil, pero llena de paz, de alegría y, sobre todo, de fe cristiana.

Los jóvenes respiraron esos días a pleno pulmón, sintiéndose ciudadanos del mundo y miembros de la Iglesia, que es católica. La palaba católica procede del griego y significa universal. Qué alegría pertenecer a la Iglesia universal, sin fronteras, que abraza a todo el mundo.

El papa Pablo VI, al concluir el Concilio Vaticano II, lanzó este mensaje a los jóvenes: «Ensanchad el corazón a las dimensiones del mundo». O sea: «No os encerréis dentro de vosotros mismos o de vuestro pueblo. Abrid el corazón y los brazos a todo el que encontréis en vuestro camino, porque cualquier persona es hijo o hija de Dios».

En la Jornada Mundial de la Juventud de Madrid en 2011, muchas familias acogieron a muchachos y muchachas de cualquier parte del mundo. Esas familias ensancharon el corazón a las dimensiones del mundo y abrieron la puerta de su casa, pero, sobre todo, el corazón.

Otro hecho importantísimo es que esos jóvenes llegaron, el día 11 de agosto, a las diversas diócesis españolas: 2.000, 3.000 o 4.000 en cada una de ellas, según su capacidad. Se repartieron por los diversos pueblos y fueron acogidos por la gente con una profunda simpatía. Toda España en esos días abrió su corazón y respiró hondos aires de universalidad; y los jóvenes visitantes, lo mismo.

El secreto de todo ese inmenso movimiento de personas extranjeras, que nunca se había dado en España en tal número, fue la gran cantidad de voluntarios que durante meses fueron preparando y organizando todo. Por tanto, se unieron la generosidad de los voluntarios y la de la gente de los pueblos, dedicados todos a atender del mejor modo posible a ese río de jóvenes que llenó de vida, de alegría y de fe cristiana los caminos de España.

En este hecho mundial, resuenan las palabras de Jesús a sus Apóstoles: «Id y haced discípulos de todas las gentes, bautizándolas. Y sabed que Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo» (Mateo 28,19-20). Sin la presencia de Jesús, la Jornada Mundial de la Juventud hubiera sido un hecho admirable, sin más trascendencia. Pero los jóvenes se reunieron para celebrar su fe, para escuchar la llamada de Jesús, para llevar la fe a todo el mundo. Su lema era: «Arraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe» (cfr. Colosenses 2,7). Arraigar significa tener las raíces bien metidas en la tierra, para dar frutos de vida cristiana. Por eso, el signo de la Jornada Mundial de la Juventud es esa Cruz de madera, que ha dado ya la vuelta al mundo y también a España, de norte a sur.

Y donde está Jesús se encuentra también su Madre, la Virgen María. Junto a la Cruz de madera, los jóvenes han paseado por el mundo y por España un icono, una imagen de la Virgen. Donde está Jesús, se encuentra su Madre, y con ellos se halla la Iglesia. Jesús, María y la Iglesia están indisolublemente unidos, no se puede eliminar a ninguno de los tres.

María, la Madre de la Iglesia, la Auxiliadora de los cristianos, qué contenta se encuentra cuando se ve rodeada de tantos jóvenes, que son sus hijos, para celebrar su fe en Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre.

El Espíritu Santo ensanchó el corazón de María para que fuera una Madre universal. De hecho, los jóvenes de las 193 naciones del mundo, que participaron en la Jornada Mundial de la Juventud en Madrid en 2011, habían encontrado ya a la Virgen María en sus pueblos, en sus familias. María es la Madre universal.

50. EL SANTO DE LOS JÓVENES

Estudiar historia nos hace más humildes. Cuántas personas ilustres y sabias ha habido en el mundo y están hoy día cubiertas por el polvo del olvido. Quizá recordamos su música, sus libros, sus monumentos, pero poco más. ¿Y quién se acordará de nosotros dentro de 50 o 100 años?

Hay una excepción admirable: los santos. La Iglesia, que es Madre, los recuerda todos los años, celebra sus fiestas y los siente tan vivos y cercanos, que los pone como intercesores ante Dios.

Todavía más. Los santos que han fundado una Congregación o una Familia religiosa son recordados e imitados por sus seguidores.

Un ejemplo, san Juan Bosco. Nació en 1815 y murió en 1888. Sin embargo, sigue vivo en su Familia Salesiana, que lo considera un padre, un patriarca, un enviado de Dios. Se le recuerda, se le invoca, se leen sus obras, se le tiene como modelo. A Mozart se le recuerda, se escucha su música genial. Y poco más.

Hoy, se reconoce que san Juan Bosco fue escogido por Dios y que tuvo la inspiración de la Virgen para comenzar su obra en favor de los niños y jóvenes. Por tanto, la Familia Salesiana continúa con fe y con entusiasmo la obra que él comenzó. Más aún, la ha ampliado hasta llegar a 130 naciones en el mundo entero.

Una de las misiones de la Familia Salesiana ha sido y es continuar la obra de san Juan Bosco, difundiendo entre el pueblo cristiano la devoción a María Auxiliadora, como otras familias religiosas lo han hecho con otros títulos de la Virgen.

Muchos ríos suelen comenzar por un riachuelo que, poco a poco, va recibiendo otras aguas para aumentar el caudal. También la Familia Salesiana tuvo unos orígenes humildes y juveniles, como un riachuelo. San Juan Bosco no fundó la Congregación y la Familia Salesianas con gente madura, que tuviera grandes títulos. Dios y la Virgen pusieron en su camino los elementos

más sencillos, pero llenos de santidad y de fidelidad.

San Juan Bosco, por inspiración de la Virgen, fundó, en primer lugar, la Congregación Salesiana. Comenzó organizando el Oratorio para reunir a niños y jóvenes. Después edificó para ellos un humilde colegio donde atender mejor a algunos. Dios con su Providencia puso a su lado un grupo de chicos, que formaron como un pequeño riachuelo, que fue el origen del gran río de la Familia Salesiana.

Uno de ellos, un chico de 14 años, que llegó a ser santo Domingo Savio, fundó la Compañía de la Inmaculada. Aquellos chicos de la Compañía se pusieron bajo la protección de la Virgen Inmaculada para ser ellos, en primer lugar, buenos cristianos; y después para ayudar amablemente a los demás chicos del colegio a ser mejores. En resumen, eran unos verdaderos apóstoles. San Juan Bosco los animaba y orientaba.

Precisamente en ese tiempo, san Juan Bosco estaba proyectando fundar su Congregación Salesiana. Pero necesitaba colaboradores que se unieran a él en ese proyecto que la Virgen le había inspirado. ¿Quiénes podían ser? Invitó a unos y a otros, pero la cosa no cuajaba. Hasta que se dirigió a aquellos mismos chicos de su colegio, los de la Compañía de la Inmaculada. La mayoría de ellos aceptaron la invitación de san Juan Bosco y fueron los primeros salesianos. Qué comienzo tan humilde y tan juvenil. Ellos formaron el riachuelo que después se ha convertido en el gran río de la Familia Salesiana, extendida por todo el mundo, en 130 naciones.

Cómo habría disfrutado san Juan Bosco encontrándose con un millón y medio de jóvenes en una Jornada Mundial de la Juventud en Madrid. En el corazón de san Juan Bosco caben todos los jóvenes del mundo.

VI

REINA DE LOS APÓSTOLES

51. EL MEJOR REGALO

Visitar a los parientes y amigos, llevándoles algún obsequio, es una costumbre tan antigua como el mundo y durará siempre. Pero el obsequio puede ser de muchos estilos: unas flores, un objeto artístico, una colonia y otros mil detalles.

Sin embargo, al visitar a alguien, el mejor regalo que podemos llevarle es… nuestra propia persona: es lo más sencillo, pero lo más valioso. Nosotros mismos somos el regalo. Todo lo demás es secundario.

El mejor juguete que unos padres pueden dar a su hijo es su propia persona: o sea, jugar con el hijo, acompañarlo, escuchar sus confidencias, hacer broma con él.

Hace más de dos mil años, una jovencita fue a visitar a una anciana pariente y le llevó el mejor de los regalos, el que nadie hubiera imaginado. Más aún, el que nunca más se volverá a repetir en la historia de la humanidad.

La jovencita se llamaba María. El regalo fue Ella misma y, sobre todo, el Hijo de Dios, que llevaba en su seno desde hacía unos días. Su pariente se llamaba Isabel.

Por eso, Isabel la saludó diciendo: «¡Bendita Tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre, Jesús!» (Lucas 1,42). Fue el Espíritu Santo quien le reveló a Isabel el tierno misterio de la maternidad de María.

Pero lo más importante vino después. Isabel, llena de admiración, dijo a María: «¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor? En cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. Dichosa tú, que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá» (Lucas 1,43-45).

Isabel, inspirada también por el Espíritu Santo, reconoció que aquel Niño, que se estaba engendrando en el seno de María, era el Señor, el Mesías que Dios enviaba a su pueblo, después de tantos siglos de espera.

Volvamos al principio. ¿Qué regalo dio María a Isabel? Ella misma y el Hijo que llevaba en sus entrañas, que era el Hijo de Dios. Aquello no fue un regalo,

sino un regalazo, el mejor de la historia.

Apliquemos esto a nuestra vida personal. También nosotros, por muchos motivos, solemos hacer algún regalo a otras personas. Eso es una costumbre social. Pero el verdadero regalo que podemos hacer a otros es nuestra propia persona.

Por ejemplo, escuchar a alguien, animarle, saludarle, sonreírle, darle un abrazo, un beso, escribirle una carta o enviarle un e-mail, telefonearle y tantos otros detalles. Esos son regalos exquisitos, que no cuestan dinero o que son baratos, pero que llegan al corazón y se agradecen profundamente, porque tienen el calor de nuestra propia persona.

Honramos a María como Reina de los Apóstoles, sí de los Doce Apóstoles y de todos los demás apóstoles que, a lo largo de la historia, han anunciado el Evangelio por todo el mundo.

María llevó a Jesús hasta la casa de Isabel. Los apóstoles han de llevar a Jesús hasta la casa, hasta el corazón de todas las personas que encuentran en su camino.

El Papa y los obispos son los sucesores de los Doce Apóstoles y, por tanto, han de ser los grandes apóstoles en medio del mundo. Los sacerdotes y los diáconos son sus mejores colaboradores.

Pero ellos no pueden llegar a todos los sitios ni a todas las circunstancias, porque esa no es su función. Eso lo han de hacer los seglares en su familia, en el trabajo, en la vida social, en la diversión. Niños, jóvenes, adultos, cada uno a su modo, han de hacer como la Virgen: llevar siempre a Jesús para ofrecérselo a todos.

52. UN HIJO PARA LOS DEMÁS

En las revistas, suele haber adivinanzas. Primero se lee la pregunta y después, en otra página, se encuentra la respuesta. La adivinanza más misteriosa es el niño que una madre espera. Ella se pregunta: «¿Cómo será este niño, qué será, qué hará?». La respuesta a esa adivinanza no se encuentra en otra página, sino que cuesta una vida entera el comprenderla.

Lo sorprendente es que ha habido una madre que, antes de concebir a su hijo, ya supo el destino que Él iba a tener. Era un hijo tan extraordinario, que todo lo que le rodeaba resultó extraordinario.

A aquella madre, la Virgen María, no vino un médico a darle la noticia, sino un ángel de Dios, que le anunció: «Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin» (Lucas 1,31-33).

O sea, Jesús no iba a ser un niño como los demás, sino un Niño para los demás. Él no iba a estar en este mundo para hacer lo que a Él se le ocurriera, sino para realizar el plan de Dios Padre, que era salvar a toda la humanidad.

Apóstol y misionero significan lo mismo: enviado. En ese sentido, podemos decir que Jesús fue el Apóstol, el Misionero, el Enviado por Dios Padre al mundo. Por tanto, la Virgen María fue la Madre de Jesús, el Apóstol, el Misionero, el Enviado.

Hay madres egoístas, superprotectoras, que no dejan crecer a sus hijos, que los quieren tener siempre junto a ellas. La Virgen María hizo al revés. El Concilio Vaticano II afirma que María «se consagró totalmente a la Persona y a la obra de su Hijo» (Lumen Gentium, 56). O sea, lo cuidó desde niño, le ayudó a crecer. Y más tarde, cuando Jesús comenzó a predicar, lo apoyó en todo lo que Ella pudo. Por fin, cuando Jesús subió al Cielo y dejó a su Iglesia en la tierra, María vivió en medio de esa Iglesia haciendo las veces de Madre de los Apóstoles, de los primeros cristianos. Más aún, Ella es Madre de la Iglesia de todos los tiempos.

Un ejemplo precioso de otra madre es el de Mamá Margarita, la madre de don Bosco, el gran apóstol de los jóvenes. Ella cuidó al niño Juan Bosco, lo educó, le ayudó a ser un pequeño apóstol en medio de sus compañeros. Lo acompañó en sus años de estudio y de seminario.

Al llegar a ser sacerdote, Don Bosco sintió la vocación de dedicarse a los jóvenes pobres y abandonados. Alquiló una habitación en un barrio de Turín y después una casita entera, pero se encontró solo. ¿Quién le podría ayudar en su trabajo? Pensó en su madre, que ya era abuela, y la invitó a trabajar con él. Margarita dejó todo lo que tenía y se pasó los diez últimos años de su vida con su hijo Juan Bosco, en medio de una pobreza continua, pero con la alegría de hacer de madre a aquellos chicos pobres y abandonados. Ellos le dieron espontáneamente su mayor título de gloria, llamándola Mamá Margarita. Con ese nombre, que sabe a entrega y a cariño, ha pasado a la historia.

Por tanto, la Virgen María se consagró totalmente a la persona y a la obra de su hijo Jesús, Apóstol. Y, después, Mamá Margarita se consagró también totalmente a la persona y a la obra de su hijo Juan Bosco, apóstol. La Virgen y Mamá Margarita cuidaron cada una de su hijo, pero además fueron sus mejores colaboradoras en el apostolado.

53. ¡ADIÓS!

En los sistemas de seguridad, de cuando en cuando, salta la alarma para indicar que hay algo que no funciona bien. La Sagrada Familia de Jesús, María y José vivía feliz en Nazaret. Jesús, con sus doce años, era un Hijo verdaderamente adorable.

Pero, de modo inesperado, saltó la alarma. Al hacer la visita a Jerusalén, Jesús se quedó en el templo sin avisar a sus padres. ¿Por qué? Jesús les hizo comprender, por primera vez, que Él venía de Dios Padre, que era su Apóstol, su Misionero, su Enviado. María era la Madre de un Apóstol, del gran Apóstol, Jesús. Por tanto, Jesús no dependía ni de María ni de José, sino de Dios Padre.

Jesús continuó con María y José en Nazaret. En ese tiempo murió san José. Por fin, al cumplir más o menos los treinta años, Jesús le dijo a su Madre que se marchaba de casa para seguir su vocación, la de ser el Apóstol, el Misionero, el Enviado de Dios Padre.

¡Adiós! es una expresión con profundo sentido religioso. Vamos a Dios, hacia Él. Al despedirnos de alguien, le decimos que vamos hacia Dios.

También Jesús se despidió de su Madre para comenzar a predicar el Evangelio y le dijo: «¡Adiós! ¡A Dios!». María se convirtió así en la Madre de Jesús Apóstol, que venía a predicar el Evangelio.

Los hijos, cuando se marchan de casa para fundar una familia o para emanciparse, se despiden con un ¡adiós! Eso hacen también los apóstoles, los misioneros, los sacerdotes, los religiosos y las religiosas. Ellos van hacia Dios, siguiendo su llamada, y animan a otros muchos a encaminar su vida hacia Dios. Esa es la vocación de los apóstoles: no fundar su propia familia, sino la Familia de los hijos e hijas de Dios.

Hay padres y madres que ven muy bien que sus hijos o hijas se marchen de casa para casarse. Pero, a veces, si un hijo dice que quiere ser sacerdote, religioso o misionero, o una hija, que quiere ser religiosa, misionera, encuentran la oposición de sus padres.

La vocación no la dan los padres, sino Dios mismo. Esa es la grandeza sublime de la vocación. A Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre, fue Dios Padre quien le confió el ser Apóstol, Misionero del Evangelio para salvar a todos.

Un hecho histórico. En una familia había una hermana mayor y dos hermanos menores. El primero de los hermanos, Javier, dijo que quería ser sacerdote. Los abuelos pensaron que podría ser sacerdote diocesano, viviendo siempre cerca de ellos. Él fue al seminario y allí comprendió que Dios lo llamaba a ser misionero, Padre Blanco en África. Eso le exigió estudiar en Francia y aprender francés. Y, por último, desarrolló su vocación misionera marchando a África, predicando el Evangelio y ayudando a todos en todos los sentidos. Por último, murió dando su vida, como Jesús, por aquellas gentes. Quedaron tan agradecidas, que pidieron a la familia que dejara allá su cuerpo, porque había sido su apóstol, su amigo, su hermano.

Los abuelos querían que Javier estuviera a su lado. Pero Dios lo envió a África a predicar el Evangelio y a dar su vida por los demás. Y el hermano de Javier, llamado Gabriel, sintió la llamada de Dios para ser sacerdote capuchino. Por tanto, la vocación no la dan los padres ni los abuelos, sino el Padre del Cielo. Esa vocación siempre es la más grande y generosa, y los padres y abuelos han de respetarla.

Más aún, los padres han de ser los mejores colaboradores de sus hijos apóstoles y misioneros, rezando por ellos, apoyándoles en todo lo posible. La Virgen se consagró totalmente a la Persona y a la Obra de su Hijo Jesús. Así han de hacer también los padres con sus hijos apóstoles y misioneros. Eso los llenará de alegría cristiana y de gloria en el Cielo.

54. UNA MADRE PARA DOCE APÓSTOLES

La primera impresión que recibimos de una persona se nos queda grabada en el recuerdo: cómo era, cómo nos trató, dónde, cuándo. Una curiosidad: ¿cuándo fue la primera vez que la Virgen y los Doce Apóstoles se conocieron? El Evangelio lo dice claramente: en la boda de Caná. Allí llegó Jesús con sus Apóstoles, por un lado, y María, por otro. Ciertamente los Apóstoles tenían una profunda curiosidad por saber quién era y cómo era la Madre de Jesús.

Los Apóstoles que acompañaban a Jesús pensarían: «Si este Jesús es tan extraordinario, ¿cómo será su madre?». En la boda de Caná, pudieron ver los Apóstoles la actitud de María: «Jesús, estos novios se han quedado sin vino en la boda» (cfr. Juan 2,3). Y la respuesta de Jesús, haciendo el milagro de convertir unos 600 litros de agua en un delicioso vino. Los Apóstoles pensarían: «Solo Dios puede hacer el milagro realizado por Jesús. Y María es la Madre de este Jesús, que hace milagros».

Pero después llegó lo mejor. Al ver el milagro realizado por Jesús, creció la fe de sus Apóstoles en Él. O sea, reconocieron en Jesús a un Enviado por Dios, que actuaba en su nombre. Aumentar la fe de los Apóstoles fue más importante que aumentar el vino de la boda.

Después de la boda de Caná, Jesús bajó a Cafarnaúm con su madre y sus Apóstoles. Todos unidos: Jesús, María y los Apóstoles. Ellos tres eran el núcleo, el inicio de la Iglesia.

Desde ese momento, la Virgen y los Apóstoles se encontraron en muchas ocasiones, y estos admiraron siempre la bondad y la delicadeza de María, la Madre de Jesús.

Pero hubo una ocasión en que los Apóstoles se dieron cuenta de que María era un gigante y ellos unos pobres hombres. Cuando el Jueves Santo Jesús fue apresado por los romanos y las autoridades judías, por culpa de la traición de Judas, todos los Apóstoles huyeron cobardemente y Pedro negó haber

conocido a Jesús.

Al pie de la Cruz estaban María y otras mujeres discípulas de Jesús, con el apóstol Juan, Nicodemo y José de Arimatea. Allí saltó la gran sorpresa. Jesús le dijo a la Virgen: «Mujer, ahí tienes a tu hijo» (Juan 19,26), o sea, al apóstol Juan. Y luego dijo al apóstol: «Ahí tienes a tu Madre» (Juan 19,27). Así, entre la Virgen, los Apóstoles, los discípulos de Jesús y todos nosotros, se creaba un lazo de familia: la Madre de Jesús era, desde ese momento, la Madre de todos.

Después de morir Jesús el Viernes Santo, llegó el Sábado Santo, día de tristeza, de dolor. Los Apóstoles quedaron sin esperanza y llenos de vergüenza por haber abandonado a Jesús.

María, la Madre de Jesús, fue la única que, por una gracia singular del Espíritu Santo, mantuvo la esperanza. Por eso, a Ella la llamamos, con toda verdad, la Virgen de la Esperanza. Los Apóstoles y discípulos de Jesús se dieron cuenta de que María, la Madre de Jesús, era otra cosa: un gigante de fe, de esperanza y de amor a Jesús. Y todos los demás habían quedado por los suelos.

La Resurrección de Jesús ensalzó aún más la figura de María. A su Madre Dolorosa, la transformó Jesús en la Virgen de la Alegría, la Virgen de la Pascua.

Cuando Jesús subió al Cielo, la Virgen, los Apóstoles y los discípulos esperaron al Espíritu Santo. Él transformó a la Virgen en Madre de aquella Iglesia naciente y lanzó a los Apóstoles a llevar el Evangelio al mundo entero.

El Espíritu Santo lanzó también a la Virgen hacia el mundo, de tal forma que Ella está presente donde se predica el Evangelio. La Madre de los Doce Apóstoles es también Madre de todos los apóstoles de hoy y de mañana.

55. EL CUADRO DONDE CABEN TODOS

Hay personas tan dominantes, que lo quieren hacer todo ellas solas y no cuentan con la colaboración de los demás. Por el contrario, admiramos a quienes saben dar responsabilidades a otros para buscar un bien mayor.

Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre, podía haber realizado todo Él solo. Sin embargo, escogió a su Madre como la mejor colaboradora; y después a sus Doce Apóstoles como sus enviados para predicar el Evangelio.

A su Madre, Jesús la ha hecho Reina de los Doce Apóstoles y de todos los demás apóstoles que, a lo largo de la historia, han dedicado su vida a la extensión del Evangelio. Jesús cuenta también con cada uno de nosotros, para que seamos hoy día sus nuevos apóstoles.

Don Bosco levantó la basílica de María Auxiliadora en Turín. Y no quiso representar a la Auxiliadora con una estatua, porque le parecía poco expresiva. Quería algo más significativo. Por eso, llamó al pintor Lorenzone y le pidió que pintara un cuadro en el que apareciera, arriba, María, rodeada de ángeles; en torno a Ella, los Doce Apóstoles, los mártires, los profetas, los demás santos. En la parte inferior del cuadro, los emblemas de las grandes victorias de María y pueblos de las distintas partes del mundo con las manos levantadas, pidiendo el auxilio de María.

El pintor le hizo comprender que ese cuadro ocuparía cientos de metros cuadrados de extensión. Eran demasiados personajes. Don Bosco reconoció que se había dejado llevar de su devoción y amor a la Virgen. Al final, el artista pintó un gran cuadro, de siete metros de altura por cuatro de anchura. En él se ve a la Virgen Auxiliadora con Jesús en sus brazos, iluminada con luz divina por el Espíritu Santo. Encima del cuadro, está Dios Padre, aunque las fotografías no lo suelen recoger, precisamente porque sobrepasa al cuadro. En definitiva, la Virgen solo tiene sentido dentro de la Santísima Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Como no podía colocar a la Iglesia entera rodeando a la Virgen, el pintor puso en el cuadro solo a los Doce Apóstoles, que representan a toda la Iglesia, porque Jesús los puso a ellos como columnas de la misma. Además, incluyó a los cuatro evangelistas.

Al contemplar ese grandioso cuadro, también nosotros debemos sentirnos metidos en él, porque somos miembros de la Iglesia.

En la vida humana, cada familia tiene su madre. Cristo, que formó la Iglesia, que es la Familia de los hijos e hijas de Dios, ha dado también a su Iglesia una Madre. Para ello, nos regaló a su misma Madre, cuando le dijo: «Ahí tienes a tu hijo» (Juan 19,26). Después le dijo al discípulo: «Ahí tienes a tu Madre» (Juan 19,27).

Miramos a los Doce Apóstoles con mucho respeto, pero ellos fueron personas como nosotros y tuvieron sus defectos, miedos, cobardías, y hasta abandonaron a Jesús.

Lo importante no son ellos, sino Jesús, que los envió al mundo a predicar el Evangelio. En definitiva, es el mismo Jesús el que nos envía también a nosotros. No importa lo que hacemos en la Iglesia. Lo decisivo es quién nos ha escogido y nos ha enviado a predicar el Evangelio, con nuestras palabras y con nuestro ejemplo, a todo aquel que encontremos en la vida.

La Virgen, que fue Reina de los Doce Apóstoles, es también Reina y Auxiliadora de los nuevos apóstoles que somos ahora nosotros. Ella, que estuvo a los pies de la Cruz de Jesús, está también junto a los apóstoles de hoy, siendo para ellos Madre, Auxilio y Esperanza.

56. FAMILIA DE APÓSTOLES

La Familia Salesiana de Don Bosco brotó como una humilde semilla, pero ya está sembrada en 130 naciones del mundo. Es como un árbol al que le han salido muchas ramas.

La Familia Salesiana es una familia de apóstoles, que trabajan por el Reino de Dios, especialmente entre los jóvenes y el pueblo. Y, como toda familia, tiene una Madre, María Auxiliadora. Recordemos a los apóstoles de la Familia Salesiana.

Mamá Margarita. En el principio, siempre está la madre. También en la vida de Don Bosco. Cuando él comenzó a trabajar por los jóvenes, Mamá Margarita pasó los diez últimos años de su vida ayudando a aquellos pobres huérfanos, haciéndoles de madre, de tal forma que todos la llamaban cariñosamente Mamá Margarita. Su proceso de Beatificación está ya en marcha. Por tanto, serán santos la madre y el hijo.

Don Bosco. El título de María Auxiliadora de los cristianos ya era conocido en la Iglesia, pero hacía falta un apóstol que lo hiciera popular. Para eso, Dios escogió a san Juan Bosco, para que fundara la Congregación y la Familia Salesianas, como apóstoles dedicados especialmente a la juventud y al pueblo. Uno de los fines principales de ese apostolado es difundir en la Iglesia la devoción a María Auxiliadora; de tal manera, que el pueblo la llama cariñosamente la Virgen de Don Bosco.

Madre Mazzarello. Don Bosco se preocupaba de los chicos, pero la Virgen María le indicó que atendiera también a las chicas. Para ello, puso en su camino a unas jóvenes, animadas por María Mazzarello, después santa María Mazzarello. Con ella, Don Bosco fundó el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, apóstoles de la juventud, del pueblo y de la devoción a la Auxiliadora de los cristianos.

Domingo Savio y compañeros. De cuando en cuando surge algún niño prodigio que nos asombra. Dios puso al lado de Don Bosco a un niño prodigio de la santidad: santo Domingo Savio. Este muchacho, inspirado por la Virgen,

fundó con otros compañeros la Compañía de la Inmaculada, que fue la semilla de la Congregación Salesiana, porque casi todos aquellos pequeños apóstoles fueron los primeros salesianos.

Los Salesianos Cooperadores. El mundo de los jóvenes y del pueblo es amplísimo. Es imposible que una sola persona lo pueda abarcar. Por eso, Don Bosco buscó enseguida quien cooperara en su obra. De esa necesidad, surgió la Asociación de Salesianos Cooperadores. O sea, personas, casadas o no, que cooperan, con espíritu salesiano, en el trabajo apostólico por los jóvenes y por el pueblo, y difunden la devoción a María Auxiliadora.

La Asociación de María Auxiliadora. Para que la devoción a María Auxiliadora penetrara más en el pueblo, Don Bosco fundó la Asociación de María Auxiliadora (ADMA). Son personas que ejercen su apostolado en la familia, en el barrio. Les une una profunda y fervorosa devoción a María Auxiliadora, que van difundiendo a su alrededor.

Los Antiguos Alumnos Salesianos. Han pasado más de 150 años desde que Don Bosco inició la Familia Salesiana. Ya son millones los Antiguos Alumnos o Alumnas de la Familia Salesiana en todo el mundo. Ellos y ellas han de ser apóstoles en su ambiente familiar y social. Encuentran en la Virgen una Madre que les alienta y sonríe, pero también una Auxiliadora que les defiende. Por eso, introducen la devoción a María Auxiliadora en su familia y ambiente.

Otros miembros de la Familia Salesiana. La Familia Salesiana es ya tan amplia, que no es posible enumerar aquí a todos sus miembros. Sin embargo, sí podemos afirmar que todos sienten a María como su Madre y Auxiliadora y difunden su devoción.

57. EL ABRAZO DE DESPEDIDA

En la historia ha habido personas geniales, que nos asombran: Miguel Ángel, pintor, escultor, arquitecto; Mozart, que compuso una prodigiosa variedad de música...

También Don Bosco tuvo ideas geniales que todavía continuamos nosotros. Una de sus genialidades fue reunir a los misioneros de la Familia Salesiana bajo el gran cuadro de María Auxiliadora de Turín. Ella sostiene en su brazo al Niño Jesús, está iluminada por la luz del Espíritu Santo y protegida por Dios Padre, que aparece encima del cuadro. María Auxiliadora se encuentra rodeada por los Doce Apóstoles y los cuatro Evangelistas.

Don Bosco, de pie, ante ese gran cuadro, daba a sus misioneros el abrazo de despedida antes de marchar a tierras lejanas. Eso significaba que Cristo los enviaba, que el Espíritu Santo los llenaba de gracia y de fuerza, que Dios Padre los acompañaba, que María Auxiliadora estaba a su lado, como Madre y Reina de los misioneros, de los nuevos apóstoles, que eran enviados a muchos pueblos del mundo.

Realmente esa despedida de Don Bosco, en el año 1875, delante del gran cuadro de María Auxiliadora, fue una idea tan genial, que los Rectores Mayores de la Congregación Salesiana la han continuado siempre. Desde entonces, ha habido una despedida de misioneros por año y, a veces, más.

Don Bosco quiso él mismo ser misionero, pero su confesor, san José Cafasso, no se lo permitió, sino que le aseguró que su vocación era seguir en Turín. En definitiva, él no sería misionero, pero enviaría a muchos misioneros por todo el mundo. Así, Don Bosco, en cuanto tuvo un puñado de salesianos, envió el primer grupo a Argentina y ellos evangelizaron la Patagonia.

Don Bosco tuvo varios sueños misioneros, en los que vio el trabajo futuro que sus salesianos deberían realizar. El ultimo sueño misionero de Don Bosco es el que tuvo en Barcelona la noche del 9 al 10 de abril de 1886. Vio una inmensa cantidad de jóvenes que corrían hacia él y le decían: «Te hemos esperado tanto y ahora, que estás entre nosotros, no te dejaremos marchar».

Apareció una Pastorcilla, la Virgen María, llevando un incontable rebaño, y le recordó a Don Bosco su sueño de los nueve años. Ella le dijo: «Mira, ¿qué ves?». Un niño exclamó: «Yo veo Santiago de Chile». La Pastorcilla añadió: «Traza una línea desde Santiago de Chile hasta Pekín, en la China, pasando por medio de África. Ese es el campo del trabajo misionero de tus salesianos». Don Bosco comentó: «Pero, ¿cómo hacer todo eso?». La Pastorcilla respondió: «Pon toda tu buena voluntad. Y recomienda a tus salesianos que cultiven la virtud de María, la pureza».

Un detalle revelador. Los salesianos ya estaban presentes en varios países de África. Pero, a finales de los años 70 del siglo XX, se organizó el Proyecto África. Por eso, fueron enviados a ese continente unos 500 salesianos de todo el mundo, para aumentar sensiblemente el trabajo evangelizador salesiano en más naciones de ese continente, cumpliendo así el sueño de Don Bosco. Hoy día, unos 1.300 salesianos trabajan en África.

Actualmente, la Congregación y Familia Salesianas están presentes en 130 naciones de todo el mundo y forman parte de las grandes familias religiosas misioneras de la Iglesia. Los Papas han nombrado muchos obispos salesianos, especialmente en los territorios que llamamos de misión.

Los primeros salesianos mártires fueron dos misioneros italianos, en China: el obispo san Luis Versiglia y el sacerdote san Calixto Caravario. La patrona de China es precisamente María Auxiliadora. Y Ella es patrona también de Australia. Pero lo más revelador es que María Auxiliadora era patrona de China y de Australia antes de llegar los misioneros y misioneras de la Familia Salesiana.

Qué sorpresa tan grande y alegre se llevaron al llegar a China y Australia, porque María Auxiliadora los estaba esperando.

58. EL GIGANTE ADORMECIDO

Las manchas de aceite se extienden enseguida, de modo imparable. Hace dos mil años, hubo un fenómeno sorprendente: la fe cristiana se extendió de modo increíble y rapidísimo por todo el Imperio Romano, como una mancha de aceite.

Jesús mandó a sus Doce Apóstoles: «Id por todo el mundo y proclamad el Evangelio» (cfr. Mateo 28,19). Los Doce Apóstoles, hombres sencillos, sin cultura, pero impulsados por la fuerza del Espíritu Santo, llenaron el mundo griego y romano del Evangelio de Jesús.

Pero el Espíritu Santo hizo otro prodigio: los hombres y las mujeres que aceptaban la fe cristiana, ellos mismos se convertían en apóstoles de sus amigos y conocidos, así como de cualquier persona que encontraban en su camino.

Los Doce Apóstoles y el gran apóstol san Pablo, en nombre de Jesús, animaban y orientaban aquel movimiento, pero sabían perfectamente que ellos solos no podían ni debían hacerlo todo. Iban fundando iglesias en donde había un grupo de cristianos y consagraban obispos y presbíteros.

Hagamos un cálculo muy por encima. Hoy día, si sumamos el Papa, todos los obispos, todos los sacerdotes, todos los religiosos, las religiosas y otras personas consagradas, puede llegar la suma al 5% de la Iglesia. Los demás, los seglares, pueden ser el 95%. La evangelización, la predicación del Evangelio, el testimonio cristiano no lo podemos dejar en manos del 5%, sino también, y especialmente, del 95% restante.

Un obispo, durante el Concilio Vaticano II, llamó a ese 95%, a los seglares, el gigante adormecido. Es un gigante, pero, si está adormecido, no está activo, no se mueve, ni mueve a los demás.

Los seglares son los cristianos, que han recibido el Bautismo y viven en las condiciones ordinarias de la vida, en medio del mundo. Por el Bautismo son sacerdotes, profetas y reyes, unidos a Jesús, Sacerdote, Profeta y Rey. No hay

mayor dignidad en este mundo. El Papa, los obispos, sacerdotes y diáconos son los servidores de los seglares.

La Virgen María no fue ni sacerdotisa ni religiosa, sino una persona seglar, casada con José y madre de un hijo, Jesús. Entre los tres llevaban adelante la familia, el trabajo. Los tres, como Sagrada Familia, vivían las preocupaciones y los problemas de su pueblo, Nazaret, y de la sociedad en que vivían.

La Virgen María, Madre de la Iglesia, fue la Reina de los Doce Apóstoles y de todos los demás apóstoles, hombres y mujeres, que hicieron extenderse la fe como una mancha de aceite por el Imperio Romano.

Los seglares han de crecer en la fe, de tal forma que puedan tomar decisiones personales importantes en su vida. Imaginemos a un cristiano seglar que es padre o madre de familia, profesor, médico, concejal, alcalde, ministro o presidente de la nación; ese seglar tiene que conocer profundamente la fe cristiana para vivirla después en el día a día.

Ciertamente, el Papa, los obispos y sacerdotes deben iluminar lo que es la vida cristiana, pero después los seglares la deben aplicar personalmente en su trabajo. No deben esperar a que en cada momento les diga alguien lo que deben hacer. Eso no tiene sentido. Ahí está la grandeza y la responsabilidad de los seglares: vivir la fe cristiana en el día a día y en todas las circunstancias de la vida. Para ello, tienen la asistencia del Espíritu Santo, que ellos deben invocar para tener acierto en sus decisiones.

En definitiva, los seglares han de actuar en medio del mundo como hizo Jesús en su tiempo. El seglar cristiano ha de ser otro Cristo. Todo el que se relacione con un seglar cristiano ha de sentir que se comporta con la fe, el amor, la honradez, la entrega con que vivió Jesús.

Y Jesús ha puesto a María como Madre y Auxilio de todos los seglares.

59. EL RELOJ DE LAS MADRES

En pintura y en escultura, aparece con frecuencia una madre con un niño en sus brazos: a eso se le llama maternidad. Pero tanto la madre como el niño tienen el mismo valor. Ese niño crecerá y será, años después, semejante a su madre.

Los pintores y los escultores representan a la Virgen María, casi siempre, con el Niño Jesús en sus brazos. Eso es también maternidad. Sin embargo, ese Niño Jesús y su Madre no tienen el mismo valor. Ese Niño es Dios, Hijo de Dios, y María es solo una criatura humana. Ese Niño es el que hace grande a su Madre, de tal forma que a María la llamamos Madre de Dios.

El caso del Niño Jesús y de su Madre es del todo singular. Dios Padre, por medio del Espíritu Santo, puso al Niño Jesús en el seno de María, pero no para Ella, sino para que lo entregue a todos, porque es su Salvador.

Ese es el gesto de la Virgen en las pinturas y esculturas: Ella sostiene a Jesús en sus brazos para mostrarlo a todos, para entregarlo a todos. En la Salve, encontramos esta entrañable petición a la Virgen: «Muéstranos a Jesús».

El escaparate de una tienda o de una feria de muestras sirve para mostrar productos, que se puedan comprar, pagando un precio. La Virgen nos muestra a Jesús, pero nosotros no lo tenemos que comprar, sino que el mismo Jesús se nos entrega: «Tomad y comed mi Cuerpo, tomad y bebed mi Sangre, que se entregan por vosotros» (Lucas 22,19-20).

Cuando los pastores y los Magos llegaron a Belén, encontraron al Niño Jesús con su Madre y le pidieron: «Muéstranos a Jesús. Hemos venido a verlo, porque Él es el Salvador del mundo».

Por tanto, la Virgen es un perenne Apóstol de Jesús, porque lo muestra a todos y siempre. María es la Reina de los Doce Apóstoles y de todos los apóstoles y misioneros de la historia.

Cualquier persona tiene derecho a pedir al Papa, al obispo, al sacerdote: «Muéstranos a Jesús, predícanos el Evangelio, danos los sacramentos de la

Gracia de Dios».

Pero cualquier persona nos puede pedir también a cualquiera de nosotros: «Muéstranos a Jesús, con tus palabras, con tu ejemplo, con tu vida».

Sin embargo, ¿cómo mostrar a Jesús? El Concilio Vaticano II afirma que la Virgen fue en su vida ejemplo de aquel amor maternal con que es necesario que estén animados todos los apóstoles, misioneros, sacerdotes, religiosos, religiosas y seglares, catequistas, padres, madres, maestros y educadores, que trabajan para llevar a otros la fe cristiana (cfr. Lumen Gentium 65).

La Iglesia de Jesús no es una sociedad como otras. Es una Madre, la Santa Madre Iglesia, que nos ha engendrado a todos en la fe cristiana. El reloj de las madres tiene forma de corazón y carece de horas. Un funcionario sigue rígidamente su horario. Para la madre no hay horas ordinarias ni extraordinarias y no cobra nunca. El funcionario trabaja las horas ordinarias y cobra, de modo especial, las extraordinarias.

Por tanto, en la Santa Madre Iglesia, nadie ha de ser un funcionario, sino un padre, un hermano; más aún, como dice el Concilio, una madre que desea ayudar a todos. La Virgen, que es Madre de la Iglesia, ha de infundir en el corazón de todo apóstol el amor y la ternura de su corazón materno.

San Juan Bosco decía: «Cuando un joven viene a vosotros, tiene que marcharse después mejor y más alegre». Y también: «Amad a los jóvenes de tal manera que se sientan realmente amados». O sea, como los ama una Madre, María, la Madre de la Iglesia.

60. ESTRELLA DE LA EVANGELIZACIÓN

Nos hace gracia cuando se habla del partido del siglo, de la boda del siglo. El día 3 de agosto de 1492, salió del Puerto de Palos, en Huelva, el viaje del milenio. Cristóbal Colón zarpó rumbo a la India y se encontró con América. Aquel descubrimiento cambió la historia del mundo.

Colón salió del puerto de Palos con tres naves: la Santa María, la Pinta y la Niña. En aquellas naves, especialmente la Santa María, iba la fe cristiana hacia América. En esa carabela, un reloj de arena iba marcando las horas. Un grumete, antes de decir la hora, cantaba esta oración: «Bendita sea la hora en que Dios nació, Santa María lo parió y san Juan lo bautizó». A pesar de sus grandes limitaciones y defectos, aquellos hombres cristianos, junto con los misioneros, llevaron la fe cristiana a América. España evangelizó América llevándole el Evangelio, la Palabra de Dios. La nave Santa María era el símbolo de la Virgen que lleva siempre a Jesús y su Evangelio.

Pero la realidad es mucho más profunda y verdadera. María, como Madre, llevó a Jesús dentro de su seno durante nueve meses. En ese tiempo —inolvidable para toda madre—, fue a visitar a su anciana pariente Isabel y le llevó a ese Jesús que crecía en su seno.

San Pablo afirmó: «Vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí» (Gálatas 2,20). San Pablo sentía que era Jesús quien, con su presencia, llenaba su persona y su vida. Decir san Pablo era decir Cristo. Eso lo podemos aplicar muchísimo más, sin comparación, a María y a Jesús. María, cuando llevaba a Jesús en su seno, podía decir con toda verdad: «Vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí. Él llena mi persona y mi vida».

Jesús nació en Belén, pero María continuó siempre unida a Él, de tal modo que el Concilio Vaticano II afirma que «Ella se consagró totalmente a la persona y a la obra de su Hijo» (Lumen Gentium 56). Se consagró a la persona de Jesús, porque tuvo que cuidarlo como Madre. Y se consagró a la obra de Jesús,

porque fue su mejor colaboradora, de tal forma que el papa Pablo VI la declaró Madre de la Iglesia. Más aún, Estrella de la Evangelización del mundo entero.

Al nacer Jesús en Belén, vinieron enseguida los pastores a adorar a Jesús. Al cabo de un tiempo, llegaron también los Magos de Oriente. María sintió que ese Jesús no era para Ella, sino para los pastores, para los Magos, para todo el mundo.

Desde el nacimiento de Jesús, vemos con claridad que, cuando hablamos de María, necesariamente nos referimos a Jesús. La Virgen María es una persona como todas las demás, pero, en cuanto Madre de Jesús, su vida no tiene sentido por sí misma, sino en relación con Jesús. Hablar de María es hablar de Jesús. Son como las dos caras de una moneda: una cara necesita de la otra: no tiene sentido una moneda con una sola cara. Eso sería un absurdo.

Evangelizar es anunciar el Evangelio, la Palabra de Dios, a todos, especialmente a los que no lo conocen.

Aquí encontramos a la Virgen, Estrella de la Evangelización. Cuando España descubrió América, al cabo de poco tiempo apareció la presencia y la devoción a María desde Méjico, Virgen de Guadalupe, hasta Argentina, Virgen de Luján. O sea, de Norte a Sur.

María, Estrella de la Evangelización, abrió camino a Jesús, que es el Sol esplendoroso, que trae la Palabra de Dios.

Por tanto, la devoción a la Virgen nos ha de llevar siempre a Jesús, que es la Luz del mundo, nuestro Salvador.

ÍNDICE TEMÁTICO

SEIS GRANDES TEMAS

Lo más importante de este Índice temático son los seis grandes temas que presenta el libro:

1. María y la Iglesia.
2. El Espíritu Santo y María.
3. La Virgen María, hoy.
4. María, Madre de la Palabra.
5. María es siempre joven.
6. Reina de los Apóstoles.

Cada uno de estos temas se desarrolla en diez lecturas, según se detalla en el Índice general.

ÍNDICE GENERAL

Introducción

I. MARÍA Y LA IGLESIA

1. Gratis total
2. La mejor exposición
3. No pidas peras al olmo
4. El núcleo
5. Flor de nieve
6. Rampa de lanzamiento
7. La flor del almendro
8. Los espejos solo funcionan con luz
9. Los iconos
10. Lo que es de la madre es del hijo

II. EL ESPÍRITU SANTO Y MARÍA

11. El caramelo y la fuente
12. Fruto bendito
13. La patrona de la autoestima
14. Ensanchar el corazón
15. «Hay gente pa' to'»
16. La Blanca Paloma
17. La fuerza del Espíritu
18. Dos veces Madre
19. Tres grandes regalos

20. El alma de la Iglesia

III. LA VIRGEN MARÍA, HOY

21. La Virgen de Europa
22. China
23. Restaurar
24. El quitanieves
25. Lourdes y Turín
26. La mejor procesión
27. Un trébol de cuatro hojas
28. Rompetechos
29. Peregrinaciones
30. El Sol

IV. MARÍA, MADRE DE LA PALABRA

31. «Hágase en mí según tu Palabra»
32. Palabra de honor
33. Enseñó a hablar a la «Palabra»
34. La Virgen de la Escucha
35. No comprendía las «Palabras» de su Hijo
36. «Haced lo que Él os diga»
37. No se puede hacer callar a la «Palabra»
38. Tres en uno
39. Rostro materno de Dios
40. Madre de la Buena Noticia

V. MARÍA ES SIEMPRE JOVEN

41. Dios cuenta con los jóvenes
42. Navidad, fiesta de juventud
43. Jóvenes comprometidos
44. El joven Maestro
45. La nueva Maternidad
46. Dador de Vida
47. Eucaristía y jóvenes
48. ¡Salve, Virgen bella!
49. Apertura al mundo

50. El Santo de los jóvenes

VI. REINA DE LOS APÓSTOLES

51. El mejor regalo
52. Un Hijo para los demás
53. ¡Adiós!
54. Una Madre para Doce Apóstoles
55. El cuadro donde caben todos
56. Familia de Apóstoles
57. El abrazo de despedida
58. El gigante adormecido
59. El reloj de las madres
60. Estrella de la evangelización

Índice temático

MESA Y PALABRA

Colección de pequeños libros y folletos sobre temas de profundización de la vida, reflexión de la fe, celebración cristiana y devociones populares.

1. **Novena a María Auxiliadora.**
   A. García-Verdugo.
2. **Novena bíblica al Sagrado Corazón de Jesús.**
   E. Alburquerque.
3. **Novena a Nuestra Señora de la Salud.**
   G. Juan Morado.
4. **El sufrimiento de una madre.**
   M. Á. Juez.
5. **Novena a Don Bosco.**
   T. Bosco.
6. **El sentido cristiano del dolor.**
   X. Thévenot.
7. **Un mes con Don Bosco.**
   T. Bosco.
8. **Novena a san Francisco de Sales.**
   E. Alburquerque.
9. **El Vía Crucis de Jesús y nuestros Vía Crucis.**
   C. Romero.
10. **Vía Crucis con los Padres de la Iglesia.**
    E. Vincenti.
11. **Novena de oración por la vida.**
    G. Juan Morado.
12. **Cartas a una cristiana casada.**
    M. P. Ayerra.
13. **Así vivo yo como cristiana.**
    M. P. Ayerra.
14. **Una historia sobre el maltrato y la homosexualidad.**
    M. Lozano Cañizar.
15. **Repensar los funerales.**

C. Biot.

16. **En la hora de la muerte.**
    Á. Ginel.
17. **Novena a la Virgen María.**
    G. Juan Morado.
18. **Novena a Domingo Savio.**
    M. Pardos.
19. **Novena a la Inmaculada.**
    G. Juan Morado.
20. **30 días con Don Bosco.**
    P. Borelli - E. Calvetti.
21. **El camino de la cruz.**
    E. Alburquerque.
22. **Viernes Santo: Arbolada.**
    Á. Ginel.
23. **Novena a san Telmo.**
    G. Juan Morado.
24. **Caminando con Jesús: Vía Crucis.**
    P. Josico.
25. **Treinta y un días de mayo.**
    G. Juan Morado.
26. **Mes de las flores.**
    P. Josico.
27. **Novena a Nuestra Señora del Carmen.**
    G. Juan Morado.
28. **Nueve días con María Auxiliadora.**
    B. Araiz.
29. **Novena de la Asunción.**
    G. Juan Morado.
30. **Celebraciones en el tanatorio.**
    I. Jordán - J. Abad - M. Moreno.
31. **Acompañados en el camino.**
    P. Rozen.
32. **Reflexiones marianas.**
    Á. Moreno, de Buenafuente.

Índice

Anteportada 3
Colección CELEBRAR Y ORAR 4
Portada 6
Página de derechos de autor 8
Introducción 9
I. MARÍA Y LA IGLESIA 11
1. Gratis total 12
2. La mejor exposición 14
3. No pidas peras al olmo 16
4. El núcleo 18
5. Flor de nieve 20
6. Rampa de lanzamiento 22
7. La flor del almendro 24
8. Los espejos solo funcionan con luz 26
9. Los iconos 28
10. Lo que es de la madre es del hijo 30
II. EL ESPÍRITU SANTO Y MARÍA 32
11. El caramelo y la fuente 33
12. Fruto bendito 35
13. La patrona de la autoestima 37
14. Ensanchar el corazón 39
15. «Hay gente pa' to'» 41
16. La Blanca Paloma 43
17. La fuerza del Espíritu 45
18. Dos veces Madre 47
19. Tres grandes regalos 49
20. El alma de la Iglesia 51
III. LA VIRGEN MARÍA, HOY 53
21. La Virgen de Europa 54
22. China 56
23. Restaurar 58
24. El quitanieves 60

25. Lourdes y Turín 62
26. La mejor procesión 64
27. Un trébol de cuatro hojas 66
28. Rompetechos 68
29. Peregrinaciones 70
30. El Sol 72
IV. MARÍA, MADRE DE LA PALABRA 74
31. «Hágase en mí según tu Palabra» 75
32. Palabra de honor 77
33. Enseñó a hablar a la «Palabra» 79
34. La Virgen de la Escucha 81
35. No comprendía las «Palabras» de su Hijo 83
36. «Haced lo que Él os diga» 85
37. No se puede hacer callar a la «Palabra» 87
38. Tres en uno 89
39. Rostro materno de Dios 91
40. Madre de la Buena Noticia 93
V. MARÍA ES SIEMPRE JOVEN 95
41. Dios cuenta con los jóvenes 96
42. Navidad, fiesta de juventud 98
43. Jóvenes comprometidos 100
44. El joven Maestro 102
45. La nueva Maternidad 104
46. Dador de Vida 106
47. Eucaristía y jóvenes 108
48. ¡Salve, Virgen bella! 110
49. Apertura al mundo 112
50. El Santo de los jóvenes 114
VI. REINA DE LOS APÓSTOLES 116
51. El mejor regalo 117
52. Un Hijo para los demás 119
53. ¡Adiós! 121
54. Una Madre para Doce Apóstoles 123
55. El cuadro donde caben todos 125
56. Familia de Apóstoles 127

57. El abrazo de despedida 129
58. El gigante adormecido 131
59. El reloj de las madres 133
60. Estrella de la evangelización 135
Índice temático 137
Índice 138